

*Selecta*

**Betzacosta**



*Salvación  
y condena*

# Salvación y condena

*Betzacosta*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Nota editorial

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Venezuela, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

## Prólogo

**A**bigail Walker Costa apoyó sus manos sobre el borde del inodoro cuando su estómago volvió a retorcerse. Creyó que era imposible vomitar en medio de una crisis de llanto, ya que apenas conseguía respirar, pero sin duda estuvo equivocada. Llevaba las últimas horas en un círculo vicioso lleno de fluidos, desde que llegó a su casa y miró el sobre de color marfil; en la solapa posterior solo había dos letras mezcladas en una hermosa caligrafía curvilínea. *CA*. Ni siquiera tuvo que leer el contenido —aunque igual lo hizo—, ya que lo supo al tomarlo en sus manos, hubo una vibración mística en el ambiente, que quizá acompañó a ese pequeño papel por los 2.840 kilómetros de distancia.

Terminó de perder el contenido de su estómago y se deslizó hacia el suelo, se abrazó hasta que sus músculos se resintieron, y creyó que dejaría de respirar en cualquier instante, que sería el primer caso de muerte a causa de lágrimas derramadas.

Sabía que iba a suceder eventualmente. También le habían asegurado que pasaría —de una forma muy cruel— el día que su verdadera condena empezó. En sus momentos más oscuros, rezó que ocurriera lo más pronto posible, como si «matrimonio» y «manzana» tuvieran algún otro parecido que el uso de la misma letra en su inicio. Y aun así... Parpadeó hasta enfocar su mirada en el sobre de color marfil, el cartón duro y la caligrafía que sobresalía en un relieve superpuesto, y enfrentó esas dos letras como otro tipo de burla, una

lejana y todavía más cruel y personal.

«Caleb va a casarse. Va a casarse», se repitió en silencio, en un nuevo ataque histérico de llanto que la hizo retorcer contra el suelo.

Mucho tiempo después, yacía sobre las baldosas del baño, medio muerta, con las lágrimas perdiéndose por su cabello ondulado.

Ella habría sido tan distinta si no hubiese tropezado con él nueve años atrás. Una pequeña vocecita en su interior le aseguró que quizá no tendría vida alguna si no lo hubiera hecho. Otra se burló de ese pensamiento, preguntándole qué vida era esa. Sus ojos siguieron fijos en la invitación, pero su mente ya estaba ida a ese momento tantos años atrás.

*Era otro día más en la preparatoria Grandview. Abigail caminó por los pasillos y trató de pasar desapercibida, era uno de los mejores y peores colegios a los que había asistido, y por el mismo motivo: no pertenecía a ese sitio. La mayoría de los estudiantes tenían vidas privilegiadas, y el único motivo por el cual le habían otorgado una beca fue por sus calificaciones y porque la casa de acogida en la que tenía los últimos dos años viviendo correspondía a esa zona escolar. Siguió ensimismada en su lectura de Crimen y castigo de Dostoievski, cuando alguien impactó su hombro y la hizo trastabillar hasta tirar su mochila y su libro. Ni siquiera se molestó en alzar su mirada, estaba acostumbrada a que los populares y los imbéciles, en general, la atormentaran por diversión.*

*Se arrodilló a buscar sus cosas y se preguntó si Raskolnikov los consideraría inútiles y querría matarlos. De inmediato sintió vergüenza por tener ese pensamiento tan mezquino.*

*—Lo siento —susurró una voz masculina a su lado. Abigail quedó petrificada al notar que el chico se había arrodillado a su lado para ayudarla a recoger sus cuadernos y lápices, y reaccionó al pensar que el desconocido viera también la tela ensangrentada que había guardado esa*

*mañana en la mochila.*

*—No importa —replicó de forma apresurada y empezó a recoger todo con movimientos casi bruscos.*

*—No prestaba atención —insistió la misma voz—. No te hice daño, ¿verdad?*

*Ella tomó el último cuaderno y se levantó. Recordó el libro, pero al ir a buscarlo notó que el chico ya lo tenía en sus manos. Arrugó su entrecejo en confusión, nunca lo había visto antes, era mucho más alto que ella y delgado, aunque sin ser desgarbado. La forma en que se paró frente a ella, y cómo sostenía el libro, la hizo presumir que era deportista de algún tipo. Su piel era tostada, como si pasara mucho tiempo en el sol, y hacía que sus ojos verdes y su cabello rubio trigo resultaran extraños. Claro, Abigail no podía juzgar sobre eso último, compartía con el chico la misma tonalidad de ojos, casi exacta, pero su piel parecida a la canela clara, y su cabello castaño oscuro con reflejos dorados, ondulado, hacía que llamara su atención sobre su descendencia y sus raíces, de las cuales no sabía nada en absoluto.*

*El chico la vio con amabilidad, pero ella no se permitió bajar la guardia, desde que tenía uso de razón había aprendido a desconfiar de esa expresión. La anciana que el Estado había escogido para su primera casa de acogida, al resultar obvio que nadie la adoptaría ya que a los seis años era muy grande, la miró con cariño mientras estaban los del Servicio Social, pero cuando estos se fueron la tuvo dos días sin comer como bienvenida. Pasaron tres meses antes que alguien se diera cuenta de que no la alimentaba bien y la asignaran a otro sitio, aunque lo cierto es que ese no fue el peor hogar al que la habían enviado.*

*La expresión en él cambió de improviso, sus ojos brillaron y pareció que la veía por primera vez. Abigail se agarrotó y sujetó con firmeza el cuaderno en sus manos, porque le hizo recordar a otra mirada que de vez en cuando notaba en el dueño de la casa donde pernoctaba. Se giró y comenzó*

*a caminar hacia su próxima clase.*

*—¡Espera! —le gritó, y ella se detuvo de inmediato, giró y bajó la mirada. Se había entrenado para no pelear, desafiar o enfrentarse con nadie, ya que eso no la ayudó en el pasado, lo mejor era pasar desapercibida—. Creo que esto te pertenece.*

*Abigail lo miró confundida y casi jadeó al notar que él todavía tenía la copia de Crimen y Castigo que obtuvo en la biblioteca pública.*

*—Gracias —susurró al recuperar el libro, no podía obtener una multa en la biblioteca porque no sabía cómo la pagaría, aún faltaban meses para que cumpliera dieciséis años y pudiera trabajar, y si perdía su pase de la biblioteca, perdería lo único que la hacía feliz.*

*—Es un libro muy fuerte para alguien tan joven, mis padres no me permiten leerlo y tengo dieciséis años —inquirió el chico, divertido. Le sonrió ampliamente, y mostró con orgullo un aparato de ortodoncia que parecía transparente.*

*Abigail hizo un asemejo de sonrisa mientras se preguntaba qué se sentiría tener unos padres que se preocuparan por ti. Los suyos no lo hicieron, nunca supo siquiera el nombre de su padre y el único recuerdo claro de su madre fue cuando la abandonó en una iglesia, después de prometerle que regresaría con la cena.*

*—Pues yo sí puedo leerlo —dijo, se encogió de hombros y giró para alejarse.*

*—¡Eh! —la llamó—. ¿Sabes dónde está la oficina del director? Estoy perdido. Nos trasladamos de Texas y es mi primer día aquí. —Arrugó la cara, parecía casi inseguro y ella por fin notó su acento—. No creo que vaya a ser muy divertido empezar en una nueva escuela en mitad de curso.*

*Lo miró con entendimiento y asintió.*

*—No, no lo es en absoluto. Te lo aseguro —confesó y él la miró con duda. Ella volvió a ponerse en guardia. Le indicó el camino de inmediato—. Te aseguro que te irá bien, encajarás de inmediato.*



*Deseó que se alejara antes de que llegaran los demás estudiantes y la sorprendieran hablando con él. Tal vez, Dios no quisiera, alguien empezaría a burlarse y a gritarle que nadie la quería y por eso sus padres la habían abandonado, frente al chico. No quería pasar de nuevo por eso.*

*—Gracias —dijo él—, mi nombre es Caleb, ¿cuál es el tuyo?*

*—Abigail —susurró, y él asintió, su sonrisa parecía luminosa.*

*—Es un placer conocerte, disculpa de nuevo haberte tropezado, y creo que me gustará mucho este instituto. Al menos ya tengo una nueva amiga.*

*Lo observó confundida hasta que cruzó por el pasillo hacia la oficina del director, siguió su camino y le deseó suerte ya que si de algo estaba segura era que, al contrario de Caleb, odiaba ese instituto y estaba desesperada por cumplir dieciocho años para salir de allí.*

Abigail parpadeó un par de veces. Por fin podía respirar, aunque sus músculos seguían agarrotados y ella abrazaba su estómago como si fuera lo único que evitaba que se desintegrara. Sentía su cara tiesa, por las lágrimas secas.

Apartó una mano de su sujeción y cogió la invitación del suelo.

—Caleb Walker y Ava Campbell —susurró y se giró hasta quedar en posición fetal—. CA —insistió, en su propia forma de tortura personal.

Vio la fecha pautada para la boda y notó que faltaban tres meses, entonces comprendió los correos electrónicos que inundaban su computadora y las cientos de llamadas que había decidido ignorar en el último mes. Quizá como una forma de autopreservación, ya que sospechaba que eso pasaría en algún momento, pero de forma egoísta creyó que faltaría mucho tiempo.

Pero el tiempo se había acabado.

Arrugó el papel de lino y se juró que no iría. No importaba lo que pasara, o cómo quisieran obligarla, ella jamás podría ir y verlo frente a un altar para casarse con otra mujer.

—No puedo —aseguró y su voz salió pequeña, agotada. Rendida—. Lo

haría todo por ti, pero no esto.

Rompió la invitación y el sobre y se lo juró de nuevo, con renovado fervor.

—No iré.

## Capítulo 1

Abigail bajó del tren de pasajeros del Aeropuerto Internacional de Denver y todo ese escenario familiar le causó escalofríos. Deseó estar en cualquier otro lugar. Había abandonado esa ciudad dos años atrás y se acostumbró a no pensar en ella como su hogar. Y sin embargo, de nuevo estaba allí.

Llevó una mano a su corazón al sentirlo a punto de desgarrarse, le gritaba que huyera, que girara y tomara el mismo avión de regreso a Massachusetts, el único lugar que identificaba como refugio seguro. Solo que no podía hacerlo.

Fue al área donde estaba el carril de su equipaje y dejó salir un atisbo de sonrisa al ver a la rubia alta y esbelta que la esperaba ya con su maleta al lado. Haley Harris.

—Haley —susurró y parpadeó con fervor, ya que no deseaba llorar más.

—¡Abi! —chilló ella con voz estridente y se abalanzó hacia Abigail. En respuesta la abrazó hasta casi hacerle daño, pero no escuchó queja alguna. Suspiró un minuto después, ya que el calor de su amiga la ayudó a borrar el frío que se había instalado en su alma.

—¿Has venido sola? —susurró sin soltarla, tensa y ansiosa por su respuesta mientras miraba alrededor deteniéndose en las personas que poblaban el salón, algunos esperaban el equipaje, otros se tocaban en forma de saludo. Esa visión la hizo sentir enferma hasta que notó el asentimiento de su prima contra su cabeza. Experimentó alivio y la abrazó con más firmeza. Serían pocos los momentos en que podría dejar de actuar su papel autoimpuesto y mostrar sus

sentimientos, así que lo aprovechó.

—Te extraña tanto —confesó Haley, y Abigail asintió contra su hombro. Llevaba dos años en Massachusetts y en dos meses sería el acto de colación de grado de su Maestría en Lenguas Romances. Había ganado una beca para el doctorado en Harvard por su promedio y, aunque al principio dudó en aceptarla, llegó a verlo como su nueva salvación, su boleto de salida de esa ciudad y su mejor excusa para mantenerse lejos de él.

Al separarse, Haley le sonrió con cariño y acarició su mejilla, antes de jugar con sus rulos, en un gesto que siempre repetía al verla. Abigail apretó su hombro al notar los ojos humedecidos de su amiga.

—Has sido una mujer muy injusta, prima —le reclamó Haley.

—Lo sé.

—Podrías haberme visitado en alguna Navidad, Acción de Gracias, en vacaciones. ¡Por Dios, Abigail! Necesito hablar con mi amiga en vivo, no solo por FaceTime.

—Soy una muy mala amiga —respondió a la vez que intentaba calmar la opresión de su pecho. Se había reprochado lo mismo cientos de veces, pero sobre todo dos semanas atrás, cuando Haley la contactó en una crisis por un desengaño amoroso y Abigail solo pudo hablarle para calmarla. Nada de abrazos, nada de caricias o de noche de chicas. Aunque había ansiado estar a su lado, sabía que no podía hacerlo por muchas razones. Haley negó con la cabeza antes de tomar la manilla de su maleta y empezar a rodarla para salir del aeropuerto.

—Pensé que Darius y Brittany vendrían a buscarme —murmuró Abigail. Haley se encogió de hombros.

—Están todos revolucionados con la boda, así que se les hizo imposible. Tía Brittany tenía una reunión con Ava y la planificadora para terminar de arreglar los últimos detalles de la odisea que será ese evento, y tío Darius fue a la empresa de transporte porque tenía una reunión con Caleb, sabrá Dios para qué ya que tiene más de un año jubilado.

Abigail asintió y controló el temblor de sus manos mientras salían por fin del aeropuerto. El ambiente seco y cálido del verano de Denver la golpeó al abrir las puertas. Era agradable incluso, aunque el sol estuviese en lo más alto. El clima de Colorado, con lo imprevisible y cambiante que lo caracterizaba, siempre era preferible al de Boston, ya que a pesar de tener temperaturas similares, la lluvia era un inconveniente que no respetaba estación.

—Gracias por venir a buscarme —ofreció a Haley.

—Ni lo menciones. Estaba loca porque llegaras, me tienen atormentada con todo el asunto de la boda, además, odio a la novia. —Bufó y negó con la cabeza—. Mi primo pudo haber conseguido algo mucho mejor que ella.

—¿Es mala persona? —preguntó, y se sorprendió por la ecuanimidad de su tono, cuando por dentro se sentía aterrorizada. Por un instante había logrado olvidar el motivo de su visita, pero como comprobó con creces en los últimos dos años, algunas cosas eran imposibles de dejar atrás.

—No —aceptó Haley—, un poco *snob* y malcriada, pero no es mala persona, solo me asquea cómo se comporta con él. Pareciera que viera golondrinas a su alrededor todo el tiempo, es exasperante.

Abigail meneó la cabeza y esbozó una sonrisa nostálgica, volteó hacia la ventanilla para que su amiga no la descubriera y trató de concentrarse en el paisaje familiar. No lo consiguió.

—De verdad deberías hablar con tu hermano, tiene que controlar eso —le ordenó Haley. En respuesta, ella se estremeció y se perdió por unos instantes en sus pensamientos, considerando el posible resultado calamitoso de semejante conversación.

—¿Y cómo está Caleb? —preguntó en una forma de eludir el tema.

—Bien, normal, es como si no pasara nada, lo cual me hace sentir más nerviosa. Debería importarle, debería... No lo sé. Me imagine que sería distinto.

—¿Debería correr, gritar y saltar de felicidad? —cuestionó Abigail a la vez que giraba para enfocarse en la mujer. Haley asintió efusiva.

—¡Exacto!

Abigail le golpeó con suavidad un hombro y volvió su cara a la ventanilla, al paisaje. No estaba preparada para pensar en la supuesta alegría que debería estar derrochando y mucho menos para volver a verlo.

Lo cierto es que se había prometido que no iría a esa boda. Y lo hizo con tal fervor que pareció un juramento inquebrantable. Sin embargo, tres meses después, allí estaba. Supo que no tuvo opción cuando su madre —o la que ella siempre consideraría así—, la había acorralado para asistir. Abigail trató por todos los medios de zafarse de esa obligación, pero fue imposible, y se supo vencida en su última conversación con Brittany, cuando le dijo: «No me importa que se acabe el mundo, pierdas la materia o la maestría, es el matrimonio de tu hermano y tú eres miembro de esta familia. Te necesito aquí». Por ello estaba en Denver, cumpliendo su deber al ser miembro de esa familia, y una parte de sí misma se sentía más pérdida que nunca. Suspiró hondo de nuevo y se mordió la uña del dedo meñique como siempre hacía al estar nerviosa.

—Escúpelo —espetó Haley y Abigail la miró confundida, después se dio cuenta de que estaba mordiendo su uña y se maldijo a la vez que bajaba la mano con brusquedad.

—No es nada —susurró y se insultó por mostrar su ansiedad—, es solo que no me había dado cuenta de lo que extrañaba este sitio y a ti.

Haley sonrió y empezó a contarle sobre su vida y todo lo que había sucedido en los dos años de ausencia, como si las continuas llamadas jamás hubiesen existido. Ella asentía cuando era debido y fingía escucharla, pero su concentración se perdió por completo. Se preguntó si las cosas hubiesen sido distintas, habría conocido a su mejor amiga. Haley la había querido y aceptado desde que la conoció ocho años atrás, y Abigail quedó maravillada con ella; era tan entusiasta, cariñosa y libre que le hacía añorar esos rasgos, le hacía desear ser más parecidas y así poder ser feliz. Todavía le sorprendía que se hubiesen vuelto tan amigas ya que nunca había tenido una, aunque las

circunstancias ayudaron. Esa era una de las cosas que le dolían al pensar en retrospectiva sobre todo lo que había sucedido. Antes había sido tan libre con su mejor amiga, capaz de confesar pesares, reír con ella, soñar con la igualdad y la felicidad. En cambio, en esos instantes se sentía perdida, triste y tan desesperada que ni siquiera el amor que le profesaba era suficiente para apaciguar sus deseos de alejarla; Haley estaba muy cerca de eso, muy unida a su entorno para poder volver a relajarse con ella alguna vez.

Sin embargo, agradecía al cielo haberla conocido, querido y que le hubiera enseñado lo que significaba tener una amistad. ¿Se habrían conocido si las cosas hubiesen sido distintas? Seguramente no. Nada habría sido igual si Caleb no hubiese tropezado con ella en el colegio ese día.

Observó la casa de tres pisos que una vez consideró su hogar y apretó sus puños. No había cambiado nada en los últimos dos años. Su fachada seguía siendo marrón, con los techos de madera negra. El pasto verde de verano y los arboles rodeaban toda la cuadra. Ya no le parecía tan imponente como cuando la vio por primera vez, pero sí atemorizante, por muchos otros motivos.

—Tengo que advertirte que el revuelo es mayor que cuando nos graduamos. Muchísimo peor.

Abigail decidió iniciar la charada y se forzó a sonreír hasta que sus mejillas dolieron. Salió del auto exaltada.

—Por supuesto que lo es. ¡Su único hijo se casa!

—¡Claro que no! —Escuchó el grito de su madre y giró hacia la puerta principal. Brittany estaba allí; rubia, delgada, etérea, tan hermosa que quitaba el aliento, y con ese aire de fragilidad que solo encubría la ferocidad con la que protegía lo que amaba. Había visto más de una vez sus ojos azules brillar con furia, indignación y dulzura absoluta, todo a su favor—. ¡Abigail, preciosa! —exclamó de inmediato, antes de acercarse con lágrimas en sus ojos.

—No llores, mamá —le pidió y acarició su mejilla con suavidad.

—Es que te he extrañado tanto. No tienes idea.

Brittany era casi de su estatura. Y nadie jamás creería que en verdad era su hija, su piel canela clara contrastaba con su piel blanca rosada. No había nada en ella que se asemejara a su madre; sus ojos eran verdes en vez de azules, sus labios gruesos en frente de los finos de Brittany, su cabello ondulado y castaño con reflejos dorados donde el de ella era un rubio trigo tan parecido al de él. Y sin embargo, le había asegurado su amor incondicional y fue una de las primeras personas verdaderamente amables que conoció en su vida. Sonrió con honestidad motivada por eso y la abrazó tan fuerte al llegar a su lado que escuchó como emitía un pequeño gemido de protesta.

Al separarse la observó con detalle, su cabello enrollado en un moño bajo, las arrugas alrededor de sus ojos más profundas ya que sonreía así llorara. Se le humedecieron los ojos y la abrazó de nuevo. Por ella, y nada más que por ella, se encontraba en ese sitio, en esa ciudad que ya no sentía como suya, dispuesta a someterse a una tortura, a un infierno; por sus constantes ruegos, sus ansias de que la acompañara y porque se lo debía ya que luchó por tenerla. Fue la primera persona que la hizo sentir protegida y la primera que la quiso. Era la necesidad de mantener esa sonrisa que se reflejaba en sus labios y en su mirada lo que causaba que Abigail estuviera a punto de destrozarse.

—Y nada de que es nuestro único hijo, Abi. ¡Tú también lo eres! —le reclamó, su tono apasionado y sincero.

Asintió a la vez que tragaba el nudo en su garganta. Parpadeó para alejar sus lágrimas y caminó hacia el maletero para sacar la única maleta que había llevado. Casi de inmediato, Cathy, la muchacha de servicio, apareció y se la arrebató de las manos.

—Ven, tenemos mucho de qué hablar —pidió Brittany, y Abigail asintió antes de seguirla junto con Haley.

Llegaron hasta la amplia sala de la casa y Brittany la sentó en un sofá mostaza que era completamente nuevo, ya que nunca lo había visto antes.

—¿Cómo te va en Boston? ¿Cuándo regresas a casa? Estás tan hermosa. — Desvarió varios temas a la vez y Abigail sonrió en respuesta. Su cabello



castaño con reflejos dorados estaba más largo que nunca, le llegaba a mitad de su cintura, con sus bucles alborotados que la mayor parte del tiempo parecía que tuviesen vida propia. Su piel canela estaba más tostada que nunca, ya que cada verano aprovechaba para caminar por las playas más cercanas a Cambridge, era uno de sus *hobbies* favoritos, dar paseos, leer, y perderse con la brisa marina.

—Muy bien. En dos meses es el acto de graduación de la Maestría —le informó y optó por soltar la bomba de sus planes futuros en ese instante—, además gané una beca para el Doctorado en Lenguas Romances...

—¡Abigail, no me digas que aceptaste! —explotó Brittany—, ¿no puedes quedarte allá toda la vida! Mi hijo me abandona, no puedes hacerlo tú también. Te necesito aquí.

—Y si eso no es manipulación, no sé qué lo será. —Ambas voltearon para encontrar que Caleb había entrado a la habitación sin hacer ruido.

El corazón de Abigail retumbó en su pecho, y de inmediato lo llamó «traidor». Todo su cuerpo pareció vibrar ante su presencia, revelándole que seguía siendo igual de ilógica e imbécil que siempre. Su cabello rubio estaba más corto y parecía más oscuro, como un castaño medio, usaba una camisa blanca que remarcaba ligeramente su cuerpo, los dos primeros botones abiertos; al parecer, en ese tiempo que no lo veía había madurado y sus músculos crecieron, ya que lo veía más grande y formado que antes; su piel blanca seguía igual de tostada que siempre, como una prueba de que el sol texano besó su cuerpo y nunca quiso abandonarlo; sus ojos verdes eran tan atractivos como antaño; la mandíbula cuadrada y los labios que le habían erizado la piel tantas veces le parecieron más provocativos que nunca.

«Eres tan hermoso», pensó y apretó las manos contra su regazo. Se mordió el interior de su mejilla hasta sacar sangre, pero aun así no se detuvo, ya que necesitaba algo para tratar de ahogar el dolor que su simple presencia había causado, el anhelo era tan fuerte que tuvo que controlarse para evitar sujetar su estómago y gemir angustiada.

—¡Caleb! —gritó Brittany con tono acusador, antes de acercarse a abrazarlo—. No estoy manipulándola, es solo que tú empezarás una nueva familia y yo quiero a Abigail aquí. —Él rio divertido y se asombró de la forma en cómo su interior se calentó por ese sonido. Siempre le había gustado que riera y mucho más cuando era ella quien lo causaba, ya una vida atrás—. No te rías de mí. No quiero que se enamore en Boston y decida hacer su vida y tener su familia allá. Quiero a mis dos niños aquí, conmigo.

Ante esas palabras, toda la diversión se esfumó del rostro de Caleb, en cambio la miró por primera vez desde que entró a la habitación. Abigail dejó de respirar y no pudo apartar la mirada, a pesar de saber que debía hacerlo. La sujeción de Brittany en su antebrazo causó que volviera a la realidad, su cuerpo mucho más débil que antes.

—Abigail, serán cuatro días muy ocupados. Tendremos la cena de ensayo mañana en la noche, la despedida de soltero y soltera la noche siguiente. El día antes de la boda, todos nos iremos a la finca de la familia Campbell en Vail, donde se oficiará la ceremonia y tendremos un almuerzo familiar; y el domingo será la boda, en un espacio abierto frente a las montañas. Es un sitio de ensueño.

Abigail asintió un poco mareada por toda esa información y observó a Haley poner los ojos en blanco. Eso causó que casi sonriera, y lo habría hecho si la opresión en su pecho no hubiese sido tan atroz.

—Ava quiere que formes parte del cortejo. Que seas dama, incluso deseaba que fueras la madrina, pero Alanna, su hermana, no lo permitió —informó Haley con tono burlón.

—¿Dama? —Abigail casi se atragantó con la palabra. ¿No solo tendría que soportarlo, sino también ser partícipe de ello?

—¡Sí! —confirmó Brittany emocionada y ella palideció mientras sentía el sudor frío correr por su espalda—, como tenía tus medidas el vestido está casi listo, solo falta los ajustes y... Creo que estás más delgada —anunció con voz y mirada horrorizadas.

Abigail trató de sonreír para restar importancia a su declaración, pero no consiguió hacerlo. El hecho de que la última semana hubiese vomitado al menos una vez al día, por la ansiedad de tener que volar a ese sitio y ver ese matrimonio, hizo retorcer sus entrañas. Giró la cabeza y trató de ignorar la forma en cómo los ojos de Caleb recorrieron lentamente su cuerpo para confirmar lo que su madre había dicho.

—Estoy bien —dijo e hizo un gesto con su mano para que cambiaran el tema—. No te preocupes tanto por mí. —La expresión de Brittany se tornó seria y casi letal, con esa fiera protección que tanto amaba, y a Abigail se le acrecentó el nudo en su garganta.

—No digas eso, mi trabajo es preocuparme por ti, lo es desde que te conseguí.

Ella asintió y observó a Caleb, quien la miraba sin parpadear. Sus ojos verdes parecían querer traspasarla. ¿Cómo habría sido posible no amarlo después de todo lo que hizo por ella? ¿Después de que la sacó de su infierno y la llevó a donde por fin fue aceptada? Se estremeció sin voluntad, estaba tan débil, sus defensas concentradas en otro sitio, que su mente se desvió a ese momento. Ocho años y seis meses atrás.

*Abigail sentía frío. Su respiración era superficial y se llevó una mano a la altura de sus costillas ya que cualquier movimiento era doloroso. Tocó esa parte con cuidado porque el roce la hacía gritar y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. No quería llorar más, pero el dolor, el frío y la desesperanza se mezclaron y evitaron que no pudiera hacerlo.*

*Se forzó a dar un par de pasos antes de rendirse. Se sentó en la esquina de la calle sin importarle dónde se encontraba y que tal vez la estuvieran buscando. Tembló al pensar que él la consiguiera, a pesar de que el movimiento le hizo daño, porque ya no podría aguantar otro castigo. En parte se reprochó haber huido, sabía que iba a ser peor, pero no pudo*

*evitarlo. Entendía que si hacía lo que Mark quería, podría dormir unas horas; y se había esforzado mucho tiempo por mantenerlo feliz, para que no la tomara con ella, pero no pudo controlar lo que sucedió horas atrás.*

*La esposa de Mark, Molly, había salido a beber y Abigail supo que ese no iba a ser un buen día. Cuando Molly estaba en casa todo era más sencillo, Mark no se acercaba, no golpeaba, no gritaba, pero todo era muy distinto en el caso contrario.*

*Él había empezado con peticiones normales: «Hazme la cena, arregla eso», también prodigó los insultos regulares: «Muévete que no sirves para nada, no vales, eres una porquería». Abigail solo deseaba que pasaran las horas para poder esconderse en su cuarto, y rezó porque Molly llegara. Esa era una buena casa, una de las mejores en las que había estado, pero solo al estar la mujer.*

*Por fin se hizo la noche, ella fue a esconderse a su cuarto y creyó que se dormiría de una vez, ni siquiera intentó empezar a leer Doctor Zhivago, que era el libro que le había prestado la bibliotecóloga ya que amaba la lectura rusa, no quería llamar la atención ni demostrar que estaba allí. A veces era más fácil ser invisible.*

*Pero él la había encontrado. No fue lo suficientemente invisible. Y él había querido... Abigail tembló y lloró más fuerte a la vez que retorció sus pies que también dolían y sangraban ya que había salido descalza. Si no se hubiese defendido no la habría golpeado, pero lo más seguro es que la hubiese violado y eso habría sido peor, de los golpes se sanaba, ya lo había hecho muchas veces, pero de lo otro era imposible. Se escapó después de darle una patada en su entrepierna que le hizo caer arrodillado.*

*No tenía a dónde ir, qué hacer, estaba descalza, adolorida, destrozada ¡y había dejado a Doctor Zhivago en su cuarto! Así que no tenía para donde escaparse y solo podía llorar, sentir dolor y dudar sobre qué hacer.*

*Pasó sentada en ese sitio por muchos minutos, una parte de ella deseaba que llegara la policía y otra le hacía maldecir esa idea, ya que la llevarían*

*de nuevo a esa casa o a otra donde habría personas con miradas amables, pero que en realidad eran crueles. Todos eran crueles.*

*Escuchaba los carros pasar por la calle, pero nadie se detenía, tal vez quien la viera pensaría que era una vagabunda. Eso era lo que parecía.*

*—¿Abigail? —Oyó, pero no pudo quitarse las manos de su cara ya que estaba paralizada. «Me encontró. Me encontró», pensó desesperada—. Abigail, ¿eres tú? —preguntaron de nuevo y sintió que la tocaban, se encogió y trató de alejarse, pero su propia debilidad la detuvo.*

*Le quitaron las manos de su cara y ella levantó los ojos asustada y empezó a sollozar al descubrir quién la había encontrado. El único chico que no se burlaba de ella en el colegio y que incluso en esos tres meses la había defendido.*

*—¿Caleb? —preguntó en un susurro y empezó a llorar de nuevo.*

*—¿Mamá? ¡¿Mamá?! —Escuchó que él gritaba, pero ya empezaba a estar un poco mareada, su boca sabía a cobre y su labio aún sangraba sin importar las horas que hubiesen pasado.*

*—¡Oh, Dios mío! —Escuchó a una mujer gritar—. ¿Qué te pasó, mi niña? ¿Qué sucedió? ¿Quién es ella?*

*—Estudia conmigo —dijo Caleb y ella cerró los ojos por un segundo.*

*—¿Está drogada? —Oyó la voz de un hombre distinta a la de Caleb—. ¡Hay que llamar a la policía! Buscar a sus padres...*

*—¡No! —gritó ella, agarró a Caleb de su camisa y lo miró a los ojos—. Por favor, no. —Trató de levantarse, alejarse de ellos, seguir huyendo, pero él lo evito.*

*—Abigail, ¿qué haces...? —Lo escuchó jadear—. ¡Está toda golpeada! —exclamó al verla por fin ya que en el movimiento salió por completo hacia la luz del farol del auto. Escuchó a la mujer jadear y al otro hombre maldecir.*

*—No me hagas regresar, Caleb, por favor no permitas que me lleven allí. Él me violara, lo hará —rogó desesperada. Eso fue lo último que dijo antes*

*de caer en la inconsciencia.*

Abigail levantó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Caleb, que de nuevo parecían traspasarla. Supo que ambos recordaban lo mismo, cómo la encontró y cómo cumplió con lo que le había pedido.

Pasó unos días en el hospital y la familia Walker estuvo con ella todo el tiempo; Brittany, Darius y él la apoyaron y atendieron como si la quisieran y les importara. Cuando le dieron de alta, creyó que le iban a llevar de nuevo a ese sitio e intentó huir, pero en el instante que estaba vistiéndose fue sorprendida por Brittany. Al darse cuenta de lo que iba a hacer, su madre empezó a llorar y eso hizo que el corazón de Abigail se quebrara, así que la escuchó contarle que Mark estaba preso por lo que hizo y le pidió que fuera con ellos, que querían ser su familia.

Es por eso por lo que se volvió una Walker, consiguió un hogar y unas personas que la querían y gran parte de ello fue gracias a ese hombre que la miraba casi sin parpadear. Sintió los brazos de Brittany rodearla y le respondió el abrazo casi con desespero, por la espalda notó que Haley la abrazaba a su vez, pero no pudo dejar de mirar a Caleb, quien no se movía, solo estaba frente a ella, envolviéndola. Unos segundos más tarde, su madre le sonrió y acarició su mejilla.

—Te tengo aquí de nuevo. No puedes dejarme sola tanto tiempo —le pidió. Abigail sonrió y asintió con suavidad, aun sabiendo que eso nunca podría ser. Apretó su mano y respiró hondo para volver a recobrar la calma.

—Tía, ¿qué tal te fue con la reunión? —indagó Haley, en un intento de cambiar el tema.

—Tienes que ver la decoración final —anunció emocionada—. Ava quedo enamorada de la mezcla de colores y de la tela de los manteles.

—¿En serio? Enséñamelo.

Ambas siguieron hablando de la boda y salieron de la habitación. Abigail ni

siquiera intentó seguirlas, su atención, su cuerpo, todo estaba enfocado en Caleb, que tampoco buscó alejarse.

Iba a pasar en algún momento, decidió entonces, preferible que fuera allí, en esa casa que él había convertido en su hogar. Apretó las manos en puños y elevó un poco su cabeza. Caleb era alto. mientras que ella era baja, le llegaba apenas a su medio pecho. Tan imponente y maravilloso. Intentó sonreír y deseó haberlo logrado, aunque no hubo ningún cambio en la expresión de él, así que supuso que no lo había conseguido.

—Imagino que las felicitaciones están a la orden del día —comentó de la nada. El peor tema posible, sin duda alguna. Él enarcó una ceja y ella lo intentó de nuevo—. Ava y tú —balbuceó.

—Sí —contestó. Su mirada se endureció. El verde pareció congelarse. Sabía que debía acostumbrarse a esa mirada ya que a partir de ese día sería siempre así, o quizá desde antes, pero igual le dolió. Abigail respiró hondo para tratar de calmar el nudo que se formaba dentro de su estómago, el anhelo y el dolor se volvieron tan fuertes que ardían.

—La he visto en publicaciones en Facebook e Instagram. Es muy hermosa —agregó sin poder dejar de mirarlo, era enfermizo, como cuando te pellizcas una herida abierta y sientes algo parecido al placer. Eso era lo que le parecía estar a su lado.

—Lo es —confirmó Caleb—, y está perdidamente enamorada de mí.

—Sí —contestó y en esa oportunidad sí logro sonreír, buscó entereza donde solo había tristeza y resignación. Caminó hacia una mesa de madera oscura y se apoyó contra ella ya que sentía que sus piernas la traicionaban—, así me han dicho.

—¿Qué pensabas, Abigail? ¿Que esperaría toda la vida a que dejaras de huir de mí? —Ella negó con la cabeza y sintió cómo sus ojos se humedecían, así que los cerró por un segundo—. ¿No creías que me iba a cansar eventualmente? ¿Que no iba a captar el mensaje? Creí que me lo habías dejado bien claro la última vez que hablamos.

—Sí —respondió y se forzó a mirarlo—, la verdad contaba con eso. —Él apretó los labios hasta convertirlos en una línea y lo vio comprimir las manos en puños a cada lado de su cuerpo.

—Pues obtuviste tu deseo, entonces —dijo y se volteó para salir del salón y dejarla sola.

Ella asintió como si él aún estuviera allí y se sentó en el sofá que estaba a su lado, ya que sus fuerzas se habían acabado. Su mente comenzó a repetir las mismas tres palabras hasta casi hacerla enloquecer: «Sí, lo obtuve».



## Capítulo 2

*Ocho años y cinco meses atrás.*

*Abigail estaba sentada en el suelo en la parte trasera de su escuela, Grandview, con su espalda pegada a la pared, un jugo de fresas a un lado y un paquete de galletas dulces en el otro. No tenía necesidad de almorzar solo eso, su vida había cambiado de forma radical un mes atrás, pero los hábitos eran tan difíciles de perder como lo era confiar en que algo de eso de verdad había sucedido, que ella se lo merecía o que esos ojos amables no iban a tornarse despiadados.*

*Oficialmente tenía dos semanas viviendo con los Walker, creyó que no lo haría ya que la trabajadora de Servicios Sociales había cuestionado esa petición al notificar que ya le habían asignado una casa con una familia que fue estudiada a fondo (todas las familias anteriores también lo habían sido). Pero Brittany Walker luchó e incluso gritó por tenerla, eso aún la hacía sentir extraña, nadie jamás quiso cuidarla, y descubrir que una desconocida podría batallar tanto para mantenerla en su vida era ilógico. Fue por ello que, sin saber muy bien cómo, entró en esa nueva vida, en una casa gigante ubicada en Parker. Se sentía fuera de lugar al vivir en un sitio donde no tendría que hacer nada; ni atender, cuidar a niños o limpiar, ya que contaban con ayuda y con los medios económicos para delegar esa tarea en gente especializada. Por primera vez en su vida tenía cosas nuevas: una cama, sábanas, televisor, una computadora portátil, iPad, teléfono móvil y*

*muchas cosas más.*

*Se sentía avergonzada por todo lo que le estaban dando e incluso más cuando Brittany insistió en comprarle ropa. Aunque imaginaba que eso iba a suceder, Mark quemó todas sus pertenencias después de que se escapó de su antigua casa de acogida. Supuso que le compraría un par de conjuntos, siempre tuvo escasa ropa y la mayoría debía lavarla de forma constante para reusarla, por lo que se extrañó cuando la empezó a llevar de tienda en tienda, adquirió más objetos de los que había visto en su vida, desde ropa interior hasta accesorios. Les llevó cinco días, y visitas a varios centros comerciales, para conseguir todo lo que Brittany creía que era suficiente para los siguientes dos meses.*

*Ella quiso quejarse, pedirle que no se molestara, pero desde pequeña había sido adiestrada a no hablar, no criticar o estar en desacuerdo con sus cuidadores, por lo que se dejó llevar, le permitió convertirla en una especie de maniquí. En el último día, sin embargo, entraron a comprar de nuevo todos los implementos de estudio e hizo lo impensable, observó una edición de Doctor Zhivago y le pidió a Brittany que le regalara una copia para devolverla a la biblioteca, porque la que le prestaron pereció con todo lo demás. Se arrepintió de inmediato por la petición y bajó la cabeza por haber hablado, incluso temió que la mujer la golpeará por lo que salió corriendo de la librería.*

*Cuando esa misma noche, al desempacar las compras, encontró dos copias de Doctor Zhivago en una bolsa (una para la biblioteca y una para ella), se dejó caer en el suelo y sollozó por horas. No supo por qué lo había hecho, o por qué todavía el recordarlo amenazaba con crear un nudo en su garganta, quizá la razón fuera que eso no era una fantasía.*

*—Así que aquí estas. —Abigail levantó su cabeza y se encontró a Caleb parado frente a ella, le sonreía con confianza, por lo que le devolvió una sonrisa titubeante por un instante hasta que lo vio sentarse a su lado con una soda, lo que parecían ser cuatro pedazos de pizza y dos manzanas—.*

*Tenía más de diez minutos buscándote, el comedor tiene su uso y sus beneficios, ¿no lo sabías?*

*Ella suspiró y le enseñó su jugo y su galleta, él puso los ojos en blanco; después dejó el plato en el suelo y sacó unas servilletas de su bolsillo antes de ofrecerle una rodaja de pizza sobre una servilleta. Abigail lo observó confundida.*

*—Tengo mis galletas —le dijo en un susurro. Él arrugó su entrecejo, pero no paró de ofrecer la comida. Ella bufó al rendirse, dejó el paquete sobre su mochila y tomó un pedazo de pizza—. Gracias —le dijo a Caleb antes de tomar una pieza. Ella apoyó la cabeza sobre la pared y comenzó a comer en silencio—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Abigail por fin, cuando la comida se acabó y ambos aún seguían sentados en el mismo sitio, viendo los carros transitar por la I225.*

*Sabía que él estaba un año adelantado a ella y que tenía su grupo de amigos, pero por lo general pasaba tiempo a su lado, sobre todo en la hora de la comida. En la casa la dejaba tranquila, aunque a veces, cuando estaba sentada en la sala viendo televisión, él se acercaba y se acomodaba a su lado, igual que allí, solo veía cualquier cosa que ella eligiera sin decir palabra y después se iba. La estresaba y se sentía casi asediada.*

*Aunque debía aceptar que el peor momento en esa nueva casa era la cena, ya que todos se sentaban en familia en una gran mesa; Darius hablaba de su empresa, Brittany de su día y Caleb hacía comentarios jocosos sobre la escuela o cualquier otro tema. Y todos la miraban de vez en cuando, como si también necesitaran su opinión, la acosaban como lo hacía Caleb cada día en la hora de la comida en la escuela. El problema era que la atormentaba ese deseo creciente de participar, de creer que pertenecía alrededor de esas personas, y se debía recordar que era una intrusa y que, sin importar lo que pareciera, sus comentarios no serían bien recibidos.*

*—Me gusta comer contigo —le respondió él por fin. Ella casi se mordió la lengua para no replicar. ¿Cómo le iba a gustar comer con alguien que ni*

siquiera le hablaba?—. ¿Qué hay con la literatura rusa? —interrumpió sus pensamientos al ver su copia de Zhivago. Abigail estiró sus labios en una pequeña sonrisa.

—Tengo una fijación con los escritores rusos —se burló y después se sonrojó por lo que había dicho, hundió su cabeza casi hasta rozar su pecho y mordió su labio por bajar la guardia. Lo escuchó suspirar.

—¿Qué es lo que te gusta tanto? —insistió, su tono cauteloso por algún motivo.

Ella observó los autos y pensó en no responder, pero él había sido tan bueno que no le importó que se burlara.

—Me transporta a otro mundo, uno donde hay otros problemas más importantes. Este —señaló a su copia de Doctor Zhivago— me lleva a conocer a un Yuri que ama a dos mujeres, Tonia su mejor amiga y la que siempre estuvo enamorada de él, y Larissa, una chica pobre que se dejó engatusar por el amante de su madre y después, cuando se rehusó a seguir la relación, él la violó y... —Lo miró—. Me gustaría tener la voluntad de Larissa para tratar de matar a quien me hizo daño; ser lo bastante ingenua para escoger casarme con la cabeza y no con el corazón y ser tan valiente como para jamás renegar de mi pasado. Yo... —Apretó sus labios contra sus dientes y negó con la cabeza.

—Sigue —le pidió él con una sonrisa confianzuda.

—Te estoy aburriendo, no es algo que un chico de diecisiete años encuentre entretenido —se burló y él se encogió de hombros, antes de retornar al silencio.

—Dentro de dos semanas conocerás a mis primos, Haley y Kaden. Haley tiene tu edad —le informó un par de minutos más tarde, y ella lo miró asustada, sin poder disimular—. Vendrán a vivir aquí. Tío Eugene trabajaba en Texas, pero ahora viene a Colorado a ser el representante legal de la empresa.

Ella casi paró de respirar, apretó sus manos en puños de forma

*involuntaria. Quizá irían a vivir en la casa de Caleb y ya no tendrían espacio para albergar una adolescente problemática.*

*—Gail —la llamó. Ella dejó de pensar cuando lo sintió casi a su lado y, con una de sus manos sobre la suya, metió un dedo entre su puño e intentó que se relajara. No supo cómo, pero unos segundos después él logró que todo su ser se calmara—, estás a salvo y en casa —le susurró. Asintió con lentitud, de alguna forma absurda le creyó.*

*Sonó el timbre y lo escuchó refunfuñar en voz baja.*

*—Tengo clases —anunció—. No te vayas sin mí, amante rusa. Te llevaré a casa. —Asintió de nuevo y se levantó ya que también tenía clases.*

*Varias horas después, Caleb y ella llegaron a la casa, y cuando se dirigía a su cuarto escuchó que Brittany la llamaba. Entró en el salón donde estaba el sistema de televisión que parecía un cine y la encontró sentada en el sofá color crema.*

*—Dime, Brittany —le preguntó en casi un susurro y con la mirada baja.*

*—Me preguntaba si ya habías terminado de leer Doctor Zhivago.*

*Abigail elevó la mirada y asintió cautelosa, lo cierto es que era la segunda vez que lo leía, el final le resultaba muy triste, pero la historia le encantaba. Brittany sonrió tan ampliamente que una parte de su corazón se contrajo, nunca había visto tanta confianza y calidez antes.*

*—Entonces, quería saber si deseabas acompañarme a ver su versión cinematográfica. —Le señaló un puesto en el sofá y ella lo hizo de forma precavida, no podía evitarlo, era como había sido amoldada.*

*—Gracias —susurró Abigail y le sonrió de vuelta, ya que estaba emocionada por la expectativa de ver la película.*

*—Lo que sea por ti, cariño —respondió Brittany, acarició su cabello, y aunque Abigail se tensó, le permitió hacerlo y también se concedió experimentar el cariño.*

—¿Ya comenzó? —preguntó Caleb al entrar al salón con una taza llena de palomitas de maíz en sus manos.

—No empezaremos sin ti —dijo Brittany, acarició por última vez su cabello y se levantó a colocar el DVD.

Caleb se sentó a su lado y le ofreció palomitas, de nuevo sin retirarse hasta que ella tomara algunas. No tuvo que esperar mucho, porque Abigail adoraba ese dulce aunque nada más lo hubiera comido unas pocas veces. Se preguntó si había organizado todo después del almuerzo, cuando ella le contó del libro.

—Vamos a ver si vale la pena —le susurró de forma juguetona y ella se mordió el labio inferior y giró su cabeza hacia la pantalla cuando escuchó la música, allí por fin se dio cuenta de que estaba sentada entre los dos y que por primera vez no se sentía incómoda.

Abigail estaba en la sala de espera de uno de los mejores restaurantes en el centro de Denver, junto a Haley y a toda su familia en su tortura particular. Bueno, el primer día en cualquier caso, en la noche sería la cena de ensayo, pero Brittany había decidido que tenían que tener un almuerzo familiar para que ella conociera a Ava y a su familia antes del evento.

Sentados a su lado estaban Eugene Harris y su esposa Margaret, que conversaban amenos con Darius y Brittany. Los observó de forma furtiva y le sorprendió de nuevo el parecido entre Brittany y Eugene, por supuesto tenía que haberlos porque eran hermanos, pero parecían gemelos; mismo color de cabello, tonalidad de piel y ojos, aunque poseían gustos distintos en sus parejas. Margaret era blanca, con ojos miel y cabello castaño medio; en cambio, Darius tenía su piel clara muy tostada, como si hubiese sido expuesta al sol durante muchos años, lo cual debió ser cierto por sus años de trabajo de campo en torres petroleras en tierra y agua, y hacía sobresalir sus ojos verdes, y su cabello castaño oscuro, que en esos momentos estaba rodeado de canas.

Solía asombrarle que Caleb fuera una mezcla de Brittany y él: el cabello de su madre, y quizá la finura de sus facciones; la piel, un color mezcla de ambos; y el color de sus ojos calcados de su padre, como si fuera un rastro indivisible de Darius que tuviera que impregnar a su descendencia.

Su mente quedó en blanco cuando la puerta del restaurante se abrió y vio entrar a tres personas. A una la reconocería donde fuera, había pasado muchas horas sentada frente a una computadora con su visión enfocada en la página de Facebook de Caleb, estudiando cada una de sus imágenes, su lenguaje corporal, para confirmar que la amaba.

Apretó las manos en un gesto inconsciente y tomó una inhalación profunda antes de ponerse de pie sin apartar la mirada de la mujer que parecía una diosa. Era rubia, por supuesto, aunque con reflejos casi platinados y negros, tenía los ojos verdes, nariz perfilada, un cuerpo de modelo y casi tan alta como Caleb, quien se acercó a donde estaba y la abrazó por la cintura mientras le ofrecía un beso en su cuello como saludo. Ese gesto no debió herirla, se había entrenado para evitarlo, ¿por qué entonces lo hizo?

La chica lo miraba con adoración y se pegó a él con confianza, lo abrazaba y sonreía como si fuera un dios. Una parte de ella no podía refutar ese detalle. «¡Contrólate, Abigail!», se gritó y apretó más los puños hasta clavarse las uñas y por fin conseguirlo.

Todos empezaron a saludarse y Abigail les sonrió a los señores mayores que acompañaban a la chica, los padres de Ava, se imaginó. La mujer era muy hermosa, aunque parecía una belleza fabricada en una clínica; el padre lucía elegante y distinguido, con su cabello ya gris y ojos azules, aunque también lucía frío y con ojos carentes de bondad.

—Esta es mi otra hija, Abigail —presentó Darius y ella tragó su saliva de forma sonora, para devolver el nudo en su garganta a su estómago, y se forzó a dar un paso hasta llegar frente a ellos; se detuvo al lado de Brittany y evitó con eso que él la tocara para presentarla.

—Por fin te conozco, Abigail —dijo Ava, liberó a su prometido y la saludó

con un beso y un abrazo. Se sentía tan anonadada que no pudo siquiera responder el gesto, observó a Caleb que la miraba con fijeza y entrecerró sus ojos, con ello por fin reaccionó y la saludó de forma efusiva.

—Un placer por fin conocer a la novia de mi hermano. —Casi escupió las palabras y sintió cómo él se tensaba lejos de ella, pero no le importó; era suficiente con lo que estaba soportando y con lo que se estaba forzando a hacer como para que le preocupara lo que él estaba sintiendo.

—Igual para mí; Brittany y Darius siempre hablan de ti, de tus logros, tu universidad, tus múltiples atributos. Eres muy querida. —Terminó y se fue de nuevo junto a Caleb, quien la estaba esperando para abrazarla otra vez. Abigail se sintió anonadada por esa declaración, pero, antes de poder procesarla, llegó un camarero para guiarlos a su mesa.

Mientras caminaba a su puesto comprendió que Ava no había mencionado que Caleb hablaba de ella, ¿le sería tan difícil para él que ni siquiera la nombraba? Por unos meses, a ella le fue casi imposible incluso pronunciar su nombre. ¿Habría sido igual para Caleb?

La mesa a donde los guiaron estaba frente a un gran ventanal y agradeció haber conseguido un puesto con el que podría ver a la calle, le serviría para escapar cuando todo fuera un poco más difícil, a pesar de que Caleb y su prometida se sentaron casi enfrente de ella.

—Entonces, primita —murmuró Kaden que estaba a su lado antes de jalar uno de sus rulos castaños—. ¿Ya eres una *snob*? Caleb se volvió uno en Harvard y yo quiero comprobar si es un rasgo de nuestros genes o si tiene que ver con la universidad. —Abigail se carcajeó y miró sin querer a Caleb, que los observaba sin siquiera parpadear.

—Yo jamás sería una *snob*, Kaden —respondió cuando pudo salir de la prisión de la mirada de Caleb, un poco más acelerada que antes—. Así que...

—Debe ser genético entonces —la interrumpió, y Abigail dejó de sonreír —, y yo que no quería volverme uno —dijo y después rio con ganas. Ella trató de sonreír cuando la empujó para que se uniera a una broma que había



iniciado años atrás, desde que tanto Caleb como él se fueron a la universidad. Kaden siempre había sido un buen chico, y aunque nunca fue tan unida a él como con Haley, igual lo quería y extrañaba, sobre todo porque era tan políticamente incorrecto y gracioso que, sin saberlo, la animaba en sus momentos más oscuros. Aunque esta vez no lo había conseguido.

Poco después llegó el camarero con la carta, eligieron las bebidas, la comida y empezaron a hablar de la boda. Eso causó que Abigail se retrajera un poco, aunque Haley y Kaden la mantuvieron entretenida.

Diez minutos más tarde, estaba mirando por la ventana y, mientras tomaba un sorbo de agua, observó a una mujer que iba pasando con un vestido amarillo, detrás de ella iba un hombre alto de cabello castaño oscuro, y ella casi se atragantó con el agua. De inmediato se levantó de la mesa, lo que causó que todos la miraran aturridos. Se alejó sin decir palabra y salió del restaurante. No quería creerlo y tal vez sus ojos la habrían engañado, o por lo menos eso consideró hasta que lo vio en la acera.

—¡Nick! —casi gritó antes de lanzársele encima sin importarle que estuviera en medio de la calle, en la entrada de un famoso restaurante y con Caleb adentro. Escuchó que se reía y le devolvía el abrazo, mientras le dio una vuelta como a una niña. Ella lo liberó cuando recibió un poco de su fortaleza y le tomó su mano sin dejar de sonreír.

Nick Leyburn era mucho más alto que ella, delgado y con unos ojos grandes color avellana, bastante guapo de una manera algo extraña, sobre todo con sus labios gruesos y un poco rosados. Se convirtió en su amigo desde que se había mudado a Massachusetts. En ese entonces, él estaba terminando de estudiar su Doctorado de Lenguas Romances, para más tarde ser profesor asistente en Harvard, lo cual era un logro bastante resaltante, sobre todo por lo joven que era, solo unos seis años más que ella que acababa de cumplir veinticinco años.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al recuperar el aliento.

Nick sonrió con suavidad y estiró sus manos entrelazadas para besar el

interior de su muñeca. Al principio siempre se había sentido incómoda con esos contactos, tan caballerescos, fuera de moda y formales, pero ya no lo hacía, esa era solo su forma de ser.

—¿Crees que no iba a venir después de recibir un mensaje que debiste haber enviado antes de siquiera montarte en el avión?

—No te pedí que vinieras —le susurró avergonzada. Nick la guió hasta la entrada del restaurante y le tomó la barbilla para que lo observara.

—¿Tu infierno personal? —preguntó recitando parte del mensaje que le escribió.

Abigail arrugó la cara al recordar el tiempo de espera para abordar el avión que la llevaría a Colorado. Su vena dramática estaba en pleno vigor, sus defensas bajas. Ni siquiera razonó antes de abrir la bandeja de correo electrónico, su alma solo quería una oportunidad de desahogo porque sabía que el silencio la atormentaría en muchas formas distintas. Y Nick era seguro, conocía más que todos los demás sobre lo que había sucedido dos años atrás, lo sabía casi todo, excepto aquello que nunca había pronunciado en voz alta.

—Lo siento —susurró bajito—, no es así, es solo que él se va a casar y yo...

—Shhh —susurró y colocó un par de dedos sobre sus labios—. No pude evitar venir a ver tu condena y ayudarte a superarla; y no te lamente, siempre he sido más que feliz a tu lado. —Abigail lo observó con todo el agradecimiento que sentía y volvió a abrazarlo. Cerró los ojos y pareció respirar hondo por primera vez.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Haley y su Instagram. Son la mejor arma de cualquier detective, te lo aseguro.

Ella se apartó y, quizá por primera vez en días, sonrió con sinceridad.

—Gracias.

Él le hizo un gesto con la cabeza, ambos se miraron por unos segundos y por fin ella asintió, entrelazó de nuevo sus manos y lo guió hacia el restaurante y

hacia la mesa. Sin embargo, a cada paso que daba, su cuerpo y atención se concentraban en Caleb, cuyos ojos parecían clavados en sus manos entrelazadas. La embargó el pánico y trató de soltarse de Nick, pero él apretó su agarre para evitarlo. El primero que se levantó fue Darius, su sonrisa era luminosa y confianzuda, casi exaltado. Brittany sonrió a su vez, Haley pareció suspicaz.

—Les presento a Nick —informó cuando llegó frente a la mesa con la boca un poco seca—, es un amigo de Massachusetts.

Todos lo saludaron de forma amistosa, excepto Caleb, quien lo miró con gesto retador y estuvo segura de que apretó su mano con más firmeza de la normal. Abigail arrugó su entrecejo y tuvo que controlarse para no poner sus ojos en blanco. El hombre estaba comprometido, su mujer se encontraba sentada a su lado y aun así se creía con derecho de retar a otro que estaba con una que jamás le pertenecería. Consideró dejar a todos en el almuerzo e irse con él.

—¿Ya almorzaste, Nick? Si no, por favor, acompáñanos —pidió Brittany.

Ella se mordió el interior de su mejilla y asintió hacia él. Comprendió que con esas ocho palabras, su opción cobarde de huida le fue arrebatada y casi pareció verla volar al cielo acompañada con pequeñas avecitas amarillas. Sonrió irónica por ese pensamiento y se sentó junto a Nick en la silla que el camarero acababa de añadir a la mesa.

—¿Eres compañero de estudio de Abigail? —preguntó Darius, y ella notó sus ojos brillantes de la emoción por la expectativa; una pequeña parte de su ser sintió lastima por él, pero trató de matar ese sentimiento mientras giraba a ver a Nick.

Nick vio a Abigail e hizo un guiño ligero con su nariz como si fuera de desagrado y ella rio en respuesta. Cuando se calmó, procuró ignorar la mirada verde penetrante que intentaba taladrarla.

—No estudiamos juntos —pronunció con voz ahogada, y cuando miró a Darius y a Brittany volvió a sonreír, exigiéndose retornar a la máscara,

recuperar su papel—, Nick terminó el doctorado hace un año y ahora es profesor asistente.

—¿Y no hay normas de no confraternización? —gruñó Caleb y varias personas de la mesa se voltearon a verlo con expresión confundida, con la excepción de dos de ellos. Ava acarició su mejilla con suavidad, le susurró algo al oído, pero su enfoque no se apartó de Nick.

—En regla general —respondió Nick. Parecía relajado, su atención total en Abigail a pesar de estar hablando con Caleb—, pero no creo que para profesores asistentes haya limitantes, sobre todo si somos... amigos, como bien dijo Abigail. —A nadie le pasó desapercibido la pausa que hizo después de «somos» y ella lo miró confundida sin entender bien qué pretendía.

—¿Y qué materia dictas? —preguntó Kaden en un intento descarado de cambio de conversación.

—Literatura comparada.

—A Abigail siempre le ha encantado leer —comentó Brittany orgullosa—, y me introdujo a ese mundo. Cada mes elegíamos un libro, lo comentábamos, después veíamos las películas, si existían. ¡Mi hija es tan inteligente!

Abigail sonrió a su madre y le guiñó un ojo recordando cómo empezó esa tradición. Al día siguiente de ver *Doctor Zhivago*, fueron juntas a la librería y adquirieron dos copias de *La guerra y la paz* de Tolstói, lo cual había causado que Caleb se burlara aún más sobre su fijación con la literatura rusa. Nick la miró pensativo.

—Siempre me pregunté de dónde se te había ocurrido esa idea.

—De mi madre, por supuesto —respondió y suspiró aliviada cuando la madre de Ava comentó sobre los pliegues de manteles para la recepción de la boda y dejó de ser el centro de atención.

—Tienes que contarme muchas cosas —la amenazó Haley. Abigail asintió y escuchó la risa ahogada de Nick entre ellas.

Una hora y media más tarde, Abigail había vuelto a casa junto con Brittany y Darius, con el auto de Caleb escoltándolos. Haley y los demás se fueron a sus respectivas casas para empezar a arreglarse para la noche.

Brittany hizo prometer a Nick que iría a cada evento de la boda, así que habían quedado en que la iría a buscar para llegar juntos a la cena.

Caminó hasta la cocina para servirse un vaso de agua fría y relajarse un poco de la tensión que irradiaba constantemente en su cuerpo desde el momento en que piso Denver. Ese día no fue por completo horrible, aunque sabía que eso tenía que ver con la aparición de Nick, le hizo recuperar un poco del control que consiguió en Massachusetts; todo habría ido bien si Caleb no la hubiese mirado todo el tiempo de la manera en que lo hizo, y sin derecho, había pasado demasiado tiempo, demasiadas cosas y ¡se iba a casar!

Enjuagó el vaso en el fregadero para dejarlo en el escurridor. Se quedó unos segundos allí mirando el metal y preguntándose de nuevo cómo iba a pasar esos cuatro días restantes incluso con la ayuda de Nick, cuando lo sintió. Se maldijo por ser idiota y por haber estado tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Vio sus brazos rodearla y descansar en el mesón a cada uno de sus lados, encerrándola.

Cerró los ojos y percibió su calor y su olor, la mezcla de almizcle y vainilla además de su aroma masculino la envolvieron como siempre. Colocó sus propias manos encima del mesón, a su lado, y las enredó hasta volverlas puños. De inmediato, él movió las suyas hasta envolverlas, metió sus dedos entre el puño para liberarlas en una caricia.

Abigail emitió un sonido parecido a jadeo y sollozo que se había escapado desde lo más profundo de su pecho al sentir de nuevo su roce, su mezcla de suavidad y dureza. Cerró los ojos y se permitió soñar que se volteaba, que se relajaba, que levantaba la cabeza y dejaba que la besara.

—Nick —escuchó que le susurraba con voz contenida y ella se estremeció, salió de su ensoñación justo cuando él apretó la sujeción, convirtiendo la caricia en una muestra clara de posesión.

—Ava —respondió con expresión ahogada y se removió para que la soltara, pero él se acercó más, la encerró contra el mesón, acomodó todo su cuerpo alrededor de sus curvas y se acuclilló, para respirar con brusquedad contra su oído.

—¿Por qué? —preguntó, y ella se mordió el labio tan fuerte que lo traspasó con sus dientes. Sabía qué era lo que quería saber, esa pregunta que había quedado danzando entre ellos dos años atrás, cuando se alejó; pero ¿cómo se lo decía?, ¿cómo le hablaba de todos sus miedos y de lo que le dolió saber que no había manera de vencer?

—Te vas a casar —susurró en vez y sintió cómo apretaba un poco más su agarre en respuesta—, no tienes derecho a cuestionar o a tocarme así.

—¿Y de quién es la culpa? —le preguntó. Su tono grueso de la furia.

Ella apretó los ojos para no llorar. El tiempo pasó, pero ninguno volvió a pronunciar palabra. Ella se concentró en esos momentos robados; en su calidez, su furia y el dolor que solo podía ser eclipsado con el suyo. El anhelo arremetió con ansias desmedida, porque al estar tan cerca le hacía recordar cosas que era mejor mantener olvidadas. Se tragó un ahogo mitad pesar, mitad placer por su proximidad, y lo sintió acercarse más a su cuerpo, la hirió con el filo del mesón. Abigail casi dejó caer su cabeza en su hombro, en rendición.

—En este momento te odio —le confesó él sobre su oído. Abigail apretó más sus ojos hasta crear pequeñas arrugas en su piel canela y retorció sus puños. Su corazón se desgarró y la bilis quemó su garganta. Tragó y agradeció el ardor que experimentó en su estómago porque le dio las fuerzas para continuar y destruirlos a ambos. Asintió con gesto efusivo, casi golpeó su mandíbula.

—Lo sé —respondió con voz muerta. Sus ojos aún cerrados—, me alegra. Es lo que quería.

En un gesto contrario a sus palabras, Caleb deslizó su nariz por su cabello hasta llegar a su cuello. Abigail se estremeció por el roce. Él la giró en lo que se sintió como un solo movimiento; ya no veía el fregadero, sino unos ojos

verdes que aún la perseguían en sueños, la frialdad y turbulencia en ellos le hizo aceptar que su última declaración había sido cierta. Por instinto subió sus manos a su pecho, para apartarlo, aunque no llegó a empujarlo, estaba concentrada en su cara, en su nariz griega y la forma en que sus cejas estaban un poco separadas, su mandíbula cuadrada.

—Contéstame una pregunta —ordenó, y ella parpadeó, salió de sus pensamientos embelesados y se tensó al entender lo que estaba haciendo—: cuando te toca, ¿te estremeces así?

Abigail se sintió aturdida de que, de todas las cosas que pudo inquirirle, hubiera escogido esa; abrió la boca, pero ninguna palabra surgió de sus labios.

—¿Te toca como yo...?

—¿Caleb?!

Ambos escucharon la voz de Brittany desde la habitación del lado y él maldijo mientras ella se quedó muy quieta, asustada. Él subió su mano derecha y con un dedo acarició su labio inferior.

—Como desearía odiarte —susurró y se apartó antes de que Brittany entrara a la cocina.

—Ava te está llamando —informó Brittany con una sonrisa, por completo ajena a la tensión subyacente en la habitación—. Abigail, ven a ver el vestido que escogí para ti, te verás divina.

Caleb salió de la cocina y ella asintió, sus manos temblaban y su corazón latía revolucionado. Consiguió la voluntad para seguir a Brittany y se preguntó si había por fin dado el segundo paso al infierno o si por el contrario estaba empezando a ganar su liberación.

## Capítulo 3

*Ocho años atrás.*

*Abigail veía sus pies flotar en el agua, estaba sentada en la orilla de la piscina de su casa. Alzó su cabeza, se concentró en el cielo oscuro de la noche y contó las estrellas mientras intentaba calmarse.*

*«Debería haber dicho que no», pensó por enésima vez en el lapso de media hora y sintió que enrojecía hasta la punta de los pies. Para Haley eso era una buena idea, «una maravillosa idea», le repitió una y otra vez, pero Abigail no lo creía.*

*Suspiró antes de sacar sus piernas de la piscina y secarlas con la toalla que dejó a un lado. Se colocó las zapatillas blancas y caminó hacia la casa, hacia el cuarto de Caleb. Era jueves y lo más seguro es que estuviese en casa, y necesitaba su ayuda. Observó en su camino a Brittany leyendo un libro y sonrió, el día anterior había terminado su copia de Ana Karenina y estaba ansiosa porque ella lo terminara y hablaran sobre ello. Quería atacar sin compasión a los hombres de esa historia y a la hipocresía reinante de la época. Subió a la segunda planta y tocó la puerta del cuarto de Caleb, alejó sus pensamientos sobre el conde Alekséi y esperó unos segundos hasta que escuchó que daba el permiso para entrar a la habitación.*

*—¿Te interrumpo? —le preguntó dudosa mientras seguía parada en la puerta del cuarto.*



—No —dijo tranquilo y sonriéndole con suavidad—, solo estaba jugando un poco de *Call of Duty*. —Se encogió de hombros y giró la silla del computador de forma juguetona—. ¿Qué sucede?

Abigail cerró la puerta y caminó dentro de la habitación, se sentó en la cama y se dejó caer de espaldas en el colchón, dio un profundo suspiro.

—Brian Carmichael —declaró en un susurro y escuchó que él se carcajeaba—. ¡No es gracioso, Caleb!

—Cierto —dijo a duras penas—. Se me había olvidado la doble cita del baile que Haley tiene un mes pregonando alrededor —agregó cuando pudo controlarse. Abigail asintió.

—Ya compramos el vestido, mañana iré a su casa a arreglarme pero... —Sintió que la cama se movía y supo que él se había acostado a su lado así no lo haya visto.

—¿Pero qué?

Abigail se mordió el labio y exhaló con brusquedad, no sabía si debía hablar o no. Tenía ya meses en esa casa y había aprendido a ser un poco más abierta, a hablar y dar sus opiniones, pero a veces los viejos demonios igual atacaban y le evitaban hacerlo.

—Vamos, Gail, ¡escúpelos!

—Tengo miedo de que me hagan una a la Carrie —confesó su miedo y supo que estaba sonrojada. Percibió que la cama se movía y se levantó furiosa para mirarlo. Como sospechaba, él tenía los labios apretados para tratar de contener su carcajada y ella agarró una de sus almohadas y lo golpeó—. ¡No es gracioso! —le gritó y salió de su cuarto enojada para encerrarse en el suyo.

Por supuesto, desde que era una «Walker» y Haley Harris había llegado a la ciudad, muchas cosas habían cambiado y ya no podía simplemente encerrarse u ocultarse. Abigail tenía una amiga y pertenecía a una parte. No era ya la marginada social que siempre humillaban y maltrataban. Además, debía aceptar que no solo Caleb luchaba sus batallas, sino Kaden

también, quien una semana después de llegar le había pateado el culo a Erik por haber susurrado la palabra «pordiosera» cuando pasó a su lado, y Haley había contenido eficientemente las pullas nada sutiles de Taryn.

Pero eso no era nada para lo que iba a hacer al día siguiente, por Dios, ¡iba a un baile de fin de curso, invitada por un miembro del equipo de fútbol! Como si fuera una verdadera cenicienta o alguna cosa idiota como esa, y lo cierto es que eso no les pasaba a las personas como ella. Así que era obvio que iba a temer que en vez de convertirse en princesa ganaría el premio de reina de la escuela solo para que, cuando subiera al escenario a recibirlo, la llenaran de sangre de cerdo. Y como era su suerte, la frustración y el dolor que experimentaría por eso únicamente le afectarían a ella, de ninguna forma se demostraría en olas de ira acompañado de una especie de brujería que mataría a los culpables e incendiaría todo el gimnasio. Tal vez su miedo viniera reflejado porque ese fin de semana tuvo una pijamada con Haley y vieron esa película. ¡Pero, eh!, su vida tenía los antecedentes, así que era posible.

Bufó ante sus pensamientos exagerados y escuchó que se abría la puerta de su habitación. Alzó la mirada de la cama donde estaba acostada y se encontró frente a frente con Caleb que la miraba serio. Ella se enrolló en posición fetal para alejarse de él y lo escuchó caminar dentro de la habitación y sentarse a su lado.

—Vamos, Carrie, quiero decir, Gail —se burló. Ella jadeó y le lanzó otra almohada sin verlo.

—Lárgate, Caleb.

—Gail, nadie te va a lanzar sangre de cochino —informó en el tono más serio que pudo emitir, aunque ella escuchaba la diversión debajo de todo eso. Era extraño, nunca había prestado atención a esas cosas, pero con Caleb era muy fácil, lo más seguro era que fuera porque siempre estaba atormentándola y ya eran algo parecido a amigos. Había llegado a apreciarlo profundamente, lo cual le aterraba, no era buena con eso de los

sentimientos. Suspiró hondo y se volteó todavía acostada para verlo a los ojos.

—Brian es un imbécil —susurró.

—¿Por qué aceptaste ir con él? —preguntó interesado.

—Porque me invitó —respondió y recordó lo asombrada que había estado por ese hecho—, y Haley creyó que sería una buena idea, que me ayudaría a socializar y que todos alguna vez tenían que ir a un baile de fin de curso en una cita, que todos tenían que tener una cita alguna vez —concluyó.

—Suena como algo que diría Haley —respondió él ya sin diversión en su voz—. Brian me cae bien, ¿te hizo algo antes de que yo llegara? —preguntó con voz calmada. Eso siempre le sorprendía, a veces quería protegerla hasta de los que la molestaron en el pasado, era confusa tanto la acción como la sensación de ser cuidada y eso la sobrepasaba algunas veces.

—No —respondió de inmediato. Brian pertenecía al grupo de «ignoremos a Abigail», no hacía nada para perjudicarla, pero tampoco la defendía, lo cual no había esperado ya que nadie jamás la había defendido y cuidado hasta que llegaron los Walker.

—¿Entonces? —cuestionó Caleb confuso.

—Son los bailes lentos —confesó y cerró los ojos, avergonzada.

—¿Bailes lentos? —preguntó dudoso. Abigail asintió.

—Con los bailes rápidos no tengo problemas, puedo saltar y dar vueltas, pero soy terrible con los lentos.

—Mamá me dijo una vez que los bailes lentos demostraban confianza —anunció. Abigail lo miró confundida—. Eso fue lo que me contó a los diez años cuando me enseñó a bailar para un estúpido baile al que iba a llevar a Natasha, mi compañera fastidiosa de quinto grado. Ella no me gustaba porque siempre quería estar besándome. —Abigail se mordió el labio para emitir una sonrisa tímida.

—Todavía tienes compañeras así —le susurró y recordó a las chicas que corrían a su lado cada vez que jugaba fútbol o beisbol, había una

*competencia de las mujeres entre Caleb y Kaden.*

*—Sí, pero ahora sí me gusta que me besen. —Alzó las cejas de forma sugestiva y Abigail negó con la cabeza mientras apretaba los labios para no reír—. Puedes reír, ¿sabes? —comentó unos segundos más tarde sin parpadear. Ella palideció y sus labios abandonaron cualquier signo de alegría. Lo miró y él negó con la cabeza—. ¿Quieres que te enseñe a bailar? —preguntó, como si lo anterior no hubiese sucedido.*

*—¿Puedes? —pidió emocionada y se levantó de la cama.*

*—Vamos —le dijo mientras la guiaba hacia el salón pequeño en el segundo piso donde estaba el televisor y todos los artefactos electrónicos. Cerró la puerta detrás de ellos y Abigail miró todo un poco asustada mientras él ponía algo de música en YouTube.*

*Empezó una tonada vieja y ahogó una risilla al escucharla, era obvio que había utilizado el repertorio de sus padres. Caleb la miró divertido y se encogió de hombros antes de caminar hacia ella.*

*—¿Confianza? —preguntó Abigail en un tono ahogado mientras él tomaba una de sus manos y la colocaba sobre su hombro, la otra la envolvía con la suya. Después pasó una mano por su espalda media y ella respiró con brusquedad al sentir un estremecimiento extraño recorrerle todo su ser. Caleb la miró confundido.*

*—¿Tienes frío? —le preguntó dudoso. Abigail negó con la cabeza sonrojada por esa reacción ilógica y se quedó parada como si fuera una estatua al sentirlo rodearla—. ¿Confías en mí, Gail? —cuestionó. Era el único que usaba esa abreviación de su nombre, y solo cuando estaban solos.*

*Lo miró fijo, casi sin respirar, pensó en todo lo que había hecho por ella desde que lo conoció y de forma instintiva respondió que sí, sin entender cómo por primera vez confiaba en alguien en su vida. Se aterrorizó más que nunca, pero lo controló ya que sabía que habría sentido dolor, confiara o no en una persona, y a diferencia de los demás, Caleb y su familia la habían salvado.*

—Sí —susurró y se relajó para permitir que él la moviera lentamente alrededor, dando a su vez unos pasos titubeantes. Pasó una hora enseñándole a mover los pies, a dejarse guiar; y ella, de forma inconsciente, sonreía cuando la soltaba para darle vueltas alrededor del cuarto.

En un momento de la lección, él comenzó a jugar con ella, creando pasos de baile absurdos y exagerados, y por primera vez en mucho tiempo, no pudo controlarse. Abigail soltó una risilla que se volvió una carcajada justo antes de dejarse caer en la alfombra, su respiración agitada, agotada. Caleb se tiró a su lado y también rio entre jadeos. Y ella se sintió segura.

Después de varios intentos más, pisotones y una media caída por parte de Abigail, ambos se encontraban tirados en el sofá crema frente al televisor viendo una serie de televisión, con dos jugos y un paquete de galletas dulces. En ese momento, la pareja protagonista estaba llegando de haber ido al cine y se besaban a modo de despedida. Era su primera cita. Ella se tensó y jadeó horrorizada. Se había preocupado por el baile, la ropa, que le hicieran algo como a Carrie, pero no sobre eso. Nunca había besado a alguien.

—¿Y si me quiere besar? —murmuró llena de pánico, sin poder mirar a Caleb—. ¿Qué hago? —preguntó en voz ahogada. Volteó hacia él y se extrañó porque la miraba sin la diversión y tranquilidad que por lo general lo caracterizaba.

—No dejes que te bese —le dijo y se levantó del mueble para salir de la habitación sin mirarla de nuevo.

Ella lo observó ir confundida y tomó otra galleta dulce mientras decidía que no iba a dejar que la besara. Tal vez lo mejor sería preguntarle a Haley para que le diera su opinión. Sí, eso es lo que haría.

Abigail se colocó frente al espejo, observó el hermoso vestido verde oscuro que su madre había escogido para ella y sonrió. Llegaba hasta sus tobillos en

una falda suelta, lo bastante largo para que se mostraran las sandalias con pedrerías de jade. Era entallado a su cuerpo porque le habían hecho varios arreglos horas atrás para que le ajustara, ya que había adelgazado un poco; la parte frontal era cubierta hasta el cuello donde se cerraba el vestido en su nuca con tres botones pequeños, con una abertura en el medio de su pecho. Lo sensual del traje recaía en que tanto sus hombros como su espalda estaban descubiertos, ya que era de corte corazón hasta el punto de separación de su espalda baja y su trasero, y lograba que esa parte de su anatomía se viera mucho más exuberante. Había alisado y sujetado su cabello ondulado con un moño bajo con flequillo para que se viera el detalle del vestido. Unos zarcillos color jade y una pulsera eran sus únicos accesorios.

—Sabía que ese vestido era hermoso, pero en ti luce despampanante —susurró Brittany al entrar en la habitación, lucía un conjunto azul eléctrico.

Abigail sonrió y giró frente al espejo para estudiar su espalda desnuda, sus ojos se detuvieron en la cicatriz ya emblanquecida debajo de sus costillas. Dejó de sonreír y miró ese punto como si estuviera hipnotizada. Tenía varios años sin pensar en nada de lo que había ocurrido en su niñez y cada vez que veía una cicatriz o marca de esos tiempos le causaba el mismo efecto. Sintió el abrazo de Brittany alrededor de su cuerpo y cómo con una de sus manos le tapaba la cicatriz, y de inmediato cerró los ojos aliviada con la calidez y el amor que ese gesto le transmitía. Su madre. En todos los sentidos la consideraba así, aunque no compartieran lazos sanguíneos y no la hubiese parido; era una de las únicas personas a quien amaba de forma incondicional, y ese simple gesto le hizo recordar todas las veces que la había apoyado, cuidado y querido antaño. Sirvió para obtener la fortaleza necesaria para superar el evento de esa noche.

—Hay otros vestidos además de este, puedes cambiarte —le propuso con la barbilla sobre su hombro. Abigail negó con la cabeza.

—Estoy bien —susurró y bloqueó el recuerdo del hombre gigante y borracho que la había cortado. Suspiró hondo y se giró para ver a su madre—.

De verdad —reafirmó. Brittany asintió con los ojos brillosos.

—¿Qué te pareció Ava? —le preguntó y se sentó en la cama. Abigail se dejó caer en la silla frente a la peinadora mientras meditaba su respuesta para no revelar algo no deseado.

—Parece estar enamorada de Caleb —anunció—, y se ve como si fuera una buena persona —concluyó. Se encogió de hombros y sintió dolor y alivio al mismo tiempo. A veces la confundía esa dualidad de sentimientos que recorrían su interior y se recordaba una y otra vez que, quien amaba de verdad, quería la felicidad de una persona, así no pudiera ser al lado suyo. Ella era un fiel ejemplo de ese precepto. Brittany sonrió y asintió, lo que provocó que volviera la atención a la conversación.

—Es hermosa y muy amable. Caleb la conoció un año y medio atrás en una cita a ciegas. Yo lo organicé.

Abigail dejó de sonreír y observó un punto en la pared mientras se preparaba para escuchar algo no deseado, quizá confesiones de amor de Caleb por parte de su madre o la aceptación de esa mujer como su esposa. Algo que ella misma había deseado una vez.

—En ese tiempo él estaba invadido de trabajo y no sé por qué no quería salir, ni siquiera hablaba con sus amigos. Estaba tan perdido —continuó Brittany con un tono lleno de tristeza—. Caleb siempre ha callado todo, nunca se ha caracterizado por hablar de su vida sentimental, pero imagino que alguien le rompió el corazón en ese entonces.

Abigail se forzó a mirar a su madre sin mostrar ninguna emoción, sabiéndose culpable de ese pecado.

—Así que al enterarme que Ava volvía a la ciudad después de haber culminado su carrera de Administración en Oxford, planeé la cita para ver si lo animaba un poco. No fue fácil, se negó de forma enfática, después un día me llamó y me dijo que lo haría.

Abigail cayó la en cuenta de la fecha y su pecho se comprimió. «Ese día, claro que fue ese día», pensó. Él había amenazado con ir a buscarla a Harvard

para que le explicara todo, y ella fue forzada a ser cruel, miserable y tan tajante que nunca más volvió a contactarla. «Ese fue tu último intento, Caleb, y gracias a Dios mi último rechazo».

—¿Y han estado juntos todo ese tiempo? —preguntó con el alma en su garganta y el estómago revuelto.

«Debe ser feliz. Debe ser feliz», se repetía como un mantra.

—Más o menos —respondió Brittany en un titubeo nada común—, Ava lo tuvo un poco difícil, pero hace cuatro meses él le propuso matrimonio y aquí nos encontramos.

—¿Y él la ama? —preguntó antes de morderse la lengua. Se clavó dos uñas en su muslo hasta hacerse daño y miró a su madre con una mezcla de esperanza y terror. Brittany sonrió, aunque no pudo ocultar el deje de preocupación en su mirada.

—No se casaría si no lo hiciese, ¿o sí?

Abigail asintió, aunque su corazón le gritaba otra cosa al recordar sus dos encuentros anteriores.

«Caleb, ¿qué estás haciendo, amor?».

Tocaron la puerta de la habitación, lo cual agradeció ya que no sabía bien cómo responder a esa pregunta, y entró una chica que nunca había visto antes, una rubia vestida con un uniforme azul.

—El señor Nick Leyburn está esperando en la sala, señora Brittany.

—Gracias, Amanda —respondió Brittany y la chica se retiró. Se levantó sin dejar de detallar el brillo de curiosidad en los ojos de su madre—. ¿Y este Nick? —Abigail sonrió como respuesta, se preguntó por qué se había tardado tanto en el interrogatorio.

—Es un buen amigo —dijo y tomó su sobre del mismo material del vestido.

—¿Y te trata bien? —prosiguió curiosa al igual que preocupada. Abigail asintió y pensó en su amigo, en el consuelo que resultó encontrarlo en esa cafetería una semana después de llegar a Boston.

En ese entonces había estado tan sola, rota y perdida que creyó que no lo



conseguiría, que por fin moriría de dolor como tanto lo habían querido sus demonios de antaño. Pero entonces llegó él con la mirada más bondadosa que hubiese observado en su vida, se sentó a su lado, preocupado y cariñoso, como si una simple mujer que acabara de ver fuera merecedora ya de su afecto. Y Abigail había hecho lo impensable. Había vuelto a confiar en unos ojos amables, sin siquiera dudar en la carencia de ese sentimiento, y había dejado entrar a Nick en su vida. Poderoso, hermoso, amable y pacífico Nick.

—Es un perfecto caballero —le dijo sin saber cómo más definirlo.

—Pues tendré que hablarle de la maravilla de mujer que está cortejando — anunció y se levantó de la cama.

—Por favor, déjame estar presente en esa conversación. —Se jugó con su madre y le dio un beso en la mejilla con cuidado para no mancharla con sus labios carmesí, salió a saludar a Nick y a enfrentarse a su segunda prueba.

Llegaron al restaurante ubicado en Colorado Springs cincuenta minutos más tarde. Según lo que le había contado su madre, lo habían alquilado para ese evento y también contrataron un grupo de música para ambientar y bailar un rato. Ella suspiró hondo y, antes de bajarse del coche, sintió la mano de Nick entrelazarse con la suya.

—¿Estás segura?

Abigail negó con la cabeza mientras sonreía, aunque ese último gesto era un escudo más que otra cosa.

—Podemos irnos —prosiguió Nick—, llegar al aeropuerto en un par de horas, después de que empaques toda tu ropa mientras ellos están en su prefiesta, y mañana todo sería solo un mal sueño. —Lo observó con los ojos brillosos y se acercó para abrazarlo con ferocidad, en reacción a sus palabras.

—Gracias —le susurró conmovida, aunque sabía que no podía hacerlo, que se lo debía a Brittany y al propio Caleb, decidió en ese momento, él merecía lo que no le había dado en el pasado, una especie de cierre de eso que

tuvieron. Solo tenía que conseguir ser más valiente.

—Entonces seguiremos en tu infierno —concluyó él. Ella asintió sin soltarlo.

—Solo faltan tres días —respondió, aunque no sabía si lo estaba convenciendo a él o a sí misma.

—Vidas se han destrozado con mucho menos que eso —dijo preocupado—. ¿Cuánto puede tardar en desgarrarse un alma?

Abigail se apartó un poco y acarició su mejilla, sintió que la emoción la embargaba por esas palabras. Él tenía alma de poeta, corazón de ángel y labios de profeta.

—Soy un hueso duro de roer —le respondió, aunque su mirada se oscureció al recordar que hubo momentos en los que sentía que la fuerza la abandonaba, y que si tal vez hubiese durado un día más con Mark, su vida se habría apagado para siempre. Nick tomó su mano entrelazada y volvió a besar el interior de su muñeca.

—Así lo espero.

Ella desvió su atención a la ventanilla y se le cayó el alma al suelo al ver a Caleb mirando dentro del vehículo. Tenía puesto un traje gris con corbata roja y se veía muy apuesto con su cabello engominado y su mandíbula más cuadrada de lo normal, se notaba hasta en esa distancia que estaba apretando los dientes de furia. Parecía que iba a traspasarla con la mirada y se estremeció en respuesta. Odiaba tener esa reacción, pero jamás podía evitarla cuando se trataba de él.

«Nunca conoceré a otro hombre como tú». Una parte de sí misma se cuestionó por ser tan débil al hacer esa declaración, mientras se apartaba de Nick y de la mirada de Caleb para salir del vehículo. Ya Brittany y Darius habían llegado y estaban en la entrada, se acercó a ellos, teniendo cuidado de conservar a su madre y a Nick a sus flancos e ignoró por completo la mirada recriminatoria de Caleb mientras entraban.

El local estaba decorado elegante y casi etéreo. Las mesas estaban

acomodadas en forma de L con manteles blancos y cerezas, flores inundaban alrededor y en un lateral estaba la banda tocando música de ambiente con un sonido bajo.

Se encontró a Haley y a Kaden en una de las mesas del fondo y, sin siquiera preguntar, se acomodó junto con Nick, no estaba dispuesta a que la sentaran donde el protocolo exigiría y quedar al lado de sus padres o, Dios jamás lo quisiera, al lado de su némesis.

Pasó parte de la velada riéndose por los chistes velados de Kaden y después todos se quedaron callados para escuchar a Darius y a Liam, el padre de Ava, dar los discursos por la bendición del matrimonio. Era muy emotivo ver cómo ellos felicitaban a los novios, hablaban de sus recuerdos de niñez y de lo bueno que era que se hubiesen encontrado y unido. Por un segundo se permitió fantasear que era ella en vez de Ava la que estaba sentada a su lado, sonreiría y besaría su mejilla cuando una frase fuera muy hermosa. Sintió que su alma se hundía otro centímetro.

¿Quién hablaría de sus recuerdos de niñez? ¿Quién diría que había sido amada como lo estaba haciendo Liam con Ava? ¿Quién confirmaría que ella era perfecta para su hijo, su pareja, su ideal reencarnado? Sintió los dedos calientes de Nick entre los suyos y cerró los ojos antes de bloquear sus pensamientos. Esa fantasía era imposible, sobre todo con él, que se iba a casar con otra, que la iba a dejar atrás por fin. Apretó sus labios y el agarre de la mano de Nick para controlarse. Ella sabía que no debía pensar en esas cosas en ese momento, no podía seguir haciéndose daño, no cuando era tan importante que todos pensarán que se encontraba bien y feliz.

Comió con mucha dificultad, porque muchas veces el nudo en la garganta le impidió tragar, y terminó jugando con el contenido de los últimos tres platos, haciendo que masticaba e ignorando la mirada preocupada de Nick. Después de la comida y un poco más de conversación, la orquesta comenzó a entonar músicaailable lenta y ella cerró los ojos.

—Sácame a bailar —le susurró a Nick, y él se levantó del asiento, se

colocó a su lado y ubicó una mano detrás de su espalda antes de ofrecerle la otra. Ella sonrió mientras se la otorgaba y salieron a la pista de baile.

Bailaron tres piezas, y ya su alrededor se había llenado con varias parejas. En una esquina había visto a Caleb con Ava, Darius y Brittany, Kaden con su novia, Amanda, Haley con alguien que no conocía, y otros más que imaginaba que formaban parte de la familia de la novia. Observó a Ava y a Caleb por un segundo y se tragó su amargura, parecían dos actores de Hollywood, ella usaba un vestido rojo del mismo tono de su corbata, y se movían y se veían perfectos; ella le estaba hablando de algo y lo observó sonreírle coqueto mientras asentía. Sintió que Nick le hacía presión en su espalda, así que se concentró de nuevo en él.

—¿Pasa algo? —preguntó en una gran imitación de sonrisa.

—Me has sorprendido, te he visto bailar música movida, he bailado contigo también y jamás lo has hecho con tanta soltura. No digo que apestes en ello, pero no es igual. —Ella rio divertida y agarró con más firmeza su hombro.

—La música movida describe tu libertad. —La cual siempre había carecido por sus demonios que no la abandonaban—. La lenta se trata de confianza.

—¿Confianza? —preguntó él con una sonrisa—. ¿Quién te enseñó eso? — Abigail se detuvo y cerró los ojos hasta apretarlos.

—Lo escuché de alguien una vez.

«De mi salvador. De mi condena. ¿Quién sabe?».

—¿Confías en mí? —preguntó juguetón. Abigail asintió de forma solemne sin abrir sus ojos.

—Es un hecho comprobado.

—¿Intercambiamos? —los interrumpieron. La voz de Caleb a su espalda causó que toda su piel se erizara mientras abría los ojos hacia Nick. Él parecía dudoso, pero ella asintió mínimamente y permitió que la soltara mientras su corazón se aceleraba y las manos le temblaban ante la expectativa y el terror de volver a bailar entre sus brazos.

—Por supuesto —susurró él, sonrió de forma amistosa y dejó ir a Abigail

para tomar en brazos a Ava. Abigail quedó paralizada mientras sentía que Caleb colocaba una mano abierta cubriendo su espalda y tomaba la otra para enredarla en la suya y ponerla sobre su pecho.

—No —murmuró en forma de ruego y trató de sacar su mano de allí. Forcejeó aunque sabía que perdería y cerró los ojos cuando sintió el latido de su corazón sobre la palma. De inmediato buscó hacia los lados y notó que Nick se había llevado a Ava lejos de donde estaban y le conversaba animadamente causando que se concentrara solo en él. Le agradeció en silencio a su amigo. Tomó una inhalación profunda al notar su latido tan acelerado como suyo y al percibir la calidez de su piel sobre la ropa, eso era algo que siempre le había encantado de Caleb, todo él irradiaba calidez, empezando con su cuerpo.

Ellos dos empezaron a bailar por fin, y Abigail suspiró cuando la otra mano fue bajando y recorriendo cada parte de su espalda desnuda hasta llegar al borde de su vestido, pegándola más a su cuerpo. Cerró los ojos y sintió cómo los labios de él rozaron su frente con suavidad. Su corazón estaba desbocado y su pecho se ahogaba de sentimientos encontrados y confusos.

«Por favor, no me sueltes nunca».

«Por favor, déjame ir».

Dieron una vuelta despacio, rozaban cada parte de sus cuerpos, y ella emitió un gemido bajo involuntario cuando en él introdujo una de sus piernas entre sus muslos. Caleb la atrajo más a su cuerpo.

—Por Dios —lo escuchó mascullar entre su aliento.

Abigail se tragó una especie de sonrisa y se permitió acariciar su hombro, disfrutar del calor que emitía su cuerpo y del latido de su corazón. Tomó una respiración profunda para llenarse de su esencia y su propio corazón latió alegre por tenerlo tan cerca.

«Perdóname, sé que no debería hacer esto, pero no puedo evitarlo», le rogó en silencio y comprendió que ese acercamiento les haría incluso más daño.

—Siempre has querido marcarme como si te perteneciera —le recriminó al

recordar cómo en el baile de fin de año, mucho tiempo atrás, había interrumpido a Brian y tomado su sitio durante varias piezas, incluso se la llevó a casa para evitar que lo besara. Ella no lo supo en ese entonces, pero ese día fue feliz.

Él la miró con fijeza, y en respuesta Abigail se estremeció al sentir la caricia de su mirada y de sus dedos sobre la espalda.

—Lo que me hacen tus temblores —le susurró Caleb y la pegó más, hasta que estuvieron extremidad contra extremidad. Así no se lo dijera, ella podía sentirlo contra su estómago, despierto y deseándola, sintió pánico en respuesta.

—No hagas esto —murmuró y se sintió un poco desesperada. Su respiración se agitó, sin darse cuenta había perdido la compostura y acercado a él más de lo conveniente.

—Tú no lo amas —espetó él. Su tono firme, su sujeción casi mortal.

—¿Aprendiste a leer la mente y los corazones de la gente en el tiempo que no nos hemos visto? —le preguntó y se maldijo por provocarlo.

—No, es que sé cómo te ves cuando amas, o por lo menos lo imaginé una vez —le respondió con voz tensa y ella trató de apartarse de él, pero en respuesta apretó la sujeción de su espalda y bajó la mano unos cuantos centímetros, casi rozó su trasero. Abigail cerró los ojos y emitió un suspiro bajo.

—¿Y tú la amas a ella, Caleb? —preguntó, aún intentaba escapar sin ningún éxito.

Él no le respondió y ella se tensó, no se engañaba, sabía que gran parte de su ser quería que le dijera que no, pero la que lo deseaba satisfecho con su vida deseaba que le respondiera que sí, así la matara en el proceso. El silencio se prolongó aún más entre ellos.

—¿Por qué no esperaste a enamorarte de alguien? —preguntó por fin mientras una sensación de desasosiego invadía cada milímetro de su alma. Él debería ser feliz a pesar de todo, era la única forma en que ella soportaría el

dolor de vivir sin estar a su lado. Subió la cabeza para mirarlo y sintió sus ojos llenarse de lágrimas. Él la miraba con furia contenida y un deje de dolor que le partió el corazón—. Yo quiero que seas feliz.

—Entonces no te hubieses ido —le respondió—. Porque yo solo quería a una mujer y las demás para mí eran todas iguales. —Abigail se apartó más y esa vez él la dejó, pero solo por un par de centímetros.

—No me digas eso, yo no soy nada, no soy nadie. Otra mujer sería mucho mejor en todo —trató de explicarle.

—Nunca fuiste capaz de ver la realidad, Gail —la interrumpió con tono y expresión de tristeza. Ella volvió a estremecerse, lo cual causó que él la apretara de nuevo a su cuerpo. Tanto tiempo añorando volver a escuchar ese nombre en sus labios. Jamás supo cuánto le gustaba y lo que lo necesitaba hasta que pasó años sin oírlo—, solo tus jodidos complejos, las ideas que esa maldita gente creó en ti en esos años que estuviste sin mí. Juro que los mataría. Si los tuviese al lado acabaría con ellos, empezando por la madre que te abandonó. Si existe algún Dios en esta tierra, esa maldita mujer debe estar calcinándose en el Infierno.

—Pues entonces, ella es perfecta para ti —lo interrumpió. Cada palabra surgía ahogada de sus labios—, sin traumas emocionales, enamorada y dispuesta a todo contigo. —Él la apretó hasta casi hacerle daño.

—Y es por eso que me caso con ella, Abigail. Porque no es una cobarde como tú.

—Por supuesto —susurró dolida y su alma se rompió otro tanto. Las palabras de Nick surgieron de la nada, y se dio cuenta de que él tenía razón, el tiempo carecía de importancia.

—Así que no te atrevas a preguntarme si yo la amo —continuó furioso—, perdiste ese derecho cuando me dejaste dos años atrás y me rechazaste cada vez que tuviste oportunidad.

Ella levantó la mirada y lo observó con sus ojos ardiendo, el corazón se le iba a explotar por la mezcla de dolor y rabia que la invadía, por la vida, por

lo injusto de toda esa situación y por él. De repente la llenó la necesidad de rendirse, de acabar con todo, ya no podría aguantar más, era demasiado, una presión que la ahogaba, y la verdad era que no estaba lista para ese reto; había pensado que al pasar por todo el infierno que sufrió años atrás, iba a estar preparada para esto, pero descubría que no podía hacerlo.

—Yo... —empezó decidida a hablar por fin.

—¿Caleb? —los interrumpieron y ella se tensó al escuchar la voz de Darius, trató de forma desesperada de apartarse de su agarre, de no mostrar que estaban más cerca de lo que el decoro exigiría—. Me permites bailar con mi hija, tengo años sin disfrutar de ese placer.

Abigail respiró hondo al verlo apartarse, intentó ingeniar algún motivo por el que no pudiera bailar con Darius, pero no consiguió ninguna excusa coherente o justificada, salvo la necesidad imperativa y aparentemente ilógica de no estar cerca de él y no permitir que la tocara. Observó a Caleb alejarse en los brazos de Brittany y se mordió el labio un poco perdida cuando se quedó en el medio de la pista de baile con su nueva pareja. Un brazo envolvió su cintura con suavidad, el gesto cariñoso, casto, y por un momento creyó que vomitaría. O que se desmayaría. Pero no hubo nada eso, nada que pudiera evitar que él envolviera su otra mano con la suya y la guiara por la pista. Cada roce la hacía sentir físicamente peor, aunque no lo entendiera, no comprendía esa necesidad física de apartarlo, sabía el porqué, pero no lo comprendía. Bailó con torpeza y evitó el contacto visual, parecía que todo su ser se le comprimía y dolía, aunque con un dolor distinto al que experimentaba cuando veía y estaba cerca de Caleb, un dolor más visceral y devastador.

—Estás haciendo lo correcto —escuchó la voz de Darius, pero la sintió lejana, como si estuviera hundida debajo del agua y le hablaran desde arriba

Por unos segundos ninguno de los dos dijo nada, solo bailaron al ritmo de la música.

—Yo solo quiero que mis hijos sean felices —continuó por fin, y ella asintió a pesar del escozor de sus ojos—. Te lo dije...



—Lo sé —lo interrumpió aún sin mirarlo—, lo recuerdo, Darius.

—Quisiera que me llamasas papá, con Brittany lo haces.

«Sí, pero Brittany no me destrozó, no me quitó lo que había soñado. No me envió al Infierno sin salida».

—Lo sé —susurró en vez, sin conseguir mirarlo o alejar el impulso de apartarlo.

—Tenía razón, Abi —insistió con voz esperanzada, aunque eso no la sorprendió porque ya una vez le había dicho que Caleb la olvidaría rápidamente. Todavía estaba preguntándose si esa predicción había sido cierta —. Míralo, se va a casar, es feliz y esto es a causa tuya, no destrozaste la familia al continuar con eso. Estamos juntos, cariño. Como yo lo deseé.

—Es cierto —lo interrumpió con voz compungida y el corazón pesado mientras se apartaba de él. No podía aguantar ni un segundo más la sensación de su toque.

Lo miró por fin y volvió a experimentar la pulsada de rabia y dolor que surgía al tenerlo cerca, esa era la razón por la cual no se le había acercado desde que llegó, y dejó de considerar a Colorado como su hogar, esa y la aversión a su toque. De un modo racional entendía lo que él quería decir, pero no lograba aceptarlo por completo ya que ella no era feliz, no se había conformado y esa boda amenazaba con destruirla. Por primera vez en ese viaje, permitió que saliera todo el dolor y la tristeza que le embargaba, y Darius se apartó un corto paso, impactado.

—Sé por qué hiciste lo que hiciste y sé que quieres nuestra felicidad —contestó con el corazón martillando contra su pecho—, pero igual, algunas veces deseo que Mark hubiese culminado conmigo esa noche; que ustedes nunca me hubieran encontrado en esa esquina o que nunca hubieses venido a Colorado.

Él la miró con tanto dolor que su cuerpo se retorció en respuesta y se alejó con su respiración acelerada. Al dar varios pasos se encontró en los brazos de Nick. Ella lo observó con lágrimas en los ojos, el control que tanto había

luchado por mantener se disolvió y colocó una mano en la solapa de su chaqueta.

—Sácame de aquí, por favor —le rogó en voz baja.

Él asintió, rodeó su cintura y la llevó hacia la salida más cercana. Abigail solo pudo cerrar los ojos y trató de trasladarse mentalmente a su lugar predilecto, su momento de felicidad absoluta, *en un balcón mirando las estrellas*.

## Capítulo 4

*Siete años atrás.*

*Abigail se acomodó al lado de Haley y rio de forma estruendosa al ver a Kaden tratar de bajarle los pantalones a Brian, quien lucía tan colorado que ni siquiera la falta de iluminación evitaba que se notara.*

*—Vamos, Brian, Abi está loca por ver lo que ocultas, y estoy muy seguro de que no se lo has enseñado —se burló Kaden mientras seguía luchando con él. Abigail volteó a ver a Haley que se acaba de tirar en el suelo, el sonido de su risa escandalosa, sus manos sujetaban su estómago con desesperación como si fuera lo único que evitara que explotara.*

*—¡Suéltame! ¡Jodida madre! —exigió Brian mientras trató de hacer una llave para tirarlo al suelo y agarrar una de sus piernas con sus dos manos. Kaden se volteó tan rápido que ella se mareó por el movimiento, y casi de inmediato Brian estaba en el suelo con el codo del rubio en su estómago y la otra mano en la cinturilla del traje de baño.*

*—¡Enséñalo! —insistió y empezó a bajarlo. Abigail negó con la cabeza y tapó su cara con la mano derecha para ahorrarle la vergüenza a Brian—. ¡Oh, diablos! —continuó y ella abrió los ojos horrorizada para encontrarse a Kaden en el suelo y con su mano izquierda frotaba su mandíbula, de seguro Brian lo había golpeado.*

*—¡Jódete!—insultó Brian. Se levantó del suelo y se alejó mitad furioso y mitad divertido. Claro que lo último se debía a la cantidad de alcohol que*

*tenía mezclado con su sangre.*

*—¡Abi!—exclamó Kaden con toda la intención de que Brian le escuchara mientras se levantaba del suelo—. ¡No te perdiste de nada grande!*

*Haley se carcajeó y Abigail negó con la cabeza, sonrojada, mientras miraba hacia donde se encontraba Brian que ya estaba bebiendo una cerveza con Kyle y los demás, aunque bufaba también se reía a la vez que apuntaba a Kaden amenazante.*

*—¡No estarás en el puñetero Stanford para siempre! —le gritó Brian con tono intimidante.*

*—¡Ni tú en la UCLA! —se burló Kaden—, ¡que ya sabemos que la escogiste por tu grandioso coeficiente intelectual!*

*—Cabrón.*

*—¡Pene pequeño! —lo insultó Kaden, y Brian se impulsó hacia él, pero Caleb lo contuvo con una mano en su hombro, dándole otra cerveza mientras le señalaba a Mara y a otras cuatro chicas.*

*Abigail se volteó hacia Haley quien había dejado de reír y la observaba con algo parecido a nostalgia. Ese sentimiento la estaba ahogando también, con tanta intensidad que sentía su corazón pesado dentro de su pecho, dejó de sonreír y asintió con entendimiento.*

*—¡Qué no quiero caras largas! —explotó Kaden, cargó a Haley y empezó a dar vueltas alrededor del patio.*

*—¡Demonios, Kaden! —gritó antes de comenzar a reír de nuevo. Abigail los miró con una sonrisa bailando en sus labios, hasta que percibió que unos brazos envolvieron su cintura y la elevaron. Gritó y sintió que su cuerpo se estremecía al notar unos dedos cálidos rozar su piel.*

*—¡Caleb! —Jadeó asombrada cuando la colocó en una posición parecida a la de Haley y caminaba hacia la piscina—. ¡No! —gritó un segundo antes de golpear el agua y empezar a nadar hacia la superficie con dificultad ya que él la atrapaba para que siguiera hundida en el fondo.*

*Cuando por fin, a fuerza de patear y golpear, logró su libertad y llenó de*

*aire sus pulmones, se volteó hacia donde él estaba y se le lanzó encima para aporrearlo y hundirlo. Era un juego y ambos se divirtieron y rieron como nunca. Unos minutos después, en un pequeño descanso, se miraron y ambos quedaron paralizados en el agua, flotando. Ella dejó de sonreír y se apartó, se mordió el labio inferior a la vez que giraba para encontrar a Haley casi a su lado, Kaden también la había lanzado y estaba en el borde menos profundo, hablando con Brian.*

*—Olvidalo, Abigail. —Jadeó su amiga con dificultad—. Ya quiero que se vayan.*

*Abigail sonrió con tristeza y nadó lejos de ellos dando unas cuantas brazadas. Tal vez hubiese sido mejor si no se hubiera apegado a ellos, si no los hubiera amado, sabía que ese día llegaría y sentía dolor y tristeza por eso, aún sabiendo que era natural que todos fueran a la universidad. Ella misma lo haría el año siguiente, había elegido Cornell, Darius la ayudó a escoger su mejor opción, aunque estaría muy lejos de Caleb, que acudiría a Harvard. Al principio pensó que iban a ir a universidades locales, incluso a la misma, pero Darius había dicho que no, que necesitaban estudiar lejos de la familia y aprender lo más que pudieran, sobre todo en el caso de Caleb que se especializaría en negocios e ingeniería.*

*Salió a la superficie cuando llegó al final de la piscina y se apoyó en el borde, entonces se dio cuenta de que Caleb estaba apostado a su lado, al parecer la había seguido. Sintió que sus dedos rozaban los de ella debajo del agua e instintivamente los entrelazó antes de mirarlo con timidez. Tenía otra razón para considerarse idiota, no debería sentir nada por él, solo amistad y cariño de hermanos, ya que desde un mes después de llegar a esa casa, los Walker comenzaron a tramitar su adopción y ya era oficialmente Abigail Walker Costa, el Costa por su madre biológica Kayla Costa, aunque era lo único que sabía de ella por su partida de nacimiento. Pero Caleb le hacía percibir mariposas en su estómago con mayor intensidad que cualquier chico con el que hubiese salido y al que hubiese besado en ese*

año, contando a Brian, con el que tuvo varias citas. Era extraño lo que experimentaba, y cuanto más se lo negaba más lo tenía presente. Sus manos sudaban, su corazón se aceleraba de forma estúpida cuando la miraba como lo hacía en esos momentos y la hacía desear besarlo con ansias locas.

Sabía que eso no podría ser por muchas razones: no quería arriesgarse a perder su sitio en una familia en la cual, por fin, se sentía parte; no podía decepcionar a Brittany y a Darius, que habían sido muy buenos con ella y le otorgaron su confianza al darle su apellido; pero mucho más importante, Caleb no sentía lo mismo por ella ni nunca lo haría, ¿cómo podría? Si Abigail no era nada comparada a sus novias o a las chicas que estaban detrás de él. Además, pronto se iría a otra ciudad muy lejos de Colorado. Eso último, aunque le daba tristeza y nostalgia, sabía que sería lo mejor, le haría olvidar esos sentimientos inquietantes que llenaban su espíritu.

—¿No me digas que me extrañarás? —le preguntó Caleb con una sonrisa pícaro, se acercó un par de centímetros y apretó la sujeción de sus dedos. A Abigail se le humedecieron los ojos y los cerró mientras asentía con suavidad—. Bobita... —susurró él y se acercó hasta que sus muslos se tocaron—. Volveré por... —se interrumpió y le levantó la barbilla. Ella abrió los ojos, estaba mucho más cerca que antes, casi a centímetros de su cara.

—Espero que aprendas muchas cosas nuevas en Harvard —susurró ella, y apartó su mirada.

—Y yo espero que una vez que me vaya no dejes de ser tú, pasé mucho tiempo tratando de encontrarte para perderte de nuevo. ¿Me lo prometes?

Abigail asintió confundida por esa declaración, pero no pudo parar a analizarla porque varios de los invitados se lanzaron a la piscina y se unieron a ellos mientras insistían en jugar volibol acuático. La fiesta de despedida empezó desde el mediodía. Brittany y Darius les habían dado permiso para hacerla en la casa, siempre y cuando no exageraran con el licor (ya que ni siquiera intentaron esconder que iban a beber, sus padres

eran demasiado inteligentes para hacer eso) y que nadie manejaría. Ellos, en cambio, prometieron no aparecer por el patio, aunque Lucía pasaba disimuladamente cada hora, imaginaba que para verificar que todo estuviera bien.

—¡Abigail, ayúdame! —gritó Anabelle mientras ahogaba a Brian. Ella rio mientras adelantaba a Caleb para cumplirlo.

Muchas horas más tarde casi todos se habían ido. Kaden y Haley se refugiaron en las habitaciones de invitados y Abigail se reía mientras ayudaba a subir a Caleb las escaleras, o tal vez era él quien la estaba ayudando a ella. La verdad era que todo daba vueltas a su alrededor y no podía parar de soltar risillas aunque trataba de controlarse para no despertar a Brittany y a Darius. Caleb no estaba mucho mejor.

Lo arrastró hasta su cuarto, con bastante dificultad, y lo dejó caer en su cama, pero él estaba envolviendo su cintura con un brazo así que la llevó consigo. Él se movió haciendo que ella cayera de espalda en la cama y se levantó hasta quedar acostado de medio lado, sus ojos fijos en ella.

Abigail se enserió y lo miró sin parpadear, tenía los ojos verdes brillosos, estaba sin camisa y sus pieles se rozaban, ya que ella estaba usando un traje de baño blanco de dos piezas con un short del mismo color. Él acarició su mejilla y causó que se estremeciera.

—¿Caleb? —preguntó en un susurro ahogado mientras luchaba para calmar su respiración desigual, como si su cuerpo supiera algo que su mente desconociera.

—Eres tan hermosa —respondió con voz un poco distorsionada—, adoro el color de tu piel y como resalta con el mío. —Deslizó su brazo por su estómago para notar la diferencia entre ambos, su piel blanca tostada por el sol junto con el tono canela de su piel—. Y tus labios tan gruesos, me atraen como nada en el mundo... —Bajó la cabeza hasta besarla.

*Abigail quedó paralizada por completo, sus manos se volvieron puños al lado de su cuerpo y empezó a jadear en vez de respirar. La mano que rozaba su mejilla bajó hasta envolver su cuello y su mandíbula e hizo que levantara su rostro en busca de que sus labios inmóviles tuvieran más contacto. Ella apretó las manos sobre el cobertor y sintió cómo sus labios se movían sobre los suyos. Suaves, cálidos y tan dulces que su corazón se paralizó por un segundo antes de explotar con mayor rapidez que antes.*

*Caleb intentaba que respondiera, besaba sus labios, los rozaba, giraba y besaba su mejilla y la comisura de su boca. Colocó su labio inferior entre los suyos y jaló. Abigail jadeó, se estremeció hasta que la cama se movió debajo de ellos y lo sintió sonreír de nuevo sobre su piel. Él volvió a insistir y ella cedió por fin. Se relajó debajo de su cuerpo y respondió al beso causando que gimiera, bajara una mano hasta su cintura y la apretara contra su cuerpo mientras la acercaba aún más con la otra mano, quería que se abriera. Ella lo hizo y jadeó cuando su lengua se introdujo en su boca y buscó la suya. Salió a su encuentro y lo sintió apretarse a su cuerpo mientras la envolvía de forma apasionada, pidiéndole, buscándola, poseyéndola de forma que nadie más había hecho en sus otros besos casi castos a comparación de este.*

*Caleb sabía a alcohol y a él, una mezcla de cielo y dulce, y calidez... Si un beso o un sabor alguna vez pudieran ser descritos así. Él ladeó la cabeza para tomarla más profundamente a la vez que una de sus manos subía hasta rodear un seno, y ella se sacudió a la vez que empezaba a asustarse ya que nunca había experimentado algo como eso.*

*—Tan dulce —susurró deslizando sus labios por su cuello, y ella abrió con dificultad sus ojos.*

*—No —respondió cuando él besó su clavícula.*

*—No te enamores de nadie mientras estoy lejos, Gail —le pidió antes de besar el inicio de su pecho derecho, y ella tembló en respuesta—. Y estremécete solo para mí. Siempre.*



*Ella suspiró y movió su mano, por fin, hasta su cabello y lo jaló hasta sus labios de nuevo. Él se colocó encima de su cuerpo y la besó de forma más apasionada y profunda, lo que causó que ambos gimieran por el contacto de sus lenguas entrelazadas. Él metió una mano dentro del short y ella trató de negar con la cabeza mientras reaccionaba por fin. Eso no estaba bien, él tal vez lo hacía porque estaba borracho y se iría lejos, no podía olvidarlo. Lo empujó con sus brazos y negó con su cabeza.*

*—No —susurró cuando él dejó sus labios libres—. Esto está mal. No. —dijo con firmeza y lo empujó con mucho esfuerzo. Él se apartó un poco por lo que pudo escaparse de su agarre y salir corriendo de su habitación, huyó de las sensaciones y de las emociones de su corazón que no tenían sentido.*

Abigail estaba en el puesto de copiloto rumbo a la despedida de soltera de Ava, junto a Haley. Por un momento, la noche anterior creyó que se rendiría. Cuando salió de la cena de ensayo y Nick le pidió de nuevo que se devolvieran a Boston, estuvo a punto de claudicar, subió a su cuarto y empacó todo para huir, pero no pudo hacerlo. Terminó sentada en el suelo toda la noche, mirando la maleta.

—Por lo menos hizo algo bien —gruñó Haley. Ella parpadeó y observó a su amiga.

—¿Quién? —preguntó confundida. Temió que hubiese iniciado una conversación y que la haya perdido de nuevo por estar sumergida en sus pensamientos.

—Ava, al decidir que la despedida fuera playera —respondió juguetona.

Abigail hizo una imitación de sonrisa mientras se movía incomoda y bajó su casi inexistente faldita dorada que tapaba la parte de abajo del traje de baño celeste más parecido a una tanga. La parte superior era hermosa, se amarraba en su nuca, envolvía sus senos mostrándolos seductores y causó que

agradeciera con vehemencia que a ese evento no fuera Caleb, casi tembló por ese pensamiento y por el recuerdo de su mirada verde profunda comiéndola y calentándola lentamente.

Haley había alisado su largo cabello castaño y maquillado con unas sombras brillosas doradas. Lo más gracioso eran los tacones dorados que le combinaban y con los que era evidente que el traje no era, ni de cerca, para usar en las playas inexistentes de Colorado.

—Habla por ti —susurró, ya que se sentía más desnuda que vestida. Haley sonrió mientras acomodaba su traje de baño rojo y negro y revisó su maquillaje elaborado. Pero en vez de bajar del vehículo, como se lo esperaba, su amiga se concentró en ella.

—¿Qué está sucediendo, Abigail? —preguntó y clavó en ella sus ojos azules oscurecidos por la preocupación e incertidumbre.

Abigail se tensó y miró hacia la ventanilla. Se preguntó qué había hecho mal, no entendía cómo podía haber quedado en evidencia. Respiró con brusquedad y apretó las uñas contra las palmas a fin de tranquilizarse.

—En estos momentos vamos a una despedida de soltera —dijo en un intento de desviar su atención con el mal chiste, aunque al notar la forma en cómo la mandíbula de su amiga se cuadraba, entendió que había fallado.

—¿Por qué no querías regresar a Colorado? ¿Por qué estás tensa todo el tiempo? No pareces tú misma, es como si siempre estuvieras triste. Es como si volvieses a ser la niña triste e insegura que conocí tantos años atrás.

Abigail apretó sus manos en puño y negó con la cabeza. Esas palabras le habían hecho daño porque, por un segundo, deseó regresar el tiempo, volver a ser inocente de todo. Tal vez las cosas hubiesen sido distintas ese día.

—No es nada —respondió y se forzó a sonreír y actuar exaltada.

—¿Crees que soy imbécil o qué?! ¡Habla de una maldita vez! Primero te vas dos años atrás sin decirle a nadie. Demonios, ni siquiera nos permitiste hacer una fiesta de despedida. Un día estabas aquí, y al siguiente desapareciste. No pensaste en nuestro dolor cuando nos enteramos de que te

fuieste a través del tío, y por una mísera llamada telefónica cuando estuviste instalada. Después nada fue igual, no eras tú, ¿crees que no me di cuenta, Abigail? ¿Que no te escuchaba cuando me llamabas? ¿Que no leía lo que me enviabas? Pues no es cierto, ¡siempre lo hice y veía lo que tanto te esforzabas en mantener oculto!

—Haley...

—¡No! —la interrumpió y golpeó el volante en un gesto lleno de impotencia—. Ahora vienes para la boda de Caleb solo porque tía tuvo que rogarte, y el primer día nos informas que vas a hacer un doctorado, ¡lo cual quiere decir que no tienes ninguna intención de regresar jamás! Es como si no desearas estar con nosotros, como si no nos quisieras, ¿nos odias?, ¿te cansaste de esta familia? ¿Esa es la verdadera razón?

A Abigail se le humedecieron los ojos y negó con la cabeza, intentó calmar la tristeza por escuchar esas acusaciones ya que, no solo amaba a esa familia, sino que lo único que había querido era pertenecer a ella, a pesar de su actual deseo de huir. Las palabras de Haley la herían debido a que nunca quiso lastimarla. Creyó que su actuación era perfecta, que nadie la descubriría, pero debió imaginar que su mejor amiga vería la diferencia.

Por un instante se perdió en el placer de pronunciar las palabras en voz alta, contárselo todo, la sensación de libertad que traería hacerlo, quizá incluso se alivianaría el peso que experimentaba parecido a mil toneladas. Pero no era justo hacer eso. ¿Por qué buscaría sentirse bien dañando a una de las únicas personas que la habían aceptado desde el principio? Negó con la cabeza y apretó las manos sobre su regazo.

—No es eso, Haley —decidió mentir y limpió dos lágrimas traicioneras que se escaparon de sus ojos—, es que todo va a cambiar, que lo único estable en mi vida va a desaparecer y tengo miedo de no pertenecer nunca más a los Walker ahora que Caleb se casara con Ava. Sabes que él fue quien me llevó a esa casa y que yo no manejo bien los cambios. ¿Crees que no te quiero? Te adoro, amiga, igual que a Brittany, Caleb, Kaden, tus padres, los amo a todos y

temó perderlos, así que involuntariamente me alejé.

—¡Eres una idiota, Abigail! ¡Nunca nos perderás! —espetó y se lanzó hacia ella para abrazarla con fiereza. Abigail respondió el gesto y cerró los ojos, se sintió reconfortada por su afecto y su cariño.

—Lo siento tanto —rogó y lloró con libertad. Se disculpó por su mala actuación, su alejamiento y sus mentiras; además del hecho de que una vez que cumpliera su cometido iba a irse para siempre, como la había acusado. Le pidió perdón en silencio por eso, ya que era algo que jamás podría confesarle.

—Eres como mi hermana, Abi, ¿de verdad piensas que algo va a cambiar? —Se rio y acarició su mejilla—. Tonta, eres una tonta. —Abigail sonrió y la acarició también.

—Después del doctorado volveré —engañó y sintió otro peso en su pecho por eso, y por ver la expresión de felicidad de su amiga al decirlo.

—Se lo diré a tía —le informó, mientras buscaba en su cartera el estuche de maquillaje—. Ahora te quiero feliz y animada ya que nos vamos de fiesta ¡en traje de baño! —Abigail asintió y buscó su propio maquillaje para arreglarse, mientras se aseguraba una y otra vez de que estaba haciendo lo correcto.

Llegaron al club nocturno que habían rentado para esa noche, y Haley dejó las llaves de su vehículo al chico del *valet parking* antes de entrar allí. Abigail se asombró al ver la decoración; todo, desde el cielo hasta las bebidas, seguía el tema elegido. Alrededor lanzaban pelotas, los meseros eran hombres fornidos con una corbata de lazo y un traje de baño, y el piso estaba lleno de espuma. Ambas se quitaron sus sandalias (ya entendía por qué eran sin broche) y entraron al ambiente con música y con un bar en cada esquina donde encima bailaba un guapo y *sexy* estríper.

—Dios bendito —susurró Abigail divertida y escuchó la carcajada de Haley.

—Ahora, esto sí es más como mi ambiente —anunció su amiga mientras se

comía con la mirada a un rubio que llegó a darle unos tragos.

Se acercaron a un grupo que Haley conocía mientras Abigail veía alrededor hasta que encontró a Ava con un traje de baño plateado con lentejuelas; su pose y sus movimientos mostraban que, evidentemente, pertenecía a ese sitio y que era la homenajead.

Pasó una hora hablando con las chicas, recibiendo el baile de dos estríper cuando cambiaban de grupo y bebiendo margaritas en pequeñas pelotas playeras. Abigail intentaba encajar allí, la mayoría del tiempo lo lograba porque Haley estaba a su lado, pero por momentos se sentía perdida y volaba lejos con sus pensamientos.

—¡Y ella es mi cuñada! —escuchó que decían y parpadeó al voltearse y encontrarse de frente con Ava—. Te presento a mi hermana, Alanna.

—Mucho gusto. —Sonrió, aunque la chica rubia y un poco más pequeña que Ava solo asintió. Abigail frunció el ceño, pero un segundo después comprendió, se le había olvidado que ella había sido la casi afectada por la misión de Ava de volverla su madrina.

Horas atrás se había probado el vestido de dama y dos interrogantes llenaron su interior: ¿en alguna parte del manual para realizar una boda decía que los vestidos de la dama debían ser horrorosos? Y, ¿Ava sabía de su historia con Caleb y por eso la odiaba y quería que usara ese vestido con ese color parecido al interior de un melón? No quería saber la respuesta de la última pregunta. Se volteó para buscar a Haley y la encontró coqueteando con un rubio en el fondo del local; estaba vestido, por lo que imaginó que era uno de los cantineros.

—¿Cómo la estás pasando, Abigail? —le preguntó Ava y ella se giró para mirarla. Alanna había desaparecido, y como respuesta se tensó, ya que una alarma en su cerebro se encendió cuando notó su mirada suspicaz.

—Bien. —Sonrió con falsedad—. Hicieron un buen trabajo en organizar este evento —dijo en un intento de cambiar el tema de conversación a terrenos más controlables.

—Brittany y mi madre se esmeraron —respondió y señaló hacia las prenombradas que hablaban con un hombre en traje, parecía que ocupaba un puesto de autoridad en el local, quizás el de jefe de meseros—. ¿Podríamos hablar un momento?, ¿a solas?

Abigail la miró y asintió en un gesto forzado, mientras la seguía como si se dirigiera a su propio paredón y no hubiesen terminado de decidir con cuál arma acabarían con su vida.

«Por favor, usa un hacha afilada. No uses la oxidada y hazlo rápido».

Entraron a una especie de cuarto con iluminación tenue, cubierto con telas de seda oscura, y la música casi no se escuchaba.

—Siempre había querido conocerte —anunció Ava, con mirada amable. Se sentó en uno de los sofás color vino tinto. Abigail entrecerró los ojos, esa amabilidad en su mirada no era parecida a la que había visto en Nick ni en Caleb, sino del tipo que hacía que se pusiera en guardia y que augurara problemas. Se detuvo un momento y miró hacia la salida antes de aceptar que no había ningún tipo de escapatoria.

—Yo también —mintió y se sentó en el sofá que estaba frente a ella.

—Brittany y Darius siempre te hacían cumplidos y halagos, así que sentía curiosidad —dijo con un inicio de sonrisa—. Eres adoptada, ¿no?

Abigail asintió y curveó las manos en puños sobre su regazo.

—Según tengo entendido, comenzaste a vivir con ellos cuando tenías quince años. Brittany me lo contó —dijo lo último en un susurro, como si tuviera que justificar de alguna forma cómo lo sabía.

—No es un secreto —informó y elevó su barbilla en un gesto orgulloso—. Viví en casas de acogida y abrigo desde que tenía seis años hasta que ellos me encontraron cuando tenía quince, poco después me adoptaron.

Ava asintió y se concentró en la unión de las sedas, como si temiera que alguien las interrumpiera. Lamentablemente no conocía la suerte de Abigail, si lo hubiese sabido entendería que nadie jamás interrumpiría esa conversación.

—Así que Caleb y tú en verdad no son hermanos —dijo con un tono de

fingida indiferencia. Abigail respiró hondo y apartó su mirada hacia el mismo punto deseando escapar de forma desesperada y pidió que solo por una vez — una única vez— sus oraciones fueran contestadas. No lo fueron.

—Somos una familia.

—Pero no lo son —le interrumpió Ava, su mirada perspicaz fija—. Es extraño que viviendo con alguien tantos años, siendo adoptada por ellos y teniendo una relación estrecha con toda su familia, mientras tus padres se ahogaban en los elogios, Caleb no decía una palabra de ti. Nunca.

Abigail la observó sin parpadear, ninguna pronunció palabra alguna, solo la duda, el entendimiento y el miedo llenaban la habitación. La respiración se atascó en su pecho de forma dolorosa. «¿Lo sabe?», se preguntó una y otra vez mientras se mezclaba el silencio entre ambas y los sonidos tenues de la música.

—Tal vez nunca fui importante —susurró con el corazón en la garganta, y Ava la miró con mayor intensidad.

—Quizá —confirmó con un tono llano.

Justo en ese instante, una pregunta que tuvo desde muchos años atrás fue respondida. Cuando leyó *Doctor Zhivago* la primera vez, le sorprendió el entendimiento y la resignación que vio entre Tonia y Larissa. Ambas entendían lo que eran para el mismo hombre; ambas se sabían amadas de distintas formas, además de que conocían su lugar y su pertenencia en la vida de este. Pero ninguna gritó, insultó u ofendió a la otra. Solo hubo aceptación y dolor, ya que ninguna le pertenecería a Yuri por completo. Una tendría su corazón para siempre; la otra tendría su cuerpo, según Dios y la Ley, de por vida. Cuando su mente adolescente leyó cómo Larissa incluso había ayudado a traer al mundo al hijo de Tonia y Yuri, ella cuestionó el amor que las dos sentían por ese hombre. ¿Dónde estaba el amor sin una exigencia de posesividad?

Tuvo su respuesta por fin.

—Él te pertenece —susurró Abigail, bajó la mirada hacia el suelo lleno de espuma. Le dolía como el infierno pronunciar cada palabra, pero entendía que

debían ser dichas—. Yo soy su hermana, me adoptaron. Él es tuyo, yo nunca podría ser nada para él. Jamás.

Alzó la mirada para observar a Ava asentir lentamente sin decir otra palabra. Abigail se levantó del sofá, a pesar de sentir que sus rodillas se volvían de gelatina, y tragó grueso dos veces antes de obtener la fuerza para salir de allí.

Ava la dejó ir sin decir otra palabra, tenía las manos en su regazo y las apretaba de forma involuntaria, quizá para controlarse o porque sus sentimientos estaban tan desbordados como los suyos. Abigail llegó hasta el sitio donde las telas de seda se unían y se detuvo.

—Hace varios años atrás me hice una promesa, pero lamentablemente no pude cumplirla, así que aunque sé que no tengo ningún derecho a hacerlo, te pido que la cumplas por mí. —Se interrumpió y maldijo por haber hablado más de la cuenta y exponerse a tal extremo.

—Dímelo —pidió Ava en voz baja.

—Hazlo feliz —susurró y salió de la habitación sin volver a mirarla. Después caminó directo hacia el baño, rezó porque nadie la interrumpiera ya que se sentía incapaz de controlarse o responder fingiendo como siempre hacía.

Haley la dejó en el frente de la casa de Brittany y Darius varias horas después. Consideró quedarse en la habitación de invitados del apartamento de su amiga, pero después decidió no hacerlo porque al otro día irían a la propiedad de los Campell y era mejor si partía de su propia casa con todo el equipaje ya listo para la boda. Con ese último pensamiento detuvo su andar mientras colocaba una mano en su estómago, ya que surgió un dolor físico al recordar que él se iba a casar.

«Solo un poco más. En dos días seremos libres, mi amor. Solo necesito la fuerza para soportar perderte. Por favor».



Cerró los ojos para evitar que las lágrimas cayeran y respiró hondo a la vez que se aseguraba que faltaba menos, que su alma lo toleraría y no se destruiría. En tres días todo estaría acabado. Retomó su andar hacia la entrada de la casa y frunció el ceño cuando se iba acercando ya que había una especie de bulto tirado en los escalones delanteros. Pensó en gritar por ayuda hasta que reconoció el cabello rubio parecido al castaño medio.

—¿Caleb? —susurró por fin cuando estaba a un par de pasos de distancia.

Él se removió y su cabeza golpeó con la baranda de la escalera, lo que la hizo acelerarse para llegar a donde se encontraba. Se agachó un poco y lo observó, tenía los ojos cerrados, unos círculos oscuros los rodeaban, el cabello revuelto y estaba frunciendo el ceño.

Su mano rebelde se movió sin ninguna orden de su parte y acarició su cabello con suavidad, sonrió al sentir las hebras suaves entre sus dedos. Se tragó un suspiro y bajó la mano con lentitud hasta rozar su cara, sus pómulos, nariz, rodeó los círculos debajo de sus ojos y se tragó un pequeño gemido a la vez que intentaba acompañar el latir de su corazón.

«Cómo te amo», le confesó en silencio.

En el instante en que sus dedos abandonaron su cara, los ojos de él se abrieron, el verde brillaba, aunque tal vez fuera por causa del alcohol que había ingerido. Se miraron por unos segundos, y ella sintió cómo la mano de él envolvía su mejilla y su pulgar acariciaba su mandíbula. Por un momento se permitió cerrar los ojos, disfrutar de ese roce y de cómo su corazón explotaba en su pecho.

—Gail —susurró él, y ella sintió que sus ojos se humedecían debajo de sus párpados. Ese nombre era solo suyo, y también lo perdería en tres días.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz ahogada.

—Mañana saldremos de aquí para...

—Para que te cases —lo interrumpió, abrió los ojos y repitió esas palabras una y otra vez en su interior. No es que lo hubiese olvidado, es que al sentir su toque le era difícil asimilarlo.

Él no respondió nada, su mano se movió hasta bajar a su cuello y empezó a rozar sus labios con un dedo. Ella emitió un gemido bajo en respuesta.

—Adoro tus labios. Tan gruesos y *sexys*. El rojo te sienta bien.

—¿Puedes moverte solo? —Se obligó a preguntar y a pensar, su cuerpo quería perderse en su toque, pero no podía permitirlo.

Caleb negó con la cabeza y ella pensó en qué hacer, consideró pedir ayuda, pero lo rechazó de inmediato al imaginar a Darius salir de su cuarto, o a Brittany. Se levantó y sonrió con suavidad al ver el brillo de deseo en su mirada al recorrer su atuendo o la falta de este. Abrió la puerta y se devolvió a donde él estaba.

—Vamos —le ordenó y lo ayudó a levantarse—, necesitas dormir.

Con mucho esfuerzo lo jaló para que se levantara, y él envolvió sus brazos sobre ella y empezó a oler su cabello. Abigail bajó la cabeza, ya que ese roce amenazó con acabar con su fuerza de voluntad.

—No lo hagas —pidió, aunque una parte de su ser rogaba lo contrario.

—Ni todo el licor del mundo o las demás mujeres me harán olvidarte.

—No digas esas cosas —le susurró y lo movió para que caminara hacia dentro.

Subieron las escaleras callados, con dificultad, mientras Abigail olía su perfume mezclado con alcohol, un olor tenue a *whisky* opacado por su esencia personal. Él nunca lo sabría, pero ella, dos años atrás, se había ido de ese país con su camisa empacada y jamás había podido lavarla. Cuando le era muy difícil dormir, la usaba, inhalaba lo poco que quedaba de su olor en un trapo sucio, ya que sabía que no podría volver a tener el original.

Cuando llegaron al último escalón, en vez de cruzar a la izquierda para llegar a su cuarto, él la empujó contra la pared y la encerró entre sus brazos. Abigail lo miró invadida por el pánico y trató de hacer que se moviera.

—¿Por qué no me quisiste, Gail? ¿Por qué, si yo siempre lo hice? —le dijo con voz triste y angustiada. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza mientras trataba de arrastrarlo hasta su cuarto, sin ningún éxito—.

Pudimos tenerlo todo pero me dejaste. Justo cuando creí...

—Tuvimos solo un momento, Caleb —lo interrumpió ella con el corazón destrozado a la altura de su garganta—. Nada más que eso.

Él la miró desconcertado, y en ese momento aprovechó para empujarlo y guiarlo hasta su cuarto. Abrió la puerta y lo metió dentro.

—No. ¡No! —Negó mientras se tensaba para que ella dejara de moverse, y se quedaron en la mitad de la habitación—. Fue más que eso. —Subió su mano hasta colocarla en su nuca y la acercó hasta que quedaron a centímetros de distancia—. Fueron miles de momentos que vivimos juntos. Desde ese beso, aquí, nuestro primer beso, cariño.

Ella observó sus ojos brillosos y angustiados y asintió a la vez que sentía que una lágrima rodaba por su mejilla.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó él y apretó aún más su agarre—. Juro que desde ese día este cuarto solo huele a ti.

Abigail cerró los ojos y los apretó. ¿Cómo lo iba a olvidar? Fue el mejor beso que había recibido hasta ese momento, y después había huido como una idiota sin siquiera permitirle hablarle el día siguiente antes de que se fuera a Massachusetts. Ese método lo utilizó por mucho tiempo, pero como un verdadero puma la acechó hasta atraparla sin ofrecerle ninguna oportunidad.

—Fue perfecto —le susurró y percibió su aliento lleno de *whisky* golpear su mejilla—. Tus besos siempre fueron maravillosos.

Él la acercó a su cuerpo y unió sus bocas. Ella jadeó y sintió su alma y su cuerpo luchar a muerte. Una no podía responder y el otro ansiaba por profundizarlo, por abrir sus labios y sentir su calidez, el roce de su lengua y la respiración entrecortada de ambos. Caleb insistía, tratando que lo besara y se rindiera. Abigail luchó por apartarse todo lo que podía de él y de su amarre contra su pecho, la desesperación era tanta que empezó a jadear por el esfuerzo de ahogar sus lágrimas y no responder a su beso.

—Bésame —le rogó él a la vez que afianzaba más el agarre en su nuca y colocó otra mano en su cintura desnuda para atraerla a su cuerpo, lo que causó

que se estremeciera. Ella negó con la cabeza y colocó las manos en su pecho para apartarlo.

—Déjame ir —le susurró—. No me hagas esto. —Él se alejó, aunque sin soltar su agarre y abrió sus ojos brillantes que parecía que fueran a comérsela viva.

—Me dijiste que me amabas —le dijo él con voz llena de dolor—, que eras mía. Cuando nosotros...

—Detente —le rogó y lo empujó hasta que logró sentarlo en la cama y que se acostara en ella.

Los dos se miraron sin decir otra palabra, y él lentamente cerró los ojos y su respiración se acompasó. Ella se tapó la boca para calmar sus sollozos mientras respiraba con dificultad y luchaba por tranquilizarse. Cuando lo consiguió, le quitó los zapatos y su camisa, lo maniobró con facilidad porque estaba medio inconsciente.

Tomó la colcha, pero antes de cubrirlo le besó la frente por mucho tiempo, se llenó de su olor, de su calidez y sintió que su corazón se tranquilizaba por tocarlo, que su necesidad bajaba. Después acarició su pecho desnudo mientras trataba de bloquear recuerdos que era mejor olvidar, tanto para su cuerpo como para su alma.

—¿Por qué, Gail? —le preguntó, y ella se asustó al notar sus ojos abiertos, se dio cuenta de que no sabía desde qué momento estaba despierto. Acarició su cabello con suavidad.

—Porque no estábamos destinados a estar juntos —le respondió y sintió la pena que acompañaba esa conclusión, esa que había llegado mucho tiempo atrás.

—¡Qué se joda el destino! —gruñó con voz distorsionada y golpeó sin fuerza la cama a su lado—. Yo te quería para mí, eras mía desde que te tropecé en el colegio.

—No —respondió en un susurro—, lamento que eso no pueda ser cierto.

—Dime que me amas, Gail. Dilo. Dilo —insistió una y otra vez, hasta que

cerró los ojos y se detuvo. Ella se acercó para besar la comisura de su boca.

—Por favor —le pidió, lo vio abrir los ojos—, mañana olvida esto. No recuerdes nada. Yo puedo cargar con todo, déjame a mí el dolor. Tú solo sé feliz. Por favor, sé feliz.

Él asintió medio dormido y cerró los ojos, rindiéndose por fin. Abigail se acercó y besó sus labios por un segundo y acarició su mejilla mientras trataba de transmitirle todo el amor que sentía.

—Lo siento —susurró y lo miró con los ojos borrosos, se pasó una mano por su cara evitando que las lágrimas cayeran sobre su pecho—. Sí te amé, Caleb. Siempre. Te amo y te amaré hasta mi última respiración. Lamento... — Se ahogó y tuvo que tragar grueso—. Lamento tantas cosas, ¿sabes de lo que estoy más arrepentida? Haberte rechazado después de ese primer beso. Nada hubiese sido distinto, pero habría tenido más que un par de momentos. Nunca lo olvidaré, Caleb. Jamás.

Rozó nuevamente su frente con los labios y salió de allí con su alma quebrada. Nadie nunca lo sabría, porque ella jamás lo mostraría, pero dejar ir a Caleb fue incluso más doloroso que vivir dos veces su infancia. Mucho, mucho más doloroso, pero había hecho dos promesas en su vida, una a ella y otra a Darius, y tenía que cumplirlas, no podía hacer otra cosa.

## Capítulo 5

*Dos años y dos días atrás.*

*Abigail se encontraba sentada entre Haley y Darius compartiendo el almuerzo que le habían organizado de bienvenida a casa. La verdad, no entendía bien ese evento cuando ya tenía dos días en la ciudad, pero así lo conmemoró su familia y, felizmente, lo aceptó.*

*Se había graduado con honores hacía dos semanas y todos asistieron al acto. Ese fue uno de los mejores momentos de su vida, ya que por muchos años dudó que lo lograra, ¿cómo tendría la posibilidad de una carrera universitaria cuando no sabía si ibas a tener un futuro? Pero lo obtuvo, consiguió su título en Literatura Comparada y sabía que lograría dar clases como tanto había deseado, lo cual la hacía sentir feliz.*

*—Por Abigail —anunció Darius con su copa alzada, y ella lo imitó sonrojada por no haber escuchado una frase del brindis que debió haber realizado. Todos brindaron sonrientes y Abigail los imitó, volteó su cara para comentarle a Haley sobre su idiotez, pero en vez se encontró con la mirada penetrante de Caleb que parecía querer sobrepasarla. Vestía un pantalón negro y una camisa azul, ya que al igual que Darius y Kaden, iría a trabajar después del almuerzo.*

*Lo había visto una vez cada uno de los cuatro años anteriores —para Acción de Gracias— y siempre se sorprendía de los cambios que notaba. Cómo su cabello se oscurecía ligeramente y se volvía un poco más brillante,*

*cómo su mandíbula y sus facciones se marcaban abandonando sus rasgos de niño hasta convertirlos en los de un hombre. Cómo sus hombros se encuadraban y su cuerpo cambiaba, más alto, más corpulento y mucho más hermoso. Pero nada la preparó para enfrentarlo en el aeropuerto cuando la recibió con sus padres, con su expresión taciturna, los ojos un poco oscurecidos y su cuerpo atrayéndole a cada minuto más.*

*Pasó muchos años cosechando la analogía con la que había jugado el último día que estuvieron juntos, la idea del puma persiguiéndola, acechándola. Algunas veces más que otras; como la Navidad de hacía dos años, donde sintió que la seguía, la olía, la marcaba, incluso la arrinconó en una esquina una medianoche y la había besado intensa y furiosamente, hasta que ella se escapó y fue a pasar el resto de las vacaciones en casa de Haley. Así que era gracioso que ese día, en el aeropuerto, toda su piel se hubiese erizado al verlo, ya que se había imaginado a un puma en guardia y parecía como si su mirada le prometiera que esa vez sí la iba a cazar. Ese último pensamiento la hizo estremecer y moverse incomoda antes de bajar la mirada.*

*—Deberías trabajar en Publicidad conmigo —comentó Haley, y Abigail la observó confundida volando fuera de sus cavilaciones—. Papá y tío aumentarían el presupuesto de ese departamento en la empresa, para el marketing nacional de Industrias de transporte Walker. Participa con nosotros, es una empresa familiar, tú perteneces a ella también.*

*Miró a Caleb con timidez para encontrarlo todavía observándola, como si estuviera ansiando la respuesta a esa petición. Ese simple pensamiento, acompañado con el hecho de que si trabajaba en la empresa no podría huir con tanta facilidad, la hizo negar con la cabeza más que efusivamente y sonrió con burla para que no descubrieran lo que estaba pensando. Aunque al volver a verlo y notar el brillo distinto en su mirada la hizo cuestionarse si de hecho él no la habría entendido por completo.*

*—No lo sé —respondió por fin—, hace apenas dos semanas que saqué la*

*licenciatura, déjame tener por lo menos unos días más para pensar qué voy a hacer con mi vida.*

*—Yo solo decía —susurró Haley y negó con la cabeza—, porque tía Brittany no querrá que te vayas a hacer maestrías o dar clases fuera de Colorado. Ya me lo dijo — concluyó y le guiñó un ojo.*

*—Dejen a Abigail tranquila —anunció Brittany y le sonrió a su hija—, no quiero que decida su futuro aún. Que me deje. Aunque la opción de la empresa, hija, es una muy buena idea.*

*—¡Brittany! —la reprendió Darius burlón—. Toma tu propio consejo. Ignóralos, Abigail —le susurró y le guiñó un ojo.*

*Ella rió y empezó a comer, mientras hablaba con todos y sentía la mirada de Caleb sin unirse a la conversación, así había sido desde que llegó dos días atrás. Observaba, analizaba, más no comentaba ni participaba activamente, eso la hacía sentirse más cohibida que nunca. Una parte de su ser le susurró que se le estaba acabando el tiempo y eso hizo que frunciera el ceño y se preguntara de dónde venía ese pensamiento.*

*Levantó la mirada y volvió a temblar al ver a Caleb observarla de nuevo. Le había huido eficientemente por cuatro años y estaba segura de que eso no iba a cambiar porque estuviera viviendo en Colorado de forma definitiva. Sí, era cierto que era mucho más fácil escapar de alguien cuando se estaba a miles de kilómetros de distancia, ambos estudiando y solo viéndose en las cortas vacaciones de navidad, ya que en las de fin de curso siempre planeaba irse con Haley y su grupo de amigos de Nueva York para evitar encontrarse con él. Pero eso no iba a cambiar con su regreso, ya había pasado mucho tiempo desde su último beso, cualquier cosa que él hubiese podido sentir por ella estaría completamente muerta, ¿no era así?*

*—Abi —le dijo Darius en un momento de la comida, cuando todos estaban hablando entre ellos—, ¿recuerdas a mi amigo Josue Michaels?*

*Ella frunció el ceño y asintió al recordar la cara de un hombre alto, de cabello negro con canas y sonrisa amigable pero fría que había conocido*



*años atrás.*

*—Es el Director de la Universidad de Harvard desde hace un año —informó sonriendo con cariño—, le hablé de ti y le enseñé todo sobre tus logros en Cornell y me indicó que eres una excelente candidata para su programa de Maestría en Literatura Comparada o Lenguas Romances. Que tienes un puesto asegurado para el semestre entrante.*

*—¿En menos de dos meses? —preguntó con asombro.*

*—Eso si quieres —susurró él antes de acariciar su hombro con cariño. Abigail asintió sintiéndose aún aturdida.*

*—¿De qué están hablando? —preguntó Brittany, Abigail abrió la boca para explicarle.*

*—De nada —la interrumpió Darius con una sonrisa suave y regresó su atención al plato.*

*Abigail lo miró confundida ya que no comprendía el porqué de esa respuesta, pero se imaginó que, como bien Haley había dicho antes, Brittany no quería que ella se fuera, así que le estaba dando tiempo de decidir sin la influencia de terceros. Sonrió por eso, le hizo un guiño a su madre y se volteó a seguir hablando con Haley, emocionada por esa nueva opción que se había abierto para ella.*

*Varias horas después, Abigail se encontraba en el patio de su casa, sentada frente a una de las mesas de hierro forjado envejecido y tope de vidrio, disfrutando de una copa de vino mientras observaba el cielo y reflexionaba sobre sus opciones. Rechazó salir con Haley a una nueva discoteca porque quería descansar y estar tranquila por un día, los anteriores habían sido bastante movidos con reuniones, fiestas, salidas a compra de vehículos, y todo el revuelo de su familia.*

*Tomó un sorbo de la bebida y consideró sus opciones actuales: podría concursar para dar clases en alguna escuela local; si ese era el caso*

*quedaría en alguna secundaria dando clases a alumnos y tal vez ayudar si encontraba algún caso problemático parecido al suyo. También podría participar en el área de Publicidad de la empresa; eso era algo que no había considerado nunca ni creía que tuviera habilidad para conseguirlo, pero sería un buen reto y estaría junto a Haley. Y por último, podría decirle a Darius que sí, viajar a Massachusetts, participar en un programa de postgrado de Harvard, seguir estudiando para convertirse en profesora y poder incluso optar después por un doctorado y dar clase en una universidad.*

*Cada una de las opciones tenía varios puntos positivos y negativos, pero todo al final se reducía a algo: él.*

*Dejó la copa en la mesa, colocó las manos sobre su cara y cerró los ojos, empezó a negar repetidas veces mientras gruñía. Era una imbécil, una completa idiota que no terminaba de entenderlo. Todavía, cinco años después, seguía sintiendo la calidez de sus labios contra los suyos y sus dedos sobre sus senos, como si siguieran en su cuarto una noche perdida donde predominó más el alcohol que el razonamiento. Sin embargo, ella aún huía de Caleb y de sus propios sentimientos, porque sabía que estaba irremediablemente enamorada de él, porque lo estuvo tal vez desde que la había rescatado de la oscuridad y porque también sabía que eso nunca podría ser. Era un error que no podía darse el lujo de cometer ya que no quería perder todo lo que había conseguido. Era imposible tenerlo todo en la vida. Ella había sido adoptada legalmente por los Walker y él era su hermano. Había tenido mucha suerte al final, conseguido una buena familia, siendo hasta querida por ellos, pero muy dentro, reprimido bajo siete llaves, también estaba el deseo de tenerlo a él.*

*Negó con la cabeza y alejó esos pensamientos, se dio cuenta de que se libraba una batalla estúpida en su interior entre irse y quedarse. Una parte quería irse, como venía haciendo desde años atrás, alejarse hasta que el tiempo y la distancia logaran que se le pasara esa fijación enfermiza. Huir*

*no había sido la solución, pasaron cinco años, incluso había salido con otros chicos, y todavía su ser quemaba por él, ansiando un contacto que dejó mucho tiempo atrás, por un sueño que no podía ser. La otra parte quería quedarse, tal vez no tener nada con él, solo estar alrededor, disfrutar verlo cuando nadie la observara, hablarle y convertirse en su amiga, ser feliz por momentos robados. Pero esa opción le daba miedo, ya que a ese anhelo siempre lo acompañaba el miedo al futuro. Se preguntó por enésima vez si, en el caso de que se quedara, podría soportar verlo con alguien más, salir, enamorarse, incluso casarse. Eso último la hizo temblar y recordar cómo ese había sido el mayor temor que sentía cada vez que regresaba a casa por las festividades, encontrarlo con alguien más, enamorado y feliz. No podría soportarlo, jamás podría, aunque sabía que si seguía huyendo eso era exactamente lo que iba a suceder. Pero también tenía claro que iba a continuar haciéndolo ya que tenía miedo a conseguir algo, a perderlo todo, a tenerlo todo. Llevaba años sintiéndose aterrada y una parte de ella estaba cansada de ello.*

*Se apartó las manos de su cara y jadeó al observar al protagonista de su debate interno sentado frente a ella con una cerveza en su mano. Estaba acomodado en una pose engañosamente tranquila, las piernas estiradas, los pies cruzados a centímetros de los de ella y su mirada intensa.*

*—Caleb —susurró y tomó la copa con manos temblorosas. Apartó su mirada hacia la piscina, alejándose de esos orbes verdes que la acechaban hasta en sueños.*

*—Abigail —respondió él en tono suave y lo miró por un segundo sintiendo su corazón contraerse al saberlo tan cerca y no poder tocarlo. Se estremeció al percibir cómo sus ojos pasaban por cada parte de su anatomía, se sonrojó como reacción a ello.*

*—¿Cómo te va trabajando con tu padre? —preguntó la primera cosa idiota que se le ocurrió.*

*—Bien —contestó—. Padre quiere jubilarse en un año, así que me está*

*enseñando cómo funciona la empresa.*

*—Me alegra —respondió por fin y cerró los ojos.*

*—¿Y tus libros? ¿Cómo están los rusos? —preguntó en tono burlón, y Abigail abrió los ojos y le sonrió con picardía.*

*—Muy bien, gracias. Pushkin y Dostoievski te enviaron saludos —jugó con él.*

*—Por favor, diles que solo respondo saludos de Tolstói, y solo después de que te haya saludado a ti, que fuiste la que nos presentaste —le contestó en el mismo tono.*

*—Lamentablemente, no pude incitarte a leerlos —respondió. Su cuerpo se relajó mientras le sonreía.*

*—Soy el tipo de persona a la que le gusta más el cine —contestó de forma solemne.*

*—Y te duermes en media función —se burló al recordar cuando vieron La Guerra y la Paz y se quedó dormido después de la primera media hora. Caleb sonrió con expresión coqueta.*

*—Siempre que tenga una buena acompañante que me lleve a la cama y me bese para darme las buenas noches —respondió, su mirada recobró la intensidad del principio. Abigail se tensó y se levantó del asiento con brusquedad.*

*—Creo que me iré a dormir —dijo nerviosa, temblaba y abandonó la copa en la mesa. Torpemente se volteó hacia la casa—, me siento agotada. Buenas noches, Caleb.*

*Dio tres pasos hacia el hogar antes de sentir que la cogía de su antebrazo y la volteaba hacia su cuerpo.*

*—No, Caleb —rogó y colocó la mano en su pecho para tratar de apartarlo, su corazón acelerado. Levantó la mirada y se paralizó al ver sus ojos, parecía como si quemaran, estaban llenos de ansia, anhelo y deseo.*

*—¿No, qué? —preguntó y se le acercó hasta que su respiración golpeó su cara y sus manos envolvieron su espalda—. Por Dios, me vas a volver loco,*

*¿hasta cuándo huiras de mí?*

*—No es eso —respondió y trató de apartarlo de nuevo, no quería pensar en su tono de voz ni en lo acelerado que sentía su pecho contra la mano que trataba de apartarlo—. Esto está mal. Brittany y Darius...*

*—¡No tienen nada que ver con nosotros! —la interrumpió con un gruñido y unió sus labios en un gesto desesperado. Abigail empezó a retorcerse para que no lo hiciera, aunque todo su cuerpo le pedía exactamente eso, y él la soltó casi de inmediato—. ¿Por qué siempre me rechazas? —preguntó con tono aún más furioso—. Cada vez que me he acercado a ti me alejas, por años. Te rogué que no dejaras de ser tú, que no te escondieras de nuevo, pero fue peor que eso, simplemente desapareciste, es como si fuera un castigo por tocarte.*

*—No... —Bajó la mirada, sus ojos ardiendo, y con sus dos manos contra su pecho hizo un intento de alejarlo y tocarlo a la misma vez.*

*—Y me tienes en este limbo por tanto tiempo —continuó ignorándola y apretó más fuerte su agarre—. Sabes lo que quiero, lo tienes que saber —dijo perplejo, como si no entendiera cómo a ella le costaba tanto entenderlo. Abigail lo miró sin parpadear y negó con la cabeza a sus ojos desesperados y tristes—. Te quiero para mí.*

*—Caleb... —Negó de nuevo, su corazón atropellado galopaba contra su pecho. Ella creyó que eso no podía ser posible.*

*—Pero eres una cobarde —gruñó angustiado, la apretó contra su cuerpo y bajó la cabeza hasta rozar su mejilla—. Y yo soy un maldito masoquista por no entender la realidad. —Se apartó un paso y la soltó. Abigail respiraba con brusquedad mientras lo observaba pasar su mano por la cara, como si con eso tratara de combatir toda su frustración.*

*—Esto no puede ser, entiéndelo —le susurró sintiendo su pecho contraerse.*

*—¿Por qué? —Él la miró con tristeza y negó con la cabeza—. Nunca tuve la mínima oportunidad, ¿no es así? Nada de lo que he hecho es*

*suficiente, ni el espacio, ni el tiempo, ni esperar que maduraras y que te dieras cuenta de lo que estaba frente a ti, que me descubrieras y me quisieras para ti. Me equivoqué al aceptar que cada vez que estuviera cerca huyeras de mí, permitir que lo hicieras hasta que entendieras la realidad, que ya no eres una niña no querida. Que nosotros te amamos. Que yo te amo.*

*Ella se apartó un paso por la impresión, su respiración salía como jadeos y tuvo que llevar su mano a su pecho.*

*—Estoy cansado, Gail —dijo con tono triste, y ella sintió un nudo en su garganta—. Realmente cansado. Tal vez ellos hicieron algo en ti, no puedo ni imaginarme lo que fue crecer como tú lo hiciste, pero jamás pensé que no fueras capaz de amar.*

*—Caleb...*

*—Tengo años esperando por ti —la interrumpió, su mirada vacía—. Siendo paciente, creí que era demasiado para ti, tal vez querías vivir tu vida y tenías derecho de hacerlo, ni siquiera pensé en quitarte esa oportunidad porque siempre deseé que fueras feliz. Pero jamás imaginé esto. —Negó con la cabeza y ella sintió una lágrima caer de su mejilla al verlo derrotado—. Ya no puedo más. No puedo continuar rogando. No puedo seguir esperando. No puedo ansiar lo que tú nunca podrás darme porque eres incapaz de amar a alguien y permitir que te hagan feliz. Ya no puedo más. —Él la observó un segundo y después se alejó.*

Hay momentos en la vida de un ser humano donde dice «basta para mí», «es suficiente», «hasta aquí llegué». Muchas veces, al leer una novela le sorprendía ver cuánto podía soportar un sujeto, cuánto podía sufrir, amar, reír. Por supuesto, muchas veces, como su propia vida lo probaba, la realidad era mucho peor que cualquier fantasía, y sería irrisorio pensar en cuánto más se podría soportar lo irreal cuando una vida humana podía no terminar con un final feliz, un «y vivieron felices para siempre» o con un giro que mejorara

todo hasta volverlo de nuevo perfecto; en cambio, en el mundo real todo podría ser cada vez un poco peor... y después un poco más.

Ese era el motivo por el cual ella siempre tendría sus libros, la razón por la que estudió Literatura y después continuó con sus estudios de postgrado, los protagonistas de las historias eran otros, ella era una simple espectadora. Tal vez sus libros fueran una forma de escape, incluso algo que le alejara del mundo real, como cuando era una niña y necesitaba soñar con universos distintos al que se encontraba, pensar que podría ser feliz o por lo menos experimentarlo al leerlo en otras personas. Quizá saber qué era eso. Aunque había pasado años sin necesitar ese método, ese día, después de tanto, lo volvía a utilizar.

Observó por un segundo a su alrededor y se concentró en el campo verde, los cientos de hectáreas que se mostraban llenas de árboles y donde, más allá, se veía una hermosa laguna. Respiró hondo y trató de absorber la paz que irradiaba ese sitio, se preguntó qué se sentiría vivir en un lugar así, la libertad que experimentaría y la felicidad que eso conllevaría.

«¿Cómo se sentiría ser libre?», esa era otra pregunta cuya respuesta había tratado desesperadamente de encontrar en alguno de sus libros, aunque todavía había fallado en eso. Cerró los ojos y se acomodó en el sofá casi destartado donde se había sentado ya casi dos horas atrás. Encontró esa pequeña casa de campo después de salir huyendo del almuerzo prematrimonial. Ese último acto había sido casi suficiente para su entereza emocional.

Trató de concentrarse de nuevo en su lectura y maldijo el hecho de que, por primera vez, Austen le estuviese fallando. Cuando se fue de Colorado, *Orgullo y prejuicio* la ayudó en el avión. *Emma* fue la elegida para la primera noche en Massachusetts y *Sensatez y sentimientos*, para la segunda, pero hoy *Persuasión* la estaba abandonando. Dejó caer ligeramente el libro y suspiró al recordar el almuerzo ameno de horas atrás. Ameno para los demás, todos rieron, hablaron, incluso Caleb lucía tranquilo, lo cual agradecía y le alegraba, pero eso no la ayudaba con el vacío que guardaba en su pecho.

«No. No iré allí», se prometió y volvió a sumergirse en la lectura, tratando desesperadamente de que Frederick y Anne le hicieran creer en un mundo donde existían las segundas oportunidades. O la constancia de un amor.

—Así que aquí estas. —Ella parpadeó y volteó para encontrar a Nick. Le sonrió con suavidad. El cabello oscuro estaba alborotado y sus mejillas sonrojadas, tal vez por el calor; sus ojos avellana, brillantes y preocupados.

Giró la mirada sin saber bien qué decir y lo sintió sentarse a su lado y quitarle el libro de las manos. Sonrió y se apoyó en el respaldo del viejo sofá marrón. Tenía otra cosa que agradecerle a su amigo; además de encubrirla y ayudarla, la protegía de Darius. Desde que la llevó a casa después del baile, había evitado que quedaran solos de nuevo, parecía que era su guardián además de todo, y eso la ayudaba a relajarse un poco. Así fuera solo mínimamente.

—Nuestra querida Anne —susurró Nick moviendo las hojas hasta llegar a una parte en específico del libro—. «... Nosotras no nos olvidamos tan pronto de ustedes como ustedes se olvidan de nosotras. Quizá sea este nuestro destino y no un mérito de nuestra parte...»[1] — Miró a Abigail y negó con la cabeza —. Nunca estuve de acuerdo con ella, y Jane Austen tampoco.

— ¿Por qué lo crees? —preguntó con curiosidad.

—Sí lo hubiese hecho, jamás habría creado un Frederick que después de ocho años siguiera igual de enamorado de Anne que al principio, así lo hubiese rechazado. —Abigail asintió sonriendo con un gesto triste.

—Jane siempre nos quiso dar la fantasía, no la realidad. La verdad es que el capitán Frederick Wentworth nunca hubiese esperado a Anne, se habría casado con la primera mujer que le dijera que podría ser una buena esposa. Quizás hasta habría sido con la prima de Anne si esta no se hubiese caído por ese barranco, solo por venganza.

—No lo creo —contestó él frunciendo el ceño.

Abrazó a Nick y se escondió en su pecho entendiendo por fin por qué no podría nunca perderse con esa historia en ese momento. Era una fantasía muy



grande leer cómo a la protagonista la persuadieron para no casarse con un hombre y que después de muchos años ellos todavía tuvieran la posibilidad de ser felices.

—Abigail... —susurró Nick y ella negó con la cabeza mientras lo abrazaba más fuerte—. Tu Frederick fue bastante intenso ayer. —Abigail se apartó un poco y lo miró fijamente.

—¿Mi Frederick? —cuestionó confundida.

—Me llamó aparte y primero me ordenó que me alejara de ti. —Sonrió ampliamente mientras ella palidecía sin creer que había podido hacer eso—. Cuando le dije de forma educada que eso era opción de la dama y que él no tenía ningún tipo de derecho, que yo supiera, sobre ti...

—¡Nick! —gritó horrorizada y se apartó al escucharlo.

—Se quedó como un minuto tratando de decirme cuál era su derecho sobre ti y, cuando no pudo hacerlo —la miró con entendimiento y Abigail bajó la mirada—, me tiró contra una pared, dijo algo sobre que no te hiciera daño o me mataría y fue a una esquina a emborracharse solo. Ni las bailarinas exóticas o sus amigos pudieron separarlo de una botella.

Abigail tragó grueso y negó con la cabeza.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso, Caleb no debió haberte amenazado.

—Yo lamento que te estés destrozando por culpa de un hombre lleno de prejuicios —la interrumpió, molesto. Abigail se tensó de nuevo, parecía como si todo su cuerpo fuera una tabla de lo agarrotado que lo sentía—. Creo que él todavía te ama, Abi, es más, no cabe duda si se toma en cuenta la forma en cómo siempre quiere matarme con la mirada y cómo reaccionó anoche. Deberías dejar todo atrás, olvidar a Darius y escapar para siempre. —Nick sonrió y le acarició la nariz mirando al libro con picardía—. Quizás tu Frederick te sigue esperando, Abigail. Solo tienes que permitirle encontrarte.

—Esta es la realidad, Nick —lo refutó y se abrazó contra su pecho de nuevo—. Las fantasías no existen y nunca se cumplen. No importa si se

encuentra lo que una vez fue perdido, te lo aseguro.

Se preparó para lo que fuera a decir ya que, sin importar sus análisis, su amor se iba a casar al día siguiente y no podía hacer nada para evitarlo. Ni siquiera llorar. El día anterior había gastado todas las lágrimas, estuvo hasta el amanecer abrazada a una almohada y a una camisa. Actuó de forma patética y se llevó la camisa negra que Caleb había usado ese día, porque ya la otra había perdido casi toda su esencia.

—Veamos qué opina Frederick —murmuró Nick y Abigail sonrió abrazada a su pecho—: «No puedo soportar más en silencio». —Empezó a leer en voz un poco ahogada y teatral—. «Debo hablar con usted por cualquier medio a mi alcance. Me desgarran el alma. Estoy entre la agonía y la esperanza...».

—«No me diga que es demasiado tarde —continuó Abigail recordando de memoria cada frase—, que tan preciosos sentimientos han desaparecido para siempre. Me ofrezco a usted nuevamente con un corazón que es aún más suyo que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio...».

—«No se atreva a decir que el hombre olvida más prontamente que la mujer, que su amor muere antes. No he amado a nadie más que a usted. Puedo haber sido injusto, débil y rencoroso, pero jamás inconstante».[2] —culminó Nick y ambos quedaron en silencio por unos segundos—. Creo que Frederick me apoya, tres contra uno.

Abigail rio y parpadeó furiosamente para alejar las lágrimas. Su Frederick se había cansado, agotado y se iba a casar con la primera que le prometió que podría ser una buena esposa. Y aunque la mataba, también lo agradecía.

—Disculpen... —Ella se encogió en los brazos de Nick al escuchar la voz de Caleb y se apartó para observarlo. Se había cambiado y estaba usando un pantalón caqui y una camisa blanca doblada hasta sus codos. Su mirada estaba ligeramente opaca y ella se agarrotó al notar el dolor oculto en ella—. Madre me envió a buscarte. Van a hacer la última prueba de vestidos.

Asintió agotada mientras se levantaba del asiento y miraba a Nick por un segundo, él hizo el intento de incorporarse.

—Solo están pidiendo a Abigail —continuó Caleb, mirándolo con rabia—, sigue con tu lectura.

—Volveré cuando termine —le susurró, besó su mejilla y sintió que apretaba el agarre de su mano por un segundo para darle ímpetu.

Caminó al lado de Caleb hasta la casa, la cual quedaba a unos diez minutos de recorrido, una distancia peligrosa y que hacía latir su corazón de forma acelerada, sobre todo al pensar que quizás esa sería la última vez que lo tendría así.

—¿Cómo te fue en la despedida de soltera? —preguntó Caleb sin mirarla.

—Bien —respondió incómoda al recordar la conversación que tuvo con su prometida—. Ava es muy creativa —comentó por fin—, las luces, la espuma, los trajes de baño.

En ese momento sintió su mirada sobre su cuerpo y, actuando como una estúpida, volteó para encontrarlo viéndola, con una expresión de anhelo que le hizo estremecer y preguntarse si él efectivamente no recordaba lo que había sucedido el día anterior. Esperaba que no lo hiciera.

—¿Y tu despedida? —preguntó de forma cautelosa.

—Bien —contestó y se encogió de hombros—. Bebidas, bailarinas, lo mismo de siempre.

—¿No pasó nada fuera de lo común? —insistió y ella misma se insultó por provocarlo, ya que si la recordaba lo estaba escondiendo muy bien.

—La verdad no lo recuerdo —comentó frunciendo el ceño—. Ni siquiera cómo llegué a la cama. A veces sucede, supongo... Hay lagunas...

Abigail lo observó y trastabilló, su pecho oprimido.

«Me alegra que no lo hagas, pero también que te haya podido cuidar una vez más, tenerte en brazos y tocarte, nuestra última vez. Me duele que no lo recuerdes, pero es lo mejor».

Él se detuvo y la miró confundido. Después observó hacia la casa pequeña donde habían estado unos minutos atrás y hacia ella de nuevo.

—¿Te trata bien, Abigail? —indagó con expresión martirizada, como si le

hiciera daño preguntarle, pero a su vez tuviera que hacerlo.

—Sí —susurró en respuesta. Él asintió con gesto forzado y se volteó—. ¿Y ella? —Se llevó la mano a su pecho para tratar de calmar su acelerado corazón y lo observó bajar la cabeza.

—Sí —respondió en voz tan baja que tal vez no lo habría escuchado bien—. ¿Eres feliz?

Eso último sí lo escuchó. Y le dolió enormemente, tanto que dio un paso hacia atrás. «¿Qué es eso?», quiso preguntarle, pero calló y empezó a caminar de nuevo hacia la casa.

—Algún día espero saberlo —respondió por fin, aunque también en tono tan bajo que de seguro no la había escuchado.

Ambos caminaron en completo silencio por unos minutos. Podría jurar que sintió su mano rozar la de ella.

—Espero que te haga feliz —concluyó Caleb y ella se detuvo de nuevo. Un acto involuntario, arriesgado y estúpido, el cual no pudo ser evitado. Se volteó hacia él y lo miró sintiendo tristeza.

—¿Algunas vez has tenido deseos, algo que has querido que no hubiese pasado? ¿Un anhelo oculto? —Sintió que su pecho iba a explotar al ver el brillo de su mirada y se sacudió al notar que se acercaba un paso hacia ella.

—Desearía no haberme cansado —susurró él y la miró con furia, tristeza y frustración—, luchar un poco más, no dejar que ganara el orgullo y no haberme rendido. Así quizá habría sabido por qué te alejaste de mí.

Asintió sintiendo que una lágrima rodaba por su mejilla, entendió con esas palabras que él se culpaba de que ella se fuera. Qué equivocado estaba. La angustiaba observarlo sufrir y la atormentaba el hecho de que quizá esa duda llevara dos años germinándose en su pecho; esa fue la razón por la que sus labios se abrieron sin poder controlarse, ansió en ese momento más que nunca darle su porqué.

—¡Caleb! —lo llamaron, y ella se volteó para encontrarse a Ava junto a Darius que la miraba fijamente, advirtiéndole, recordándole lo que deseaba

tanto ignorar, lo que por un momento casi olvidaba o delataba. El peso en sus hombros creció potencialmente a más de dos mil toneladas. Dios santo, no podía soportarlo.

«Falta tan poco», se dijo para darse fortaleza.

—¿Y tú? —preguntó él ignorando a su prometida y a su padre. Pero Abigail no podía hacerlo, no cuando la mirada de Darius la carcomía.

—Desearía no haberte perseguido esa noche —susurró con la mirada baja, muriéndose por dentro—, ese es mi mayor anhelo. —Él la miró con dolor y se apartó un paso como si lo hubiese golpeado. Ella también sintió como si lo hubiese hecho.

—¿Por qué? —preguntó él con voz ronca, pero en ese momento volvieron a escuchar a Ava llamándolo, y Abigail vio que se acercaban a ellos, así que se apartó y fue a la casa sin querer notar la mirada de Darius. Tal vez no pudiera soportarlo.

«Perdóname», rogó en silencio mientras corría hacia la habitación que le habían asignado, olvidando completamente la prueba del vestido.

Trancó la puerta con llave y se tiró al suelo, en un sitio entre la pared y el armario donde quedaba completamente oculta y que le había llamado la atención cuando llegó esa mañana. Empezó a balancearse con las rodillas en su pecho, las manos en su cabeza y, en silencio, comenzó a llorar de nuevo.

## Capítulo 6

*Dos años y un día atrás.*

*Abigail había actuado de forma impulsiva. Lo sabía. Intentó dejarlo ir y solo acostarse a dormir, pero le fue imposible hacerlo. Pasó tres horas revolviéndose en la cama, escuchaba sin parar las palabras de Caleb en su cabeza. Rememoró, sin control, el dolor en su mirada al pronunciarlas y sintió su corazón quebrarse porque lo había perdido, aunque lo cierto era que jamás lo tuvo. Y lo que más le dolía de todo era que él creyera que no lo amaba, cuando no era cierto. Era la primera persona a quien había querido en su vida y por la que habría realizado cualquier sacrificio para hacer feliz, para que viviera la existencia que se merecía.*

*Al no poder soportarlo más y saber que no podría recuperar el sueño si él no se enteraba de la verdad, salió de su cama, se colocó un jean y una franelilla, tomó el BMW azul que usaba cada vez que estaba en casa y fue al apartamento de Caleb ubicado en el centro de Denver. Había ido allí dos veces antes, una con sus padres y otra con Haley y Kaden. Era un edificio de treinta pisos, recubierto de mármol blanco. Él vivía en el décimo piso, era un apartamento por piso y parecía más grande que una casa completa.*

*Aprovechó que un auto estaba accediendo para entrar al estacionamiento subterráneo y escogió un puesto de invitados. Entró al ascensor y marcó el número de su piso con manos temblorosas, pero nada más importaba que alejar el dolor que había visto en su mirada y que supiera la verdad, todo lo*

*que estaba en su corazón.*

*Al llegar a su puerta, tocó el timbre varias veces antes de empezar a retumbar la madera. Se preguntó si él no estaba allí o si no estaba solo. Ese pensamiento le hizo tanto daño que su estómago se contrajo y dio un paso hacia atrás para huir, ya que no era algo que jamás pudiera ver y soportar. En ese momento se abrió la puerta de su casa.*

*Él estaba vestido igual que horas atrás, con el pantalón negro y la camisa azul, pero esta última estaba arrugada y casi fuera de sus pantalones, su cabello rubio lucía más alborotado de lo normal y los ojos estaban un poco dilatados.*

*—¿Qué haces aquí, Abigail? —le preguntó y ella sintió que todo su cuerpo temblaba por verlo y notar que sus ojos verdes la traspasaban queriendo saber todos sus secretos. Se quedó paralizada por unos segundos, sin poder hacer más que mirarlo.*

*Él frunció el ceño, la miró sin entender y, tal vez, con un poco de esperanza, pero al pasar el tiempo y notar que no hablaba o se acercaba, se alejó y la misma expresión de dolor volvió a su cara.*

*—Vete, Abigail —le pidió y caminó hacia dentro del apartamento.*

*Cuando la puerta comenzó a moverse reaccionó por fin, sintió hundirse por dentro, como si al cerrarle la entrada la estuviera sacando de su vida para siempre, por lo que emitió un grito ahogado que causó que él se detuviera y la mirara horrorizado.*

*—No —susurró ella en un intento de aliviar su desesperación y ahogar las lágrimas. Lo observó palidecer un poco y un segundo después sintió sus brazos envolverla y guiarla dentro de su hogar. La sentó en su sofá acolchado negro y se arrodilló frente a ella, colocó sus manos a cada lado de su cara y la acarició con sus dedos pulgares.*

*—Tranquila, cariño —le susurró, y Abigail cerró los ojos al sentirlo tan cerca mientras su corazón parecía querer explotar dentro de su pecho.*

*—Caleb —susurró ella—. Tú lo eres todo, mi salvación —le dijo con voz*

*temblorosa y ahogada mientras calmaba el nudo en su garganta—. Cuando llegaste a mi vida...*

*—Lo sé, cariño. Lo sé —la interrumpió en voz baja mientras la movía para besar su frente.*

*—No, no lo sabes —lo rechazó, lo empujó; la frustración y el dolor se arremolinaron en su pecho.*

*Se limpió las lágrimas y apartó las manos de su cara, aunque ese simple movimiento le causó dolor físico.*

*—No puedes decir que no sé amar o que nunca supe apreciar lo que hiciste por mí —comenzó con la mirada fija en él, aunque a cada segundo se nublaba más por las lágrimas—, ya que lo hice, siempre. Sé del regalo que me diste y mi vida se iluminó cuando me encontraste. ¡No puedes decir que no te quiero! Eres lo único que he querido en mi vida, y la simple idea de perderte me mata y...*

*No pudo seguir hablando ya que él la acercó y la besó con fiereza, tanto que al principio le hizo daño porque, con el impulso, sus dientes impactaron, después el roce se volvió más suave. Ella dejó de respirar por un momento, aunque a la misma vez sintió que el oxígeno volvía a su vida porque él la estaba tocando. Le acariciaba sus labios, sacaba su lengua y la deslizaba por ella, probando, atrapando y haciendo que suspirara por el roce. Sus manos bajaron a su cintura y la atrajo con tanta brusquedad contra su cuerpo que cortó su respiración.*

*—Caleb —gimió mientras deslizaba sus manos sobre su pecho, no sabía si para detenerlo o para acariciarlo. Él se apartó unos centímetros y Abigail sintió que sus ojos la abrazaban.*

*—No me rechaces de nuevo, Gail. No creo que pueda soportarlo. Creo que moriría.*

*Ella se quedó paralizada por un segundo, mirando su expresión, la tristeza de sus facciones y las ansias que se escondían en sus ojos. Subió las manos y acarició su cara como tanto deseó hacerlo muchas veces,*



*incontables ocasiones en las que lo veía de lejos. Comenzó con dos de sus dedos rozando su frente, sintiendo su piel suave y cálida, y bajó a sus parpados que fueron cerrados como si él ansiara tanto como ella ese reconocimiento, los rodeó y, percibiendo más gula que nunca en su vida, bajó su cabeza y besó suavemente los lugares que rozaba. Primero su frente, cada parpado, cada mejilla, su nariz, su barbilla. Su corazón golpeaba dentro de su pecho con cada roce, con cada beso, y ella ahogaba suspiros cada vez.*

*Cuando no quedó ninguna parte más que sus labios, los acarició con la yema de un dedo, suavemente, sintiendo tanta calidez y dulzura que bajó y los besó, necesitaba probarlos también. Sintió las manos de él que seguían en su cintura, la apretaban ligeramente, y escuchó una especie de sonido salir de su boca, un zumbido o un pequeño gemido que la hizo tiritar. Solo lo rozó un par de veces, y después se apartó sintiendo que toda su fortaleza se iba en el último beso y que sus ojos se inundaban de nuevo.*

*—No puedo... —susurró ella, y él, que había mantenido los ojos cerrados desde que empezó su reconocimiento, los abrió y la miró mostrando temor, ansias, cariño y muchas cosas más— estar más tiempo separada de ti. Lo intenté, Caleb. Por años rechacé cada avance de tu parte porque no puedo perderte, porque no puedo perder el sitio donde por fin pertenezco. —Lo miró rogándole entendimiento—. Porque nunca te merecería y no puedo soportar pensar en el día en que te des cuenta de eso. Yo también moriría.*

*Él respiró hondo y se acercó hasta unir sus frentes. Abigail cerró sus ojos. Unos segundos después, Caleb se levantó y estuvo momentáneamente perdida hasta que abrió los ojos y vio que estaba parado enfrente, con una mano extendida y esperándola. Ella lo miró y se quedó inmóvil por un momento, porque sabía que si la tomaba todo cambiaría, no habría vuelta atrás. Sin pensar, apretó las suyas hasta formar puños sobre su regazo.*

*—¿No confías en mí? —la inquirió, no sin dolor. La pregunta le resultó absurda, vacía.*

—Con mi vida. Mi amor, mi alma, todo —le susurró, y ahora fue su turno de verlo temblar por ella.

Supo que no había otra decisión que tomar. Nunca podría haberla. Solo estaba él. Extendió su mano, tomó la que le estaba ofreciendo y se levantó del sofá sin decir otra palabra. Caminó a su lado hasta que llegaron a su habitación y la observó con interés. Nunca había visto esa parte de su casa; ni siquiera la primera vez, cuando fue con Brittany y Darius, pudo entrar a ese cuarto. No ayudaría a sus fantasías saber dónde dormía, ni a sus miedos pensar con quién estaría cada noche.

El cuarto era masculino, con colores grises, blancos y negros. Tenía un juego de cama de madera con mesitas de noche a sus lados, una cómoda en un lateral, dos puertas alrededor, una de ellas abierta que mostraba el inicio de un clóset, y un espejo de cuerpo completo. Había un televisor LCD enfrente de la cama empotrado en la pared, además de una alfombra blanca en el medio de la habitación, y en las mesitas de noche, al lado de la cama, lámparas de metal y, como adorno, un portarretrato.

Y justo allí, el corazón de Abigail se detuvo.

Caminó a ese sitio y tomó la foto en sus manos. La imagen que estaba enmarcada era de ellos dos. Ella recordaba ese día, llevaba diez meses con los Walker y fueron a un parque, Haley y Kaden estaban jugando alrededor y Caleb la tomó de la cintura y la arrastró por la grama dándole vueltas, abrazándola, se había sentido de alguna forma libre en sus brazos.

—Fue la primera vez que te hice reír con libertad —le susurró Caleb en su oído y ella tembló al sentirlo cerca y por el aire cálido sobre su oreja.

—No lo sabía —susurró sin apartar su atención de la fotografía.

—Así quería verte siempre —le dijo antes de quitarle el portarretrato de las manos y dejarlo en su puesto—. Por muchos años ese fue mi objetivo, Gail. Y siempre lo será, ya que no hay nada en este planeta que quiera más que a ti. —Abigail se volteó y lo miró con miedo.

—Yo...

*Él colocó un dedo en su boca y negó con la cabeza. Abigail asintió antes de que volviera a tomar sus labios, mientras acariciaba su espalda. La besó con lentitud y suavidad, casi de forma juguetona. Después bajó sus labios y repartió besos pequeños en su mejilla, su barbilla, el cuello y la clavícula. Ella solo podía suspirar para recuperar el aire perdido y agarrarse de sus antebrazos para no caerse. Luego, él se apartó, sus ojos brillaban de la emoción.*

*—Pasé tantos años fantaseando con tenerte aquí, en mi cama, conmigo, por fin.*

*Ella cerró los ojos permitiendo que todas sus emociones se desbordaran. Caleb se alejó unos centímetros y la hizo sentarse sobre el colchón. Después empezó a desnudarla. Primero sus zapatos con sus medias, acarició sus pies con delicadeza y lentitud, después pasó a su jean, se lo quitó mirando sus ojos todo el tiempo y rozó sus piernas con gesto lánguido, cuando llegó a su muslo derecho se detuvo para mirar la cicatriz que tenía en ese sitio.*

*—No —susurró ella y trató de apartarse, pero las manos de él la tenían paralizada en la cama. Caleb bajó su cabeza y la besó en toda su extensión, centímetro a centímetro. Al final Abigail ya estaba jadeando en busca de aire.*

*—Eres hermosa —le dijo cuando termino—. Cada parte de ti, y yo te veneraré completa, Abigail. Siempre.*

*A ella se le humedecieron los ojos y se controló para evitar que cayeran las lágrimas. Percibió una respiración en su mejilla y abrió los ojos para encontrarlo allí, acariciaba su cuello y después empezó a besarla de la misma forma que ella había hecho en la sala: su frente, sus ojos, mejillas, nariz, mentón, bajó hasta el cuello y sintió su lengua juguetona explorar, lo que le hizo arquearse y emitir un pequeño jadeo.*

*Las manos de Abigail quisieron explorar a su vez, acariciaron su cabello, rozaron su cuero cabelludo y empezó a jalarlo con insistencia para besarlo de nuevo. Caleb emitió un suspiro al unir sus labios, y abrió los suyos ya*

*que necesitaba que se adentrara. Él tomó su invitación y su lengua la invadió y rozó la suya, girando, conociendo de nuevo y haciéndola estremecer cada vez más.*

*Abigail bajó sus manos y empezó a desabotonar su camisa para apartarla de su cuerpo. Él la ayudó, y unos momentos después tenía su pecho descubierto, ese con el que había soñado tanto tiempo. Lo acarició con vehemencia, y se excitó aún más al notar que temblaba por su roce y su respiración se aceleraba contra sus labios.*

*Caleb se retiró, tomó los bordes de la franelilla y los subió para quitársela por sobre su cabeza. Abigail se sonrojó ya que no usaba sujetador y quedó maravillada por la expresión de él al encontrarse con sus pechos. La miraba de forma reverencial, con una mezcla de deseo y anhelo que la golpeó en lo más profundo de su ser y la hizo arquearse.*

*—Eres tan hermosa —dijo él asombrado mientras acariciaba su estómago y subía a sus pechos—, más de lo que yo soñé, de lo que fantaseé. —Levantó la mirada, todavía acariciándola, y Abigail jadeó mientras se arqueaba para sentir más ese roce.*

*—Tú también —susurró al ver su pecho y deseó tenerlo desnudo sobre ella, tomándola y cumpliendo todos sus deseos—. Hazme el amor, Caleb.*

*Él acarició su cabello ondulado y después se movió para despojarse de su pantalón, medias y sus zapatos, se dejó el calzoncillo puesto y regresó a donde Abigail se encontraba, volvió a besar sus labios mucho más tiempo, la incentivó para que hiciera lo mismo antes de bajar a su cuello y sus pechos. Ella jadeó cuando sintió su boca por primera vez en su pecho derecho, lo degustaba como si fuera un fruto del cielo o la manzana de Eva mientras rozaba el otro con su mano. Después bajó a su estómago y besó todo su cuerpo, incluso la volteó para reconocer su espalda, teniendo mucho cuidado en cada cicatriz, la degustó con sus labios y lengua, como si quisiese robarle los recuerdos de donde las obtuvo.*

*—¿Qué es esto? —preguntó y acarició una marca que estaba en su brazo*

derecho. Abigail la miró junto con él. Ya la marca casi había desaparecido, era de un marrón claro y tenía forma como de un escarabajo o algo parecido, nunca había podido descifrarlo y no recordaba cómo la había adquirido.

—Ni idea. Tal vez es una marca de nacimiento o una quemadura que me hice cuando era muy pequeña —confesó atolondrada—. Sea lo que sea no lo recuerdo, Caleb. —Se apresuró a consolarlo, porque lucía bastante preocupado.

—A partir de hoy solo recordarás mis labios —le dijo. Deslizó su boca lamiendo alrededor de su ombligo y volvió a inundarla de sensaciones mientras la acariciaba y bajaba sus manos hasta la parte sur de su cuerpo apartando por fin sus bragas. Acarició su clítoris con el pulgar y lamió sus muslos acercándose más y más a su entrada, preparándola. Abigail gemía invadida por el deseo cuando introdujo su lengua y la saboreó de forma voraz. Su centro hormigueaba listo para recibirlo.

Al romper el contacto, ella temblaba y jadeaba. Caleb se movió hacia una mesita de noche y, al regresar, se dio cuenta de que estaba utilizando un condón. Se colocó encima de su cuerpo y encerró su cara entre sus manos.

—Te amo —le confesó él—, eso no cambiará. Ese sentimiento no ha variado en todos los años que no te he tenido y no lo hará nunca. Soy tuyo así como eres mía. Dime que lo eres. —Abigail cerró sus ojos mientras él la besaba y después unió sus frentes como si estuviese esperando su respuesta. Y solo podía darle una, no había variado desde que la tropezó en la secundaria.

—Soy tuya, siempre tuya —le susurró, y él unió sus labios mientras se introducía lentamente en su cuerpo. Abigail gritó por la sensación dolorosa que experimentó y, cuando estuvo completamente dentro, botó una lágrima que él borró con sus dedos.

—Haré que el dolor desaparezca, amor —le dijo antes de besar cada parte de su cara—. Lo siento.

*Ella jadeó y buscó sus labios mientras sentía que la incomodidad iba remitiendo y surgía de nuevo el deseo y las ansias de tenerlo dentro de su ser y de su alma. Se removió y él empezó a moverse dentro, lentamente, la llenaba y le hacía experimentar el paraíso al tenerlo de formas que nunca imaginó que podría.*

*Caleb la tocó, bajó sus manos hasta el sitio donde estaban unidos y comenzó a rozar su clítoris, ella comenzó a estremecerse de placer y a gritar, a la vez que mordía y besaba sus hombros, cuello, sin poder controlar sus palabras de amor y deseo. Cada acometida acariciaba terminaciones hasta ese momento ocultas y llevaba llamaradas casi torturantes que la azotaban. Además, escuchar los gemidos de placer de Caleb la sacudían, a la vez que su voz repitiendo que la amaba y que se pertenecían causaba que toda ella se contrajera, y que las llamaradas que le quemaban salieran hacia el exterior y explotaran a su alrededor.*

*Nunca había tenido un orgasmo. Ni por su propia mano ni mucho menos por un tercero, ya que solo había deseado estar con él. Es por eso por lo que esa explosión que surgió en su cuerpo y se movió velozmente hasta su alma la asombró, sacudió por dentro y por fuera, agitándose, arqueándose completamente, y clavó sus uñas en la espalda de Caleb mientras la conducía a sitios que nunca había creído posibles junto con él.*

*Caleb acompañó sus gritos y, momentos después, llegó al sitio donde ella había llegado unos minutos atrás.*

*Abigail se encontraba sentada en el balcón de la casa de Caleb. En ese momento todo era perfecto, el sofá beige que estaba frente a las estrellas, la noche que invadía todo a su alrededor y las estrellas que siempre estaban ocultas se mostraban en todo su esplendor, como si también quisieran ser testigo de su felicidad.*

*Ella era feliz. Abigail Walker podía decir que en ese momento era feliz.*

*Sintió terror por esa sensación y rechazó la incertidumbre que la acompañaba y le hacía pensar que todo lo bueno siempre llevaba a algo malo, porque en ese instante quería solo disfrutar el hecho de que había hecho el amor con el hombre que amaba, y que ese hombre le había confesado que también la amaba. Tenía muchas preguntas, y una parte de su ser que le gritaba que habría demonios entre ellos, como el hecho de que fuera adoptada, que podrían combatir con ese nuevo amor y esa posesión mutua que declararon esa noche. Pero optó por olvidarlos ya que solo quería pensar en que una hora atrás había sido amada, literal, carnal, completamente, y que había sido todo lo que imaginó que sería con quien deseo que fuera.*

*Con Caleb.*

*Poco después sintió que él se sentaba detrás de ella en el sofá y que la abrazaba por el estómago hasta atraerla a su pecho.*

*—Cómo fantaseé verte con mi camisa puesta —le confesó contra su cuello, y Abigail sonrió.*

*—Yo también lo hice —confesó y abrazó sus brazos antes de cerrar sus ojos—. Lo siento, por hacerte sentir que no te amaba. Por huir por tanto tiempo.*

*—Tenías miedo —completó él antes de besar su hombro—, pero no debes tenerlo de mí, porque siempre estaré allí.*

*—Es que me diste tanto, me salvaste, me ayudaste a confiar, tengo una familia solo por tus acciones, no podía creer que también pudiera tenerte a ti.*

*—Pero lo haces —contestó con tono relajado. Abigail suspiró hondo y se calló por un rato, sintiendo que los temores y miedos llenaban su cuerpo y que, aunque había intentado luchar contra ellos, estaba perdiendo la batalla.*

*—Pero no podemos estar juntos —informó y lo sintió tensarse.*

*—¿Por qué? —Ella iba a hablar, pero él le apretó el agarre de sus manos*

— ¿Por mis padres? Estoy seguro de que estarán felices por nosotros, ellos te adoraron como hija adoptiva y te adoraran como mi mujer.

—Caleb...

—Lucharemos lo de la adopción, le pediré a mis padres que la revoquen.

Él la giró y Abigail observó su cara y su brillo de emoción en su mirada. Allí lo supo. De verdad la amaba, su mirada, su expresión, todo le mostraba eso, sin importar que había sido abandonada, no querida o que fuera mejor que ella en todo sentido. Entendió que la amaba solo por quien era. Justo en ese momento, por esa revelación, su pecho se contrajo de emoción ya que alguien de verdad la amaba. Sincera y completamente. Sin garantías, ni sencillez, pero allí estaba. Solo para ella. No estaría sola nunca más.

—Buscaremos la manera, Gail, pero te prometo que estaremos juntos. Y sé que te asusta, que te aterroriza, y que tal vez creas que perderás la estabilidad que obtuviste cuando mis padres te adoptaron. Pero no será así. Porque eres mi mujer, y siempre seremos familia. —Sonrió emocionado—. De hecho, aumentaremos nuestra familia, con nuestros hijos, Gail. Muchos niños corretearan a nuestro alrededor.

Ella sonrió y acarició su mejilla, su cuello y besó ese punto con suavidad, todavía con el pecho lleno con una sensación que le calentaba el alma.

—Siento haberte torturado y haber hecho que te cansaras —confesó cuando pudo tranquilizarse. Lo sintió respirar hondo y abrazarla con fiereza.

—Lo importante es que me amas. Dímelo. Necesito oírlo de nuevo.

Abigail sonrió contra su cuello y pasó sus manos por su cintura para acariciar su piel desnuda. Solo usaba su calzoncillo. Levantó la mirada y se le humedecieron los ojos al ver el anhelo y el amor en su mirada.

—Te amo, eres lo único que he deseado y lo que me sacó del infierno —susurró, acarició su mejilla y vio cómo sus ojos brillaban intensamente por la aceptación—. Mi corazón, mi alma, mi cuerpo, todo es tuyo; ya que, Caleb, yo no existiría, ni sería quien soy, si no te hubiese conocido. —Él



*respiró hondo y apretó su agarre en su mano, en su cintura, y ella se estremeció de nuevo. Caleb sonrió y besó sus labios. Allí ella, por primera vez, se permitió creer que eso daría resultado, que estarían junto como tanto deseaban, así que se apartó y le sonrió con emoción—. ¿Me prometes algo? Quiero tener muchos niños nuestros, pero también quiero adoptar, proteger y cuidar a alguien como ustedes lo hicieron conmigo.*

*—Mi Gail —susurró él y acarició su mejilla—. Adoptaremos a todos los niños que quieras, mañana mismo si lo deseas. —Ella soltó una risilla por esa promesa, pero asintió, ya que supo que él era sincero—. ¿Sabes qué más he deseado?*

*—¿Qué? —inquirió Abigail sin dejar de acariciarlo.*

*—Dormir sintiendo cada curva de tu cuerpo contra el mío, y despertarme sabiendo que te tendré a mi lado. —Acercó su cara a la de ella y unió sus miradas haciendo que se paralizara y lo mirara—. He añorado por muchos años tenerte en mis brazos, Abigail Walker. ¿Quieres dormir conmigo?*

*Ella asintió y no pudo detener la sonrisa amplia que invadió su cara. Se levantó del sofá y fue su turno de extender su mano para que la tomara. Caleb lo hizo de inmediato, la llevó a su cuarto y le quitó su camisa, ya que reiteró que su fantasía requería que ambos estuvieran desnudos. Se acostaron y Abigail colocó su cabeza en su pecho, ambos enredaron sus piernas, él pasó la mano hasta su espalda baja y los cubrió con la sabana. Ella acarició su estómago mientras sonreía contra su piel.*

*—Duerme, cariño —le pidió él y besó su cabello.*

*—¿Crees que mañana nos despertaremos y descubriremos que esto fue solo un sueño? —le preguntó con timidez y lo sintió acariciarle la espalda—. ¿Que jamás vine a buscarte y que solo lo desee? ¿Que, en cambio, tú por fin me olvidaste y te rendiste?*

*—No, Gail, eso jamás pasará. Porque hasta el día que muera, siempre lucharé por ti. —Ella sonrió y cerró los ojos para dormir en sus brazos por primera vez.*

*Abigail se despertó al escuchar voces en la sala, se pasó la mano por el cabello ondulado para apartarlo de sus ojos y trató de orientarse. Volvió a escuchar las voces de nuevo y se levantó de la cama, se puso la camisa de Caleb y salió hasta la sala que era de donde el ruido provenía. Pero se detuvo de inmediato al identificar la segunda voz como la de Darius.*

*—¿Entonces, el contrato lo dejaste en la oficina? —le preguntó a Caleb.*

*—Claro, padre, ¿por qué crees que lo traería a casa? Está encima de mi escritorio —respondió con voz confundida.*

*—Cierto, cierto —indicó Darius, pero su voz tenía un matiz extraño de confusión—. No te molesto más entonces —titubeó por un segundo—. Nos vemos después, hijo.*

*Ella se quedó paralizada hasta que escuchó la puerta cerrarse y todavía se mantuvo así unos segundos después. Volvió a moverse al ver a Caleb parado frente a ella, su expresión confusa.*

*—¿Qué sucede, Gail? —preguntó al acercarse a ella y acariciar su mejilla.*

*—¿Cre-crees que sepa que estoy aquí contigo? —inquirió en voz temblorosa. Caleb negó con la cabeza.*

*—No lo creo, además, pronto lo sabrá de todas maneras. —Ella bajó la cabeza, su respiración se aceleró, el pánico invadiendo todo.*

*—No lo sé...*

*—Gail —advirtió él y dobló sus rodillas hasta que sus ojos se encontraron—. No vuelvas a alejarte, te lo pido. No creo poder aguantarlo. Si fueron casi imposibles los años anteriores cuando solo tenía la fantasía y unos cuantos besos, ahora, que te he probado, no podría resistirlo. —Ella alzó la cabeza, respiró hondo para calmarse y acarició su mejilla.*

*—Aquí estoy —contestó y luchó para ser más valiente, para no acobardarse, él la amaba, eso era todo lo que importaba.*

*—Compré un buen desayuno para nosotros, lo serviré mientras usas el baño.*

*Abigail sonrió y asintió, él aprovechó y besó sus labios antes de dejarla libre.*

*—Y no te preocupes por nada. Lo solucionaré todo, cariño —le pidió en su oído. Asintió y fue al baño a alistarse.*

*Usó el cepillo de dientes de él y se bañó rápidamente, se colocó su jean sin ropa interior y su franelilla, ya que debía ir a casa de sus padres y ellos no debían saber que había estado con Caleb la noche anterior. Caminó hacia el comedor y sonrió al ver la mesa llena de croissants, panes dulces, mermeladas y manzanas amarillas, la cual era su fruta favorita.*

*—¿Qué haremos hoy? —le preguntó Caleb cuando ella estaba acomodada y mordiendo su primer croissant con crema de leche y queso.*

*—Hoy tengo que salir con Brittany, se lo prometí. Iremos a un bazar porque ella quiere comprar unas telas para hacer unos vestidos. Estuvo toda la semana hablándome sobre ello. —Miró el reloj que estaba frente a ellos y emitió un jadeo horrorizado—. Y ya voy atrasada. Mamá va a matarme. —Mordió de nuevo el croissant, tomó una manzana amarilla y se levantó de la mesa del comedor.*

*—¿Me vas a dejar así? —le preguntó, y ella sonrió de manera amplia, se acercó a donde estaba lo abrazó por el cuello y lo besó con pasión y con todo el amor que sentía. Al terminar el beso le sonrió de nuevo, lo acarició lentamente sin poder creer que estaba con él y se volteó para irse.*

*Tomó las llaves de su vehículo, que estaban en la mesa de café de la sala donde Caleb las había dejado la noche anterior, y salió del apartamento. Llamó el ascensor y se pasó una mano por sus labios mientras sonreía como una estúpida. De inmediato, alguien tomó su mano y la jaló hasta empujarla contra la pared. Ella gimió al sentir el cuerpo de Caleb presionar el suyo y sus ojos quemarla.*

*—Eso no fue una despedida —comentó él antes de unir sus labios y besarla dulce pero más apasionado.*

*Gimió de nuevo y tomó su cabello con su mano libre mientras se arqueaba*

*hacia él, abrió sus labios y empezó a sentir que los acariciaba con los suyos y con su lengua a la vez que sus manos rozaban su cintura y su cuerpo. El corazón de Abigail, su alma, todo iba a explotar dentro de su cuerpo mientras él continuaba besándola y acariciándola. Lo único que podía hacer era tocarlo a su vez y responder de forma febril, sintiendo que la euforia y el amor la invadían hasta el extremo de robarle el aliento. Al romper el beso, los ojos de ella estaban humedecidos de nuevo, pero, por primera vez, sus labios sonreían. Los abrió y se perdió por sus orbes verdes que estaban traspasándola.*

*—Ven a casa después de acompañar a mamá —pidió él sin dejar de acariciar su mejilla con su nariz.*

*—Caleb —advirtió ella en voz baja.*

*—Necesito sentirte en mis brazos de nuevo. Dormir contigo. Hacerte el amor. Por favor, Gail. Dime que vendrás a casa, que vendrás a mí —le pidió, su expresión intensa, provocativa, sus manos acariciaban sus caderas. Abigail sonrió de nuevo y asintió.*

*—Vendré a ti —le prometió y se dijo que eso es lo que siempre había hecho, era atraída como si él fuera su centro, no importaba cuánto lo hubiera rechazado o tratado de impedirlo, siempre terminaría en sus brazos. Porque era donde pertenecía y, por primera vez, iba a confiar en que todo saldría bien y que la vida le regalaría eso, que ella lo merecería.*

*Llegó el ascensor y él se apartó, aunque entrelazó sus manos. Al montarse y ver las manos soltarse lentamente, una sensación extraña la invadió, pero la ignoró. Le sonrió a Caleb y estuvieron perdidos en el otro hasta que las puertas del ascensor se cerraron.*

## Capítulo 7

Abigail se observó en el espejo del baño preguntándose si le gustaba torturarse, si había aprendido a disfrutarlo. Debió haberlo hecho, porque de otra forma resultaba incomprensible que de todo lo que pudo haber pensado o soñado la noche anterior, justamente tuvo que elegir hacerlo sobre la única noche en la que creyó que lograría tenerlo todo. ¿Cómo puede una persona ser tan estúpida?

Miró su vestido color salmón de vuelos hasta sus tobillos, con los hombros descubiertos y una cinta en su cintura color blanco, y arrugó la cara con desagrado a la vez que acomodaba su cabello ondulado suelto. Suspiró hondo unos segundos después porque supo que ya no podía atrasarlo más, que había llegado el momento.

Justo antes de dar el primer paso, pareció como si se desintegrara en miles de partículas e incluso deseó haberlo hecho para así no caminar fuera de esa habitación, de esa casa, hacia la capilla, donde ya todos debían estar reunidos, y ver al hombre que amaba casarse con otra mujer. Se había escapado de Brittany y Haley con la excusa de que tenía que buscar algo en su cuarto —su cordura—, ellas le habían dicho que la iban a esperar en la capilla y que tenía unos minutos antes de que empezara la ceremonia. Pero Abigail no quería moverse. No podía. Se había encerrado en ese baño y sentía como si desplazarse fuese una tortura, cada momento esa palabra llenaba más y más su interior.

«Soy una jodida masoquista».

Tomó una respiración profunda para darse nervio y recordó su promesa. Ella se juró hacerlo feliz, esa noche, esa hermosa, perfecta y nefasta noche, había despertado en la madrugada para verlo dormir y le juró, con su alma, que aunque ella no lo mereciera, iba a lograr que él lo fuera. Por siempre. Abigail no pudo hacerlo por sí misma, porque... «No quiero pensar en eso, no quiero», se atajó y apretó sus manos en puños. No lo había hecho, pero por lo menos podía cumplir su parte para que él consiguiera la felicidad en otro sitio. Podría darle su cierre, desilusionarlo, hacer que la odiara, cualquier cosa para que él la olvidará por completo y encontrara con otra mujer lo que ella nunca podría darle. Eso sería suficiente, ¿no? Tenía que servir porque, si no, no sabría cómo iba a sobrevivir.

Se enderezó y repitió su mantra de que faltaba poco antes de salir del baño, pero quedó paralizada al dar su segundo paso. Sentado en la cama, con su espalda un poco encorvada, los codos en sus muslos y la cara entre sus manos estaba *él* vestido de esmoquin. Ella emitió una especie de jadeo ahogado que causó que se estirara y la mirara.

«Nunca existirá para mí nadie como tú», le susurró en silencio y se mordió el labio inferior sintiendo que su corazón se hundía al entender que a partir de ese momento le pertenecería a otra.

Los orbes verdes brillaban más que nunca y por unos segundos ambos solo se vieron. Ella creyó que él era capaz de leer cada uno de sus sentimientos, como si estuviera tan fuera de control que no pudiera bloquearse, que podría ver el amor, el anhelo, la angustia y el dolor que la invadían. O quizá fueran los sentimientos de él que la saturaban, lo cual causó que jadeara de nuevo de forma más sonora.

—Juré que no iba a hacerme esto —habló él por fin—, que no iba a rogarte nada más porque acabaste conmigo dos años atrás, cuando me dejaste ese día y nunca volviste. Te fuiste no solo de mi cama o mi apartamento, sino de esta maldita ciudad, para huir de mí, sin importar lo que me hubieses jurado la

noche anterior —gruñó y pasó una mano por su cara, desesperado—. Me prometí que iba a mantener mi orgullo y que no me ibas a humillar más. Me lo juré, Abigail.

—Caleb... —susurró ella, intentó negar con la cabeza, pero dudó siquiera que haya hecho el movimiento.

—Pero aquí estoy en vez —dijo. Cerró los ojos y dejó escapar todo el aire. Al abrirlos de nuevo, ya no había dolor, duda o rencor, solo amor. Ella jadeó—. Pídeme que no me case —rogó en voz baja y se levantó de la cama. Ella empezó a respirar aceleradamente y se apartó cada paso que él daba hasta que chocó contra una pared—. Hazlo. Dime que me amas y nada más importará. Te lo ruego, Gail.

Ella apoyó sus manos en la pared y presionó tan fuerte que se hacía daño en las yemas.

—No... puedo... —susurró en un jadeo que sintió que salía del fondo de su ser, a la vez que bajaba la mirada.

—¿Por qué? —preguntó él ya frente a ella, la aprisionó entre la pared y su cuerpo. Abigail negó con la cabeza—. ¿Todo fue mentira? ¿Es eso? ¿Cada palabra y emoción fue mentira? ¿Por qué lo hiciste entonces? —insistió y golpeó el concreto a su lado, lucía furioso, descontrolado—. No pudo ser mentira, tú me buscaste, me perseguiste, me amaste, dijiste que no podías estar más apartada de mí. Me dijiste que confiabas en mí con tu alma, tu cuerpo, que eras mía.

Ella negó con la cabeza, cabizbaja, mientras apretaba sus ojos.

—¡Pero al día siguiente de hacer el amor conmigo ni siquiera estabas en Colorado! ¡Te habías ido a Massachusetts! —repitió y volvió a golpear la pared por ambos lados, lo que causó que ella jadeara asustada y desesperada.

—Déjalo ir, Caleb, por favor —rogó y afianzó los dedos aún más a la pared hasta que sintió que sangraba.

—No pudo ser mentira; sentir tu cuerpo temblar contra mí, sentir tus labios, tus palabras de amor ¡joder, Abigail! ¡Me condenaste a este martirio y ni

siquiera me dices por qué! —Ella levantó la mirada y empezó a jadear.

—Caleb... vete..., no me hagas esto...

«No me hagas hacerte esto».

—Si tan solo me dijeras... —Él unió sus frentes y ella emitió un sollozo desgarrado—. Nos iremos, Abigail. ¿Ves lo estúpido que soy? ¿Lo malditamente idiota en lo que me has convertido? Soy capaz de perdonar, de olvidar. Ni siquiera me importa el jodido porque, si me dices que me amas y que estarás conmigo...

—No me empujes a hacerte daño —le rogó desesperada—. No me hagas hacerlo. —Él se apartó un poco y levantó su barbilla.

—¿Por qué me harías daño? ¿Cuánto más puedes hacerlo? —preguntó, y ella lo observó entre sus lágrimas—. ¡Háblame!

—Tú me diste tanto —lloró y deseó que apartara su toque, no podía pensar ni respirar al tenerlo tan cerca—, fuiste mi salvación y yo no sabía cómo pagártelo. —Emitió un sollozo lastimero mientras percibía que esas palabras lo desgarraban, en verdad sintió cómo a él le dolían cada una de ellas. Se odió a sí misma por pronunciarlas y a él por obligarla a hacerlo.

—¿Así que te acostaste conmigo para compensarme? ¡Eso es lo que estás diciendo?! ¡¿Por lástima?! —le gritó y volvió a golpear la pared.

«No me hagas seguir haciéndote daño».

—Tenía tanto que agradecerte —repitió y apretó con más fuerza la pared hasta sentir que se rompían aún más las yemas de sus dedos.

—¿Ese es el porqué? ¿Nunca me amaste, Abigail?

Ella alzó la mirada y respiró hondo hasta calmar sus lágrimas. «Más de lo que nunca sabrás», quiso responderle, aunque sabía que no podía hacerlo.

—Tú lo querías tanto y yo..., fue un error —le susurró esas palabras sintiendo que se desgarraba y se concentró en sus ojos verdes llenos de dolor—. Vete, Caleb. Por favor, vete. Cásate y sé feliz. Yo no tengo nada para entregarte. Nunca podría darte nada. —Él se apartó y la miró con furia, ya no había calidez ni ruego o esperanza. Ella se aseguró de destrozar todo eso.



—Te maldeciré toda mi vida por esto, Abigail —dijo con voz distorsionada por la rabia—. Por destrozar mi vida, por arruinarme y hacerme sufrir con tu incapacidad de amarme. Toda mi jodida vida esperé a que pudieras estar a mi lado, me humillé, rogué y esperé como un imbécil, y tú... —Respiró con brusquedad como si se estuviese ahogando—. Juro que te odiaré toda mi vida por esto.

—Caleb... —susurró. Su llanto era desconsolado y subió una mano en su pecho, ya que de alguna forma tenía que unir los pedazos destrozados.

—Vete —ordenó él con voz más furiosa que antes, aunque ella escuchaba también el dolor debajo de todo—, no te quiero en el día de mi boda. —Se acercó hasta que sus ojos estuvieron muy cerca y ella se estremeció por lo que leyó en ellos—. No quiero verte nunca más en mi vida y no podría soportar casarme y que estés frente a mí, el asco y la rabia me consumirían. ¿Entiendes? —preguntó, tomó sus antebrazos con brusquedad y los retorció un poco hasta hacerle daño—. Nunca. Más.

Abigail asintió y suspiró para intentar calmarse, aunque sin poder hacerlo, los sollozos aumentaron al igual que la sensación de opresión en su pecho, porque esas últimas palabras lograron lo que todas las vicisitudes y los sufrimientos que había tenido en su vida no hicieron. La habían destruido.

Escuchó un toque en su puerta, aunque lo ignoró, solo podía sentir la mirada llena de odio de Caleb y el dolor que le daba saber que en ese momento lo había perdido todo. Irremediablemente. Ese pensamiento la hizo alejarse de la realidad, como si estuviese en otra parte, como si estuviera cayendo en un pozo sin fondo, una sensación de muerte la invadió y cerró los ojos para intentar recuperarse.

—¿Abigail? ¿Están tú y Caleb allí? La boda... —escuchó la voz de Darius y volvió a estremecerse, aunque por una razón distinta.

Oyó la puerta abrirse, pero no pudo moverse. No podía hacer nada más, solo sentir que el dolor la mataba lentamente, la ahogaba.

—Caleb, están todos en la iglesia —informó Darius.

—Abigail se siente mal —contestó Caleb con voz cortante—, no va a participar en la ceremonia.

—Pero... —trató de interrumpir Darius con voz confundida.

—No va a participar en mi boda, está indispuesta. Voy a tomar mi lugar. — Se calló un segundo—. Ya he perdido suficiente tiempo en cosas que nunca valieron la pena —informó con una voz de alguna forma más cercana a Abigail, y ella emitió un sollozo sin abrir los ojos.

—¿Abigail? —escuchó la voz de Darius y sintió su mano acariciarla—. Cariño. —Él la abrazó y ella jadeó mientras se movía para que la soltara, la repulsión y la necesidad de que se apartara era incluso más grande en ese momento. Insoportable—. ¿Qué sucedió, hija? ¿Le dijiste? —Abigail negó con la cabeza y agarró las solapas de su chaqueta para apartarlo, lo empujó con las fuerzas que pudo reunir para que la dejara libre.

—No me hagas... hacer esto... Darius. —Sollozó desgarrada—. No puedo...

—Falta poco, ya él se va a casar, él la ama, Abi. Será feliz.

—No me hagas esto —gimió ella—. No...

—¿Abigail?

—No me quiere ahí... —Jadeó y sollozó más desesperada.

*Dos años y un día atrás.*

*Abigail sonrió ampliamente mientras caminaba hacia dentro de su casa y leía el mensaje de texto que Caleb acababa de enviarle:*

*Caleb: Faltan siete horas para tenerte en mis brazos de nuevo. Iría a secuestrarte en este momento, si no fuera porque papá me envió a revisar unos contratos en la empresa. Explotador. Nos vemos en la noche, hermosa. Te amo.*

*Suspiró al sentir que el corazón quería escapar de su garganta. No podía creer que estaba con Caleb, sabía que era porque solo habían pasado unas*

horas, pero igual estaba tan feliz. Incluso toda esa mañana actuó como una soñadora enamorada, y Brittany la había mirado confundida ya que se perdía en sus recuerdos de la noche anterior y no escuchaba lo que su madre le estaba diciendo. Tenía que aprender a manejar eso, aunque en esos instantes solo podía disfrutarlo. Por lo menos tuvo unas horas para dormir y relajarse, también para aliviar dolores que nunca antes había sentido en músculos inexistentes hasta ese momento. Brittany la dejó en la casa y se fue hacia el hogar de Margaret para enseñarle sus compras, ya que protestó una y otra vez sobre que ella no le serviría de nada si no dormía y estaba consciente. Sonrió de nuevo por eso y caminó hacia las escaleras.

—¿Abi? —Ella se giró al escuchar la voz de Darius.

—Darius, mamá fue a casa de Margaret.

—Lo sé —respondió y Abigail frunció el ceño, él parecía serio, casi taciturno lo cual era algo extraño, Darius siempre había tenido una sonrisa en sus labios y un brillo de caridad en su mirada—. ¿Puedes acompañarme a mi despacho? Necesitamos hablar.

Ella asintió con lentitud y lo siguió, sintiéndose confundida. Quería a Darius como a todos en esa casa, pero él, a diferencia de los demás, siempre había actuado mucho más reservado, imaginaba que era porque era el pilar de la casa y estaba preocupado con los negocios.

Entraron al despacho y ella se sentó en el sillón de madera recubierto con cuero rojo que estaba frente al escritorio de madera. Había estado en ese sitio más veces de las que podía contar, porque él tenía la biblioteca más grande que hubiese visto en una casa particular. Era asombrosa. Las paredes de la habitación se encontraban mitad empapelada y mitad pintada con una variedad de marrones. La biblioteca estaba conformada con cuatro estantes grandes de madera que llegaban hasta el cielo, todos llenos de libros, incluso algunos eran en idioma alemán, francés, italiano, entre otros. Y también tenían la colección que Brittany y ella habían hecho de los libros que leyeron durante su estancia allí, antes de irse a la universidad.

*Volteó hacia Darius y sonrió, pero él no le devolvió el gesto. En cambio, bajó la mirada.*

*—Uno de los mayores regalos que Dios me dio fue encontrarte esa noche, ¿lo sabes?*

*Abigail lo miró asombrada y notó que un nudo se le formaba en su garganta, sintiéndose aceptada, sabía que lo era, ellos se lo habían demostrado, pero igual era emocionante escucharlo. Además, eso podía significar que ellos aceptarían lo suyo y lo de Caleb. Esperaba.*

*—Creo que ese sería mi regalo, más que el de ustedes —respondió—. No sé qué habría pasado conmigo si ustedes no hubiesen llegado. —Darius se levantó del asiento y caminó hacia la ventana del despacho. Abigail lo miró inquieta y dejó de hablar.*

*—Me encanta esta ciudad —comentó él, y ella se relajó en el respaldo del asiento—, los colores, las montañas, la nieve. Ya sabes que adoró esquiar, las temporadas, y el ritmo de la ciudad. No se parece a Texas y fue amor a primera vista, aunque la primera vez que lo intenté no pude mudarnos aquí. La segunda vez sí lo conseguí, y eso fue una bendición ya que me llevó a ti, un regalo. Mi absolución. —Abigail no entendía a qué se refería con eso, no lograba comprender cómo sería la redención de alguien.*

*—¿Darius?*

*—Yo soy un hombre que recibió una absolución sin saber la extensión de sus pecados. Pero tal vez por eso estamos donde estamos, porque no viví mi castigo como debería. —Abigail negó con la cabeza sin comprender.*

*—¿Estás bien? No entiendo a qué te refieres con eso.*

*—Sé que nunca mereceré tu perdón, así que no me molestaré en pedirte. Solo podré darte la verdad.*

*—¿De qué hablas?*

*—Yo soy tu padre, Abigail —dijo y giró hacia ella. Su mirada estaba llena de tristeza y esperanza. Lo miró extrañada.*

*—Lo sé, ustedes me adoptaron, sé que eres mi padre adoptivo —empezó a*

*decir, pero se detuvo al verlo negar con la cabeza.*

*—No simplemente adoptivo. No. Soy tu padre biológico, Abi.*

*Ella se quedó paralizada y negó con la cabeza, su corazón palpitó hasta parecer que quería salir de su pecho.*

*—Conocí a tu madre, Kayla Costa, en un bar, veinticinco años atrás, era una conocida de una de las personas con las que me asesoraba para hacer el traslado. Había viajado a Denver porque quería mudar la transportista para la ciudad, estaba cansado de Texas y sabía que todos necesitábamos un respiro. —Respiró hondo como en busca de fortaleza—. Caleb tenía casi un año, el embarazo fue de alto riesgo y se complicó al final, casi pierdo a Brittany, ella no pudo tener más hijos. Pasó mucho tiempo convaleciente, sin poder tener vida sexual activa, incluso ella cayó en depresión porque quería tener muchos bebés. No fue una buena época para los Walker.*

*Él se acercó a ella y se arrodilló a su lado.*

*—Ese día yo estaba hasta el borde de problemas y la conocí; tu madre era tan hermosa, Abigail. Se parecía tanto a ti, su color de piel, sus facciones, era de descendencia brasileña si quieres conocer tus raíces, y tenía solo un par de años viviendo en Estados Unidos. Su acento me resultaba bastante atractivo. Sus ojos eran castaños, pero resulta obvio que los tuyos sean verdes, en mi familia, nuestro color de ojo no se ha saltado ni una generación. —Bajó la mirada, y Abigail solo podía escucharlo sintiendo que su corazón iba a explotar mientras negaba con la cabeza a cada palabra—. No tengo perdón, y solo fue esa vez, lo juro, estuvimos juntos, y...*

*—¡No! —gritó en reacción ella por fin, y se levantó del asiento—. Eso no puede ser verdad.*

*—Kayla fue a buscarme a mi empresa en Texas unos meses después, dijo que estaba embarazada y que era mío —agregó de forma acelerada, como si tuviera que decirlo todo una vez que hubo empezado, y tomó su mano para que no escapara—. No le creí, por Dios, Abigail, perdóname, no le creí. Pensé que estaba mintiendo, que me engañaba. Yo me había protegido, así*

que no pude aceptarlo. Yo... —balbuceó—. Le di dinero, le dije que se largara, y cuando ella amenazó con decirle a mi esposa, yo exploté; la amenacé hasta con enviarla a migración y la boté de allí. No quería perderlo todo por un simple error, por una mentira. Después de eso no volví a verla. —Abigail negó con la cabeza repetidas veces.

—No —susurró horrorizada.

—Perdóname por abandonarte, no lo sabía, juro que no lo supe hasta... hasta... que fue demasiado tarde, hasta que llegaste a mi casa después de pasar años sufriendo cuando yo debí protegerte.

—Eso no puede ser, no puede ser —negó ella repetidas veces—. Estás equivocado.

—No lo estoy. No lo supe al principio, después de leer tu expediente y ver el nombre de tu madre, la fecha de nacimiento, todo cuadraba, y si eso no fuera poco... —Se detuvo y la miró con firmeza—. Eres mi hija, Abigail. Solo mía. ¿Por qué crees que te adopté tan rápidamente? Estaba decidido a impedir que alguien te alejara de mi lado.

—¿Me hiciste exámenes de ADN y nunca lo supe? —preguntó y recordó que la habían llevado al médico varias veces los primeros meses.

—No era necesario —respondió y tomó su mano— y nunca haré eso.

Abigail negó con la cabeza sin poder analizar lo que él le decía. ¿No era necesario? ¿Él era su padre? ¿Tuvo años con su padre y no lo supo?

—¿Por qué no era necesario? —preguntó en voz baja. Lo observó apartarse y empezar a subirse la manga de su brazo derecho. Al descubrirlo por completo, lo movió hasta mostrar el lado interno y ella jadeó al observar una marca parecida a un escarabajo o algo así, un poco más oscura que la suya—. No —susurró en respuesta.

—Dos semanas después de que llegaste, la vi y lo supe. Mi bisabuelo tenía la marca. Yo la tengo y ahora tú también. Eres mi hija —declaró con voz segura. Ella la miró horrorizada—. Caleb también la tiene. No en el brazo, sino en la parte interna del muslo izquierdo. La tuya es más clara,

*pero es la marca. Yo soy tu padre y él es tu hermano. Tu medio hermano biológico.*

*Abigail se dejó caer en el asiento mientras pensaba en eso, por fin encontró la razón por la que se negaba tanto a creerlo y casi muere en ese segundo, emitió un grito fuerte y tapó su cara con las manos al sentir el dolor y el entendimiento llenarla.*

*—¡No! —gritó mientras se ahogaba del dolor.*

*—Lo siento —susurró Darius y sujetó su antebrazo—. No iba a decir nada, ese solo iba a ser mi pecado, pero algo pasaba al verlos juntos. Algo que me hacía sentir inquieto. No sabía por qué. —Se calló, y Abigail ni casi escuchaba, ya que no podía hacer nada más que llorar, gritar y sentir cómo se le apretaba el pecho—. Entonces los vi discutir ayer, lo vi intentar besarte y después, al levantarme, no estabas en casa. Estabas con él, ¿no es así?*

*Abigail lo miró horrorizada mientras sentía que las lágrimas caían por sus mejillas.*

*—No... no... ¡No! —repitió y se levantó de su asiento, empezó a caminar por el despacho desesperada—. Él no puede ser mi hermano, no lo puede ser. Nos haremos la prueba de ADN, Darius. —Se calló al observar que negaba con su cabeza.*

*—No puedo hacer eso, Abigail.*

*Ella empezó a caminar hacia la puerta, para huir, salir, buscar a Caleb y contarle, intentar hallar una solución. Antes de coger la manilla, Darius tomó su antebrazo y la detuvo.*

*—Hija —susurró y ella se estremeció, él siempre la llamaba así y en ese momento lo entendió—, no puedes hacerle eso a mi familia, no puedo decirle a Brittany que la engañé, nunca más lo hice, te lo juro.*

*Ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior.*

*—Igual, ustedes son hermanos adoptivos, Abi, eso no podía llegar a ningún lugar.*

—Yo lo amo —respondió, su corazón quebrándose— y él me ama, Darius. —Lo escuchó suspirar y la volteó para encararlo. Los ojos de él, que notó por fin eran bastante parecidos a los suyos, se llenaron de entendimiento y lástima, siendo ese último sentimiento el que iba a acabar con ella.

—Caleb siempre ha sido alguien cambiante, Abigail. Es mi hijo, lo amo, pero él nunca ha estado con una chica mucho tiempo, y lo tuyo no es diferente.

Ella negó con la cabeza, él le había dicho que la amaba, que tenía años esperándola y el día anterior le había hecho el amor.

—Abi, ¿podrías hacerle eso a Brittany? —Lo miró fijamente y tragó con dificultad—. ¿Decirle que yo la engaño? ¿Destrozarnos? Ayúdame a no hacerlo, no despedaces a la familia.

—Darius...

—Escucha —le pidió y la llevó a un sofá que estaba en un lateral de la habitación—. Eres mi hija, no tengo ninguna duda de eso. Pero en el caso de que no lo seas y estés con él y todo se acabe, porque se acabará, te lo aseguro —la miró con tristeza—, ¿no te arriesgarías a perder el hogar que has conseguido?

Lo miró confundida.

—Él es nuestro hijo, Abigail. Brittany lo ama con su vida, si ustedes terminan —negó con la cabeza— podrías perderlo todo, podrías estar sola de nuevo.

Ella bajó la mirada y se quedó callada por unos segundos, entendiendo esas palabras y lo que significaban, sabía que esa era la razón por la que había pasado tanto tiempo huyendo de él, porque no quería perder a su familia, su sitio de aceptación y de nuevo el terror de los miedos de antaño la llenaron hasta hacerla temblar.

—Nos harías daño y podrías perdernos —continuó Darius—. ¿Lograrías vivir con eso?

—Pero yo lo amo —repitió.



—Y nosotros te amamos a ti, no destroces a nuestra familia, hija. Ayúdame. Eso no puede ser, tú eres su hermana, eres mi hija. Aléjate. Él se olvidará de ti como lo ha hecho con todas las demás, y tú tendrás la familia que tanto has querido, me tendrás a mí, a tu padre.

Abigail levantó la mirada y sintió como si todo se perdiera, y de alguna forma entendió que era correcto. Ella nunca iba a ser feliz, no era su destino, pero Caleb sería feliz, volvió a jurar como lo hizo la noche anterior.

«Esta es la razón por la que hui tanto, amor mío, porque sabía que si no podía estar junto a ti me destrozaría. Me destrozaste, Caleb, al forzarme a aceptarte», dijo para sí. Negó con la cabeza y sintió que el alma se le quebraba aún más.

—No podré —susurró con voz llena de dolor—, no puedo alejarme —dijo desesperada, luchaba de alguna forma contra la realidad, contra las palabras. Sintió la mano de Darius acariciar su mejilla.

—Por favor, hija mía. No hay otra solución, no puedo perder a mi familia, no puedo perderte a ti. Soy egoísta y te estoy haciendo daño, lo sé. Pero te amo y solo quiero que mis dos hijos estén bien y felices.

Abigail asintió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No me merezco tu perdón, no lo hago. Te estoy pidiendo demasiado, Abi. Pero quiero que me prometas algo.

Ella alzó la mirada y lo observó limpiar sus mejillas cariñosamente.

—No digas nada de esto —prosiguió—. No le hagas daño a Brittany, a tu madre, que así no te haya tenido te ama como si lo fuera, no se merece sufrir por mi pecado. No le digas nada a Caleb, sé que no lo merezco, pero no quiero perder el orgullo que veo en su mirada al verme. Prométeme que no destrozarás a nuestra familia, que te quedarás callada. —Abigail sollozó de nuevo y lo sintió abrazarla, aunque de alguna forma ese roce la quemaba.

—No me obligues a hacer esto —le pidió, sintiendo que su pecho se quebraba—, por favor, Darius.

—Es la única manera, cariño. Lo siento —le pidió y acarició su cabello

—. *Prométemelo, Abigail. Por favor.*

*Ella lo observó y asintió sabiendo que lo cumpliría, no podía hacer sufrir a Brittany, no podía tampoco hacer sufrir a Caleb. Darius tenía razón, él la olvidaría. Ese pensamiento la hizo sollozar con ímpetu renovado.*

—*Yo tenía que ir a su casa esta noche —susurró con voz rota—. Él me está esperando.*

*Darius suspiró hondo y la abrazó.*

—*Josue tiene tu beca asegurada en Harvard.*

—*No había dicho que sí.*

—*Lo sé —respondió como si eso jamás hubiese importado—, tienes un boleto para irte de aquí, no podrás estar cerca de él por ahora.*

*Ella asintió ligeramente agradecida, el día anterior había perdido todas las fuerzas para estar alejada de él, no soportaría tenerlo cerca, menos en ese instante, que sabía que nunca podría tenerlo.*

—*¿Cuándo?*

—*En cuatro horas —respondió después de ver su reloj—, tendrás otras cosas esperándote.*

—*¿Tan pronto? —preguntó interrumpiéndolo.*

—*Lo olvidarás, Abi. Y amarás a otra persona y él te amara como te lo mereces. Caleb también lo hará, eres un capricho, como todas las mujeres anteriores —le afirmó, aunque no sabía si estaba diciéndoselo a ella o a él mismo—. Ya tienes un apartamento y abrí una cuenta para ti.*

*Abigail asintió y miró hacia la biblioteca. Se levantó y sintió que perdía el equilibrio por un segundo, aunque se recuperó antes de caerse al suelo; caminó hacia los estantes y tomó unas copias de las obras de Jane Austen.*

—*Los libros siempre me hicieron sentir bien. Son seguros —confesó tomándolos contra su pecho—. Y siempre había soñado con hacer una maestría.*

—*Sí...*

—*Espero que eso sea suficiente —lo interrumpió. Darius se iba a acercar*

*a abrazarla, pero ella se apartó—. ¿Le puedes decir...? —Se detuvo porque entendió que él nunca podría saber de esa conversación ni las verdaderas razones de su partida.*

*«Va a odiarme», pensó y miró a su padre con lágrimas en los ojos.*

*—Protégelo y ayuda a que sea feliz —le rogó entonces. Darius asintió y ella cerró los ojos para dejar caer las lágrimas. Se apartó y caminó hacia la puerta.*

*—Hija —le susurró y ella se detuvo. Él llegó a su lado y le entregó el pasaje de avión de primera clase, trató de tocarla, pero ella lo evitó. De alguna forma sentía que no podría soportarlo—. Te pido que algún día encuentres la forma de perdonarme.*

*Ella lo miró fijamente y después se apartó, sintiendo que se moría a cada paso que daba ya que, en ese momento, todos sus sueños y fantasías se habían ido.*

*Había llegado la realidad.*

—¿Abigail? —Llamó Darius, pero ella no podía reaccionar, solo recordar, sentir que se perdía y llorar—. Hija, por favor, tenemos que irnos.

—No —gimió y por fin abrió los ojos—. No voy a hacerlo —le repitió y lo sintió besarle su frente. Ella se removió y trató que se apartara, que no la tocara, desde ese día nunca había podido soportar que lo hiciera. Era una especie de martirio. Sentir que ese hombre que debió amarla y hacerla feliz la había destruido con unas pocas palabras—. No me quiere ahí.

—¿Le dijiste la verdad, Abi? —preguntó sin soltarla—. ¿O cumpliste tu promesa?

—Déjame ir —rogó desesperada—. Suéltame, por favor.

—Contéstame, Abigail —insistió. Darius se veía desesperado, aunque su mirada era igual de triste que la de ella, como si le dañara forzarla a responder, como si lo hiriera causarle daño. Sin embargo, Abigail no lo

comprendía, ¿cómo podía dolerle y aún seguir lastimándola?

Él trataba de confortarla, de acariciarla, de tocarla como un padre debería tocar a una hija y cada toque le repulsaba como si fuera un acto maligno, como si se tratara de un violador manoseándola. Era extraño, pero era así lo que se sentía. A cada rechazo y encogimiento, Darius intentaba con más ímpetu tocarla, como si creyera que así la calmaría, pero causaba el efecto contrario.

—Abi, por favor —susurró él con voz rota.

—Déjame ir —le rogó de nuevo con un grito, moviéndose desesperada—. ¡No!

—¡No te voy a hacer daño! —le gritó su padre, y ella solo deseaba gritarle que ya no podía hacerle más del que le había causado. Era imposible.

—¡No! —gritó y comenzó a moverse con más insistencia. Darius temblaba, lo sentía en sus manos, nervioso, desesperado y angustiado.

—Suéltela —le ordenaron y ella levantó la cabeza y fijo su visión en Nick, usaba un traje azul marino y miraba a Darius furioso—. ¡Déjela! —le gritó mientras caminaba hacia donde estaban contra la pared.

—No me dé ordenes, yo soy su padre —dijo con voz quebrada.

—Usted es quien la ha destrozado —gruñó y lo empujó contra la pared, apartándolo de Abigail y abrazándola con cuidado. Le levantó la cara con un dedo en su barbilla.

—Me odia, Nick —confesó sintiendo que se moría al recordar sus palabras—. Me odia.

—Cariño... —dijo él y acarició sus mejillas.

—Le prometí que iba a ser feliz —susurró interrumpiéndolo y tragó sus lágrimas. Nick la miró con afecto y entendimiento.

—Ya lo cumpliste, mi cielo —respondió de forma condescendiente y la miró con frustración—. Sabía que iba a destrozarte tu alma. —Abigail negó con la cabeza, con los ojos cerrados.

—No puedes romper lo que nunca estuvo entero. —Él la abrazó y lo escuchó suspirar.

—Nos vamos —ordenó y trató de llevarla a su cama para sentarla. Ella empezó a llorar de nuevo y asintió antes de tomar asiento porque todo su ser temblaba.

—Abi —la llamó Darius quien aprovechó que Nick tomaba sus maletas y las sacaba hasta la entrada—, perdóname —rogó desesperado. Ella alzó la mirada y se asombró de ver su semblante, generalmente sereno, tan angustiado, estaba pálido, temblaba con más intensidad y sus ojos estaban humedecidos—. Pero si te vas... Brittany...

Ella se limpió sus mejillas de las lágrimas y negó con la cabeza sintiendo que el vacío y el dolor cada vez se hacía más y más grande. No entendía cómo podía seguir soportándolo. Como podía seguir allí sentada cuando por dentro ya no era nada.

—Muchos años soñé y rogué porque mi padre me encontrara, porque me rescatara y me amara —lo interrumpió. Bajó la cabeza y respiró a la vez que tragaba el nudo en su garganta—. Ahora deseo nunca haberlo hecho, que tú jamás me hubieses encontrado, porque me heriste más que cualquier persona que me haya maltratado en mi infancia, incluso más que mi madre al abandonarme. Me condenaste a un infierno, aunque yo siempre había esperado que al estar a tu lado tendría el paraíso.

—Abi... —susurró él y negó con la cabeza—. Cariño, por favor

—Es hora de irnos —lo interrumpió Nick. Abigail no tenía voluntad para moverse, lo sintió tomarla en brazos como si fuera un bebé, pero no se quejó, sino que más bien lo agradeció.

—No me sueltes —le rogó, y Nick apretó su agarre mientras negaba con la cabeza.

—Nunca, cariño —contestó.

Nick se acercó hasta la puerta y ella presionó una de sus manos. Él se detuvo y la miró interrogante. Señaló hacia el cuarto y, entendiéndola, volteó hacia su padre que seguía arrodillado en el suelo, viéndose más derrotado que nunca.

—Está será la última vez que me veas, Darius —informó y lo miró alzar su cabeza con lágrimas en sus mejillas—. Sé que por años ansiaste mi perdón y de verdad deseaba dártelo, pero nunca he podido hacerlo. Si cumplí mi promesa fue por Brittany y Caleb, no por ti. Jamás volveré a tu casa ni seré parte de tu familia, haya lazos sanguíneos o no. —Sintió que una lágrima corría por su mejilla y no se molestó en quitarla, estaba paralizada por el vacío que experimentaba y el dolor que se sentía en esa habitación.

—Abigail... —rogó él— Sé que no actué bien, que te obligué a alejarte de él...

Ella negó con la cabeza, callándolo.

—No fue alejarme de Caleb o abandonarme y después usarme para no perder a tu esposa, ni siquiera quererme tan poco como para haberme obligado a volver para la boda y pasar por este infierno, lo que nunca disculparé. —Sintió los brazos de Nick tensarse a su alrededor por su confesión—. Es que hayas aprovechado mis temores para hacerme parte de tus pecados; que me hayas amenazado con regresar a la soledad y al miedo que tuve la mayoría de mi vida si no cumplía tu exigencia. Eso es lo que jamás podré perdonar.

Él bajó la cabeza viéndose avergonzado y Nick se volteó para caminar hacia la salida de la casa y al final de su tortura, aunque Abigail sabía que sería también el final de todo; de sus sueños, de sus fantasías y su alejamiento de todos ellos para siempre.

## Capítulo 8

Abigail estaba sentada en la silla de madera, tomaba su desayuno, tostadas y té, en su pequeña cocina adornada de colores lila y amarillo. Una combinación extraña, pero que de alguna forma siempre le había gustado y había adoptado para decorar gran parte de su apartamento. Mordió de nuevo su tostada mientras pensaba en el seminario al que asistiría esa mañana y en la reunión con su tutor, el profesor Letterman, para la revisión final de su tesis doctoral; si él aceptaba los cambios propuestos, podría presentarla ante el comité la semana siguiente. Y en unos meses obtendría su título.

—¿Estás bien?

Levantó la mirada y le sonrió a Nick, que estaba parado enfrente de ella y la evaluaba con preocupación. Lo entendía, después de todo el episodio de Colorado, ella había caído en una depresión que la hundió por varias semanas. Pero ya habían pasado casi veinte meses de eso, y se sentía mucho mejor. Nunca volvería a ser la misma, el dolor dejaba cicatrices, pero esperaba no regresar a la oscuridad nunca más.

Abigail asintió y dio un sorbo de té mientras sentía que él besaba amorosamente su frente. Cerró los ojos por el contacto y liberó sus labios de la taza, levantó la cabeza y Nick de inmediato se apoderó de ellos en un beso suave y cariñoso. Le respondió con la misma intensidad, y segundos después rompieron el contacto, eso causó que volviera a sonreír. Él podía ser tierno, apasionado, cariñoso, protector y cada día deseaba más que su alma lo amara

como lo hizo con *él*. Tal vez a esta, al quedar tan destrozada, le resultara imposible volver a unirse y entregarse a alguien más, pero a veces ansiaba hacerlo y confiarse por completo al hombre que estaba a su lado y que la había acompañado en sus peores momentos.

—Hoy tengo varias conferencias —informó Nick sorbiendo un poco de café y sentándose a su lado con la comida en su plato, que ella le había servido minutos atrás—, después tengo que escoltar a la profesora Tanner en una cena con el decano. Ahora debo servir de niño, ir a buscarla en el aeropuerto y llevarla a ese sitio... —Suspiró hondo y comenzó a tomar su desayuno.

—Siempre habías querido conocer a la profesora Tanner —le refutó ella divertida—, siguen incluso la misma posición literaria respecto al romanticismo y al modernismo; leíste su tesis doctoral; me has dicho que es una genio; incluso hace un año te jugaste conmigo informándome que, si la conocías y era un «bombón», te casarías con ella. —Nick sonrió ampliamente y le hizo una pequeña mueca con su nariz.

—Tal vez tenga sesenta años y sea una *snob* —se burló.

—Tengo noticias para ti, Nick —le dijo en broma mientras se acercaba hacia donde se encontraba y susurraba—, tú también eres un *snob*.

Nick se carcajeó y la besó de nuevo por unos segundos, Abigail respondió con el mismo entusiasmo y después volvió a su comida, dejó de sonreír, volviendo a su estado calmado. Sintió su mirada como si fuera a traspasarla y lo miró confundida. Él acarició su mejilla y la observó como hacia algunas veces, con preocupación pero también anhelo; sabía lo que quería, tenía tiempo esperando que volviera a ser la misma mujer que fue antes de que *él* se casara, y deseaba dárselo, de verdad, pero no podía hacerlo porque no había nadie allí, se había ido junto con los restos de su alma. Odiaba que eso sucediera, pero era la realidad.

—Estoy bien —le reiteró antes de volver a besarlo y levantarse del asiento para ir a clases—, suerte con tus conferencias y con tu abuela *snob*...

—Desearía que fueras conmigo —dijo con cariño. Abigail sonrió y acarició



su mejilla.

—Las estudiantes del doctorado no pueden ir a esos eventos, pero pronto no lo seré más. —Le guiñó un ojo y salió de su apartamento rumbo a su conferencia.

Llevaba saliendo con Nick aproximadamente seis meses. Todo sucedió lento, calmado y natural, como si de alguna forma estuvieran allí y ella no lo hubiese visto antes. Un día, en medio de la cena, él se movió en la mesa y la besó con suavidad en sus labios, después le sonrió y le dijo que deseaba hacerlo desde años atrás. Ella lo miró y asintió lentamente, lo besó en sus labios de regreso, y desde ese día habían empezado a estar juntos de esa manera.

Tampoco había habido un gran cambio entre ellos, solo que a partir de ese momento se besaban, tenían relaciones y, a veces, cada uno dormía en casa del otro, aunque eso no sucedía de manera frecuente. Él le decía cosas amorosas y cariñosas, pero eso era algo que había hecho todo el tiempo; la acariciaba en su espalda baja, su codo y su mejilla al encontrarse en un restaurante, en el cine, una lectura o en el teatro, aunque la verdad antes también lo hacía, por lo que no se sintió forzada. Y al igual que siempre, él sabía que, cuando pudiera, ella se lo diría. Lo aceptaba, la esperaba y ella solo deseaba poder hacerlo pronto.

Caminó hacia la universidad sintiendo que los ligeros rayos de sol golpeaban sus mejillas para recordarle que estaba viva y bien. Eran esas pequeñas cosas que agradecía: Nick, el sol, sus libros y sus colores lila y amarillo. Le permitían llegar al día siguiente. Había otras cosas que extrañaba terriblemente: Brittany, Haley, Kaden, la sensación de pertenecer por fin en alguna parte y... a *él*.

Había visto a Brittany y a Haley algunos meses atrás, habían viajado a Massachusetts expresa y exclusivamente para secuestrarla, como lo definieron. Pasaron una semana, juntas, eso la llenó de añoranza y deseos perdidos. El día de su partida, al encontrarse en el aeropuerto, les prometió que iría a visitarlas

al terminar el semestre, y al verlas pasar la puerta de pasajeros agradeció al cielo porque se fueron. No había ido a visitarlas. Le escribía a Brittany, le decía que la quería, pero que estaba muy complicada; la tesis tomaba mucho tiempo; un profesor particularmente estricto le dejó una asignación que se le había dificultado, etc., pequeñas excusas que se agotaban, tendría que buscar algunas nuevas ya que el doctorado estaba a punto de culminar.

De su padre no había sabido nada en mucho tiempo. Brittany lo mencionó una vez; al parecer bebía con frecuencia, cosa que le había sorprendido y que preocupaba a su madre ya que nunca lo había hecho antes. Ella imaginaba las razones que lo llevaron a hacerlo, pero no dijo nada. A veces deseaba haber actuado egoístamente y contarle todo, romper su promesa y decirles a ellos quién era Darius Walker, pero sabía que no podía hacerlo. Nada cambiaría.

Y de *él*, trataba de no saber nada. Aunque no podía cumplirlo. Sabía que su esposa era ligeramente derrochadora; que no importaba el tiempo que hubiese pasado, Haley no la quería; y que seguían casados, no es que imaginara que iba a suceder algo distinto a eso. «No se ve feliz», le había confesado su amiga una noche durante una llamada telefónica y Abigail pasó horas llorando por ello, deseó volar a casa y abrigarlo en sus brazos, ansió que fuera mentira y que sí fuera feliz; pero ese era un pensamiento ilógico, su amiga no la engañaría ya que no existiría razón para ello. Ellos eran simplemente hermanos adoptivos.

Tenía un temor nuevo, uno que ni siquiera le había confesado a Nick ya que trataba de no hablar de *él*, sobre todo que ellos dos tenían una relación; su temor residía en el día que su madre la llamara con la noticia de que sería tía.

Era asombroso como los miedos, en vez de morir al cumplirse, evolucionaban. Primero era temor a perderlo, después a que se casara y luego a que tuviera hijos. ¿Cuándo se acabarían? ¿Qué vendría después? ¿Nietos, cartas navideñas, muertes? Se estremeció por ese pensamiento y se imaginó que ese sería el peor de todos, que muriera, a pesar de que ella lo estuviera para *él*, ya que con seguridad no querría volver a verla. Rezó para que la

hubiera olvidado. Sintió la tristeza que conllevaba siempre ese pensamiento y entró en el campus esperando que sus clases la alejasen de la línea en que se habían dirigido sus pensamientos.

Varias horas después llegó a Riverside, pero al detenerse frente a su edificio decidió, en lugar de subir a su apartamento, incursionar en el café ubicado en la planta baja donde servían el mejor *mocaccino* del mundo; con canela, sirope de chocolate y, si lo deseabas, malvaviscos. Era adictivo.

Se sentó en las mesas ubicadas en la parte de afuera en un pequeño porche de piedra y madera. Tomó un sorbo de su café y volvió a levantar la cara al cielo con los ojos cerrados, emitiendo un suspiro de placer. Oficialmente ese día estaba libre, el seminario había sido informativo y la había ayudado para agregar una conclusión a su tesis, a veces sucedía que le llegaban los instantes de inspiración en los momentos menos pensados. La reunión con el profesor Letterman fue muy bien, había aprobado todas sus correcciones, incluso la nueva conclusión, y solo debía finiquitar la logística para entregarlo al comité.

Nick estaría ocupado todo el día, por lo que lo pasaría sola, así que se preguntó si sería mejor dormir o tal vez ir al cine, quizá hasta podría caminar por el Inman Square y revisar *boutiques* para entretenerse. Para ayudarse a costear su vida allí, además de la beca, trabajaba en una pequeña editorial corrigiendo manuscritos y libros, era un trabajo que le encantaba y que podía hacer en la tranquilidad de su apartamento, pero había enviado los últimos encargos la jornada anterior y se encontraba al día, así que estaba permitido holgazanear.

Tomó otro sorbo de su café y observó hacia la calle para ver los carros pasar y quedó paralizada. Sintió que el corazón también se detenía así como su respiración. Sabía que necesitaba hacer que esos órganos funcionaran, pero la impresión de verlo a *él* fue demasiada. Estaba parado en la entrada del café, mirándola fijamente, casi sin respirar también. Sus labios crearon un atisbo de

sonrisa y Abigail sintió que podía moverse de nuevo, su corazón latió con brusquedad, su respiración se volvió trabajosa, trató de compensar su parálisis anterior, pero igual no podía dejar de mirarlo.

«Es como si cada vez fuera más hermoso».

Parpadeó rápidamente y observó su *jean* y su franela azul cielo, de un color que resaltaba sus ojos verdes. Parecía más joven que los veintiocho años recién cumplidos que tenía, pero, aun así, su mirada mostraba haber vivido muchos más. Eso la sorprendió ya que su propia mirada mostraba lo mismo, mucho más que sus casi veintisiete años. Lo observó caminar hacia ella y, estúpidamente, se giró para ver si no había nadie más alrededor; él le había dicho que nunca quería volver a verla, él la odiaba. ¿Por qué estaba en ese sitio?

—Hola —saludó Caleb y notó como tragaba grueso—. ¿Puedo acompañarte?

Abigail lo miró sin poder contestar, sus manos temblaban, así que las apartó de la mesa y las escondió sobre su regazo. Lo observó sentarse en la misma mesa y parpadeó para evitar que una lágrima cayera, pero eso era tan difícil, porque había pensado que no iba a volver a verlo y allí estaba, hablándole, como si no lo hubiese destrozado casi cuatro años atrás al dejarlo sin ninguna explicación; ni los meses posteriores a ese, rechazándolo una y otra vez; y como si no hubiese terminado de arruinarlo veintiún meses atrás, donde en un último intento le rogó que lo eligiera y ella se negó a él y a confesar su secreto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en vez, miró sus manos blancas, largas y delgadas sobre la mesa y ansió más que nada que él la tocara con ellas.

«Contrólate, contrólate», se rogó en silencio. Él movió su mano hacia donde estaba, solo unos centímetros, lo que causó que volviera a estremecerse sin razón.

—Fui enviado —respondió, y ella sintió como si todo su ser recibiera un golpe fuerte, como una electricidad que la recorriera y sacudiera su

desgastado corazón. Asintió y tomó un sorbo de su café con manos aún temblorosas mientras trataba de calmarse.

«Por supuesto que no vendría por su propia cuenta; por supuesto que no querría nada conmigo, y cualquier cosa que hubiese imaginado distinta a esa era simplemente un estúpido desvarío de mi idiota cabeza».

—¿Brittany? —interrogó—. Debí suponerlo.

—Te extraña —respondió él observándola con tanto anhelo que le hacía daño, sobre todo porque siempre había pensado que su mirada hacia ella solo reflejaría asco y odio. Saber que no la veía así solo la hacía sufrir más, ya que nunca podría volver a tenerlo.

—Lo siento —susurró y suspiró hondo para calmarse—, sé lo difícil que es para ti estar aquí, hablarme. —Sonrió sin mostrar sus dientes y negó con su cabeza—. Es un castigo que nunca mereciste... —«Como todo lo demás».

—¿Y algo de esto es justo? —preguntó con una sonrisa irónica en sus labios. Abigail desvió la mirada y se levantó del asiento con brusquedad.

—Dile que la amo, siempre lo he hecho. Que estoy bien, pero... —Se obligó a mirarlo—. No puedo... aún no. Tengo que irme.

Caminó hacia la calle en un intento de huida del dolor, de las ansias de tirársele encima y amarlo. Debía repetirse una y otra vez que todos sus anhelos anteriores eran imposibles.

—¿Te gustaría acompañarme a un lugar?! —le gritó desde la mitad de la calle y Abigail se detuvo, giró y lo observó confundida. Él se acercó a ella y se encogió de hombros—. Hice una promesa, no puedo irme sin intentar cumplirla.

—¿Así sea algo que detestes? Me dijiste que me odiabas, que no querías verme. Caleb...

—Hay que cumplir las promesas, ¿no? —anunció y metió las manos en sus bolsillos. Abigail asintió y bajó la mirada, se sintió avergonzada ya que ella no lo había hecho, no a las de él, solo cumplió la de otra persona, y una promesa más que deplorable e injusta.

—¿A dónde quieres llevarme? —preguntó mientras se cuestionaba si este era otro de los tantos errores que había cometido en su vida, si su alma podría soportar pasar momentos robados con él.

—Una parte del río donde siempre iba a pensar, a un sitio al que siempre quise llevar... —Se detuvo y negó con la cabeza—. Un lugar importante cuando estudié aquí. Necesito entender algo y puede que allí consiga la respuesta. —La miró fijamente y solo eso la hizo sentir quemarse—. ¿Por favor?

Abigail lo observó y asintió antes de empezar a caminar a su lado, no había otra cosa por hacer porque simplemente no tenía la voluntad para negarse. Podía percibir su aroma, su calidez, y sonrió por eso, ya que lo había extrañado, incluso había disfrutado de eso cuando él la odiaba, en medio de toda la desesperación y el dolor.

Caminaron en silencio, sintiendo el sol y la humedad. Agradeció que no hablara ya que no sabía bien qué decirle, cómo comportarse, todo era tan distinto e incómodo que hacía que se le contrajera su pecho.

Llegaron a una pasarela que tenía en un lado el río Charles y, en el otro, áreas verdes. Él acompasó el paso, ella lo imitó y se detuvo en la mitad del paso. Abigail lo hizo a su vez y sonrió mientras se apoyaba en la baranda para ver el río, también le gustaba esa parte, podías escuchar los sonidos del agua sin tanto ruido de la población, ni vehículos o gente. Por un momento eras tú con la naturaleza.

—Aquí venía a pensar sobre mi pasado y mi futuro —confesó Caleb sin mirarla—, ahora me doy cuenta de lo pretencioso e imbécil que fui. Aquí estaba yo, teniendo claro lo que quería para mí cuando todos apenas intentaban encontrarse a sí mismos. Deseaba graduarme de Negocios, volver a Colorado, presidir la empresa de mi padre y casarme. Con veintidós años o un par más, si tenía que esperarte.

Abigail cerró los ojos apretándolos y negó con la cabeza, sentía que dolores dormidos la invadían, no podía pasar de nuevo por esa tortura, prefería el

aturdimiento de antaño. Esas eran aguas pasadas, aunque no para ella, pero él tenía que dejarlo ir.

—¿Cómo está Ava? —le preguntó en un intento desesperado de desviar su atención. Él se quedó callado, su atención en el río, sus ojos cansados.

—Está bien —respondió—, es el prototipo de la mujer perfecta; maravillosa anfitriona, compañera interesada en lo que me sucede, se lleva bien con mi madre y deseosa al... —Se detuvo y golpeó la baranda de metal azul—. Ella es perfecta, pero... —Se calló de nuevo por unos segundos—. Yo fui tan ciego... —murmuró—, debí darme cuenta antes

—¿Caleb? —llamó ella y giró su cabeza hacia él.

—Juraba que a diferencia de los demás mi vida era perfecta, mis padres maravillosos, mi carrera perfecta y tú... En mi visión te había salvado y tenía derecho a tenerte, tan simple como eso, me pertenecías porque sin mí no te hubieses convertido en la mujer que eres.

Abigail parpadeó un par de veces, su corazón latía furiosamente dentro de su pecho y la respiración se había acelerado, su boca medio abierta para poder inhalar y exhalar.

—Tú me salvaste —le respondió en voz ahogada.

—¿Lo hice, Gail? —Se volteó y su mirada evitó que se alejara, esa mezcla de dolor casi llegaba a agonía, desasosiego y tristeza, iba a acabar con ella.

—¿Caleb? —preguntó de nuevo sintiendo que el miedo la invadía—. ¿Quién te envió aquí?

—Yo —respondió y se acercó un paso a ella—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella jadeó y subió las manos hacia su pecho mientras negaba con la cabeza. Él colocó una mano en cada mejilla y apretó con suavidad.

—Una palabra, solo eso te pedí.

Abigail sintió que las lágrimas caían por sus mejillas y cerró los ojos al entender que él lo sabía. Debió verlo en su mirada, escucharlo en sus palabras, sin embargo se había dejado obnubilar por su presencia, por su roce, en vez de entender lo importante, lo que el dolor de su mirada decía.

—¿Por qué, Abigail? Todo habría sido tan distinto, ¿por qué me dejaste creer que el problema eras tú?

—Porque era más fácil —respondió, notó que temblaba, hasta sus dientes castañeaban—, porque no quería que lo odieras y porque no importaba, no habría hecho ninguna diferencia.

—Claro que lo hubiese hecho, amor —respondió antes de acercarse y unir sus frentes—, ¿crees que es lo mismo saber la verdad a pensar que no me amabas? ¿Que sería más sencillo estar en la oscuridad y rogar una respuesta por dos años a simplemente saberlo?

Abigail emitió el primer sollozo y él la envolvió en sus brazos, abrazándola con tanto poder que se sacudió. «Este era el abrazo que mi alma esperaba desde que salí del estudio de Darius. Así lo había soñado tantas veces». Sentía sus labios en su cabello, repetidas veces, sus brazos confortarla mientras ella lloraba. En el momento que la envolvió, sus sollozos se acrecentaron, como si por fin hubiese llegado la persona que podría en verdad consolarla.

Ambos pasaron mucho tiempo solo abrazados, sentía sus manos acariciar su espalda, sus labios en su cabello y oía el ruido del río como si estuviese acunándola.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó por fin. Había dejado de llorar, pero no podía soltarlo, porque sabía que en el momento en que lo hiciera toda esa fantasía acabaría.

—Hace dos noches —comenzó él— mamá estaba desesperada. Lloraba desconsoladamente quejándose sobre que te había perdido y que no sabía la razón de tu alejamiento. Yo me mantuve callado; verás, fui tan idiota y tan pagado de mí mismo que asumí que tu huida había sido por mí causa, por lo que te dije ese maldito día. Perdóname, Gail... perdóname —le rogó con voz rota sin soltarla. Ella cerró los ojos y lo abrazó.

—No te dejé más opción. —Lo sintió negar por su mejilla que estaba pegada al borde de su cabeza.



—Sí tenía otra opción, podría haber visto más, tenía que haber entendido cuánto te dolía cada palabra, ver más allá de mi dolor, furia y debilidad. Debí escucharte. Debí hacer tantas cosas —concluyó en voz baja.

Apretó más su sujeción, tanto que a ella se le dificultaba respirar. Se preguntó qué pensaría quien pasara por allí, si supondría que eran dos amantes o dos novios en reconciliación, estaba segura de que jamás se imaginarían la verdad.

—Mamá se fue a dormir, por fin —continuó—, después de darle un par de tranquilizantes; Darius se encerró en su estudio. Yo me quedé alrededor, él se emborracha cada vez con mayor frecuencia y nadie tampoco entiende por qué. Envié a Ava a casa.

—Lo siento —lo interrumpió y negó con la cabeza porque sabía que lo que había querido impedir fue lo que sucedió; había destrozado a esa familia. Sintió a Caleb abrazarla más estrechamente.

—Una hora después entré al despacho y lo encontré llorando con una foto tuya en sus manos.

Abigail se tensó y emitió un pequeño jadeo de perplejidad.

—Yo estaba desesperado, Gail. Mi familia... —negó con la cabeza y sus últimas palabras sonaban desgarradas—. Le dije que haría que volvieras, que te arrastraría si era necesario. —Se detuvo y ella lo sintió temblar—. Me pidió que lo perdonara y que te rogara que también lo hicieras.

—Oh, Dios —susurró ella y escondió la cabeza en su pecho.

—No me costó mucho saber por qué. Darius escupió cada maldita palabra como si con eso estuviese ganando el cielo y yo... —La abrazó con más ímpetu y Abigail jadeó en respuesta, le dificultaba respirar—. Sentí que moría con cada una de ellas. Todavía lo hago. —Ella se apartó por fin y lo miró a los ojos, subió su mano a su mejilla e hizo un intento, sin éxito, de sonreír. Los ojos de él estaban brillosos, como si también quisiera llorar, y estaban llenos de tristeza contenida, imaginaba que los suyos se encontraban igual.

—Me lo dijo el día siguiente de haber estado en tu apartamento, me hizo

prometer nunca contártelo y organizó todo para que me fuera —susurró con voz rota—. Perdóname, Caleb, nunca quise hacerte daño.

—Todo es culpa de él, todo nuestro sufrimiento —dijo con furia y la cara desfigurada de la rabia—. Ese maldito hombre.

—Es tu padre —lo interrumpió.

—¡Es un bastardo! —gritó, colocó las manos en sus antebrazos y apretó—. No es mi padre, ya no, ese día casi lo mato, no me importaba nada, ni que estuviese borracho, ni que no pudiera defenderse, ni sus gritos pidiendo un puñetero perdón, porque el daño ya estaba hecho.

—Caleb —jadeó ella y negó con la cabeza, desesperada—, yo no quería que lo odieras.

—¡No es tu culpa! —gritó él, zarandeándola—. ¡Ni tu jodido pecado! ¡No tenías que sacrificarnos, Abigail! ¡No tenías derecho a hacerlo!

—¡Pero no había otra solución! —reviró ella y después se calló ya que pasaban varios transeúntes. Uno de los hombres, un moreno alto, se acercó a donde estaban parados.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿La está molestando? —le preguntó sin apartar la mirada de Caleb y del agarre de sus manos. Él la soltó y Abigail se apartó un paso para limpiar su cara.

—Estoy bien —dijo y sonrió lo más amablemente posible. El hombre los miró a ambos por unos segundos, después asintió y se retiró del sitio, pero no sin antes enviarle una mirada envenenada a Caleb. Abigail se volteó hacia la baranda, atrapándola con sus manos, miró hacia el río y bajó la cabeza.

—Darius se fue de la casa —informó Caleb cuando los hombres ya estaban más apartados—, madre lo sabe todo, me encargué de decírselo al día siguiente.

—Me debe odiar —susurró Abigail—, una chica que cuidó y amó como suya, y en realidad era el resultado del engaño de su esposo.

—Ella te ama —le respondió Caleb y se acercó un paso—. Darius...

—Es tu padre, ¿por qué no lo llamas así? —le interrumpió.

—Porque no es mi padre, no desde que te alejó de mi lado, no desde que pasó tantos años fingiendo ser perfecto y la realidad es que era tan hijo de puta que fue capaz de rechazar un embarazo sin saber si era suyo, y después manipularte para que cargaras con lo que hizo.

Abigail observó el agua y negó con la cabeza.

—No sabes lo que es vivir sin tus padres, Caleb.

—Basta —la interrumpió y ella se detuvo—. Esto no se trata de si me abandonaron o no; él me dañó, él te dañó, sin saber la verdad, es un ser tan cobarde que ni siquiera fue malditamente capaz de hacer las pruebas para demostrar si eres su hija.

—La marca.

—Eso no prueba nada. Puede ser una quemadura, tú misma me lo dijiste. Nos destrozó la vida basado en una marca idiota y un color de ojos que comparte más del 2% de la población. —Soltó un improperio y pasó su mano por su cara—. Darius va a hacerse las pruebas, yo me encargaré de ello, iremos a Colorado —dijo antes de acercarse y acariciar su mejilla—, lo sabremos y después... —Ella empezó a llorar y tapó su cara con sus manos sintiendo que se desgarraba por esas palabras, esa propuesta—. Amor —le susurró en un intento de reconfortarla y convencerla.

—No, no. ¡No! —gritó y se apartó de él mientras su pecho se llenaba con frustración, furia y dolor—. ¿Crees que no pasé años pensando en eso? Fantasía tras fantasía donde ansiaba que todo fuera falso y rogaba que todo fuera distinto. ¡He pasado años deseándolo! ¡Incluso antes de que te casaras! Incluso cuando por el mayor acto de masoquismo jamás realizado, me quedé en la parte más lejana para ver cómo le decías «sí» a ella, ¡aún allí pensé que saldrías y me salvarías, Caleb!

Él la miró con dolor y rabia. Se acercó y la tomó por su antebrazo jalándola a su cuerpo.

—¡Si me lo hubieses dicho lo habría hecho! ¡Maldita sea!

—No puedo —rogó y negó con la cabeza repetidas veces—, no puedo

permitirme tener esperanza, ¿no lo entiendes, Caleb? ¡Estoy muerta! —Él la soltó y la miró aturdido—. Camino, respiro, hablo, pero no soy yo. No termines de matarme, porque si me permito soñar de nuevo, si accedo a creer que algo de esto sería posible y no lo es, desapareceré por completo. Lo haré. —Se calló y limpió sus lágrimas—. Vuelve con ella y déjame en paz.

Se apartó y caminó rápidamente para alejarse de él, de las esperanzas, de los deseos, de los ¿y si...?, que no se harían realidad. No era que le gustara sufrir, simplemente estaba cansada, agotada; ¡tener esperanza era una perrada!, lo sabía, porque las ilusiones no se cumplen, y el tener un deseo que no se puede realizar te destruye. Y ella era solo una cáscara. No podría soportar nada más, no podría.

Había dado apenas veinte pasos antes de sentir que atrapaba su antebrazo y la jalaba a su cuerpo, luchó contra él, contra su abrazo, contra su calidez y su esencia; incluso luchó contra su cuerpo que exigía que se rindiera ante todo eso, pero sabía que había perdido desde el primer momento.

—Estoy cansada, Caleb, hasta para luchar —dijo y lo sintió abrazándola más fuerte. Con un suspiro triste se permitió dejar envolverse en sus brazos y guiar.

Caminaron por mucho tiempo, ella no sabía a dónde iban. Frunció el ceño al notar que estaban dentro de su edificio, de su ascensor y rumbo a su apartamento. Parpadeó y levantó la mirada hacia Caleb que la miraba preocupado, lo observó respirar hondo cuando se movió. Sintió su mano acariciar su mejilla y un dedo rozarla circularmente mientras sus ojos se detuvieron fijos en el otro, envueltos entre ellos mismos.

Rompieron el contacto una vez que el ascensor llegó a su piso. Ella parpadeó y caminó hacia la puerta de su apartamento. La abrió y se preguntó si él se aseguraría de que entrara y se iría, pero no hubo palabras ni le veía la intención de hacerlo, así que le permitió entrar. Tiró su bolso en la mesa y se volteó hacia él. Ambos se miraron por unos segundos y no sabía qué hacer o para dónde moverse.

—¿Quieres un té? —preguntó con su mirada baja. En ese momento notó una mano extendida hacia donde se encontraba.

Levantó la vista y lo observó mirarla serio, y de nuevo el anhelo invadió sus ojos. Sin meditarlo, su mano fue a la de él y se dejó arrastrar a su lado, suspiró cuando sus palmas rozaron sus caderas y las deslizó en una caricia, causó que se agitara con brusquedad.

—Esto está mal —susurró ella y bajó la cabeza hasta su pecho para sentir sus labios de nuevo en su cabello.

Sin poder contenerse, ella subió las manos hasta sus hombros y lo acarició también, llegó hasta su cuello, su cabello y lo arañó levemente. Lo escuchó gemir y se pegó más a su cuerpo en respuesta, sintiendo como sus manos se movían por la espalda hasta rozar el punto de unión con su trasero.

—Caleb —advirtió, su mente gritaba que se apartara, pero sin poder lograrlo.

—Shhh —respondió él, subió una de sus manos hasta su nuca e hizo que su cabeza se posicionara cerca de la suya. Ella abrió la boca para respirar y en ese momento él aprovechó para cubrirla con sus labios.

Un gemido salió desde el fondo de ambas gargantas y se acercaron incluso más sus cuerpos. Abigail sintió de nuevo el paraíso. Su corazón parecía querer explotar, su cuerpo revolucionado, toda su piel sensible y su alma quebrada... estaba allí, respondiéndole, besándolo, y juraba que podía sentirla implorándole que no se fuera y que no volviera a dejarla. Que no volviera a hundirla.

Él introdujo su lengua y solo con eso volvió a ver estrellas, se relajó y sus rodillas se doblaron, sabía que lo único que evitaba que cayera eran los brazos que todavía la envolvían, con más firmeza, con más hambre. Abigail lo abrazaba con fiereza y respondió con el mismo deseo; era un beso cargado del calor de antaño pero más necesitado, más violento, más vehemente... liberador...

Cuando por fin la soltó, se sentía como de gelatina. Su conciencia estaba

allí, gritándole que era incorrecto, que no debía dudar, pero su cuerpo y su alma se unieron para evitarlo, para alejar el raciocinio; por eso no pudo impedir el beso y por eso no pudo hacer nada. Él se sentó en el sofá amarillo que tenía en medio de su sala y la colocó sobre su regazo, como a una niña pequeña, como alguien delicado que necesitaba ser cuidado. Abigail dejó caer su cabeza en su hombro y sintió cómo él acariciaba su espalda, sus piernas y besaba su hombro, su mejilla, donde fuera que llegara. Sus manos rebeldes subieron y acariciaron el pecho y el hombro libre de él, suavemente, y lo sintió estremecer también, como ella hacía cada vez que sentía su toque.

—Te amo, Caleb —le confesó y sintió como los brazos de él se tensaban—, mereces saberlo, así no sirva de nada —concluyó con tono derrotado, ahogado.

—Yo te amaba incluso cuando te odiaba —respondió unos segundos después—, incluso cuando te odiaba —le repitió, y ella se estremeció por el significado de esas palabras. Se quedaron callados por unos minutos, solo acariciándose, y suspiraban por esos momentos robados.

—Debes irte —le informó ella—, Ava, tu vida. —Se detuvo ya que, aunque fuera lo correcto, todavía le dolía decirlo. Él no hizo ningún movimiento para irse o para confirmar sus palabras, solo continuó acariciándola por varios minutos más, tocándola suavemente, besó cada sitio donde pudiera llegar, incluso sus labios de vez en vez.

—Traté de leer uno de los libros que te gustan —confesó Caleb con voz burlona—, ese que estaban compartiendo tú y ese hombre en la casa de campo.

—*¿Persuasión?* —preguntó y elevó su cabeza para mirarlo perpleja. Lo observó asentir y sonrió—. *¿Qué te pareció?*

—No pude terminarlo, me quedé dormido nueve veces. —Abigail rio y escondió la cabeza en su hombro—. Compré la película.

—*¿La viste?*

—Después de tres intentos —anunció, y aunque no se notaba por su pecho, percibió que reía y lo abrazó más fuerte mientras lo imitaba.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó en voz baja.

—En parte, envidia; pensé que lo que te atrajo de él fue que pudo darte cosas que yo no podía, nunca me gustó leer y tal vez necesitaras alguien que te diera eso.

—No, nunca se trató de eso —lo interrumpió—. Mi amor por ti no podría ser jamás definido por un compartir intereses. Es un estado que se siente aquí —señaló su pecho— y en mi alma. Un anhelo y una necesidad que solo tú cubres, que solo tú calmas. —Lo escuchó suspirar como aliviado.

—Gracias —respondió él con una pequeña sonrisa—. Acabas de describir lo que yo siento cada vez que pienso en ti.

—¿Cuál fue la otra razón? —preguntó unos segundos después.

—Por la cita de Frederick que mencionaron cuando llegué a ese sitio: «... No he amado a nadie más que a usted. Puedo haber sido injusto, débil y rencoroso, pero jamás inconstante». Lo recuerdo vívidamente.

Ella tembló y bajó la mirada hacia sus manos.

—Jamás inconstante, Gail. Jamás —susurró mientras besaba su cabello.

Los dos se quedaron callados por varios minutos mientras entrelazaban y soltaban una mano.

—No me habría importado —confesó Caleb sin soltarla y en voz baja—. Nunca te consideré mi hermana ni te vi como tal, esto no es distinto a si fueras mi hermana adoptiva. —La agarró con mayor firmeza—. No te dejaré morir, Abigail, simplemente porque no habría ninguna diferencia. —Ella escuchó cada palabra con el corazón en la boca y respiró para calmarse y poder hablar.

—Claro que importa; Dios, Ava, Nick, tu madre, tu padre. No podría tener tus hijos, sé que quieres tener varios; no sería nunca normal. No puedo hacerlo.

—Adoptaríamos —contestó él y acarició su cabello—. Ven conmigo a Colorado.

—Caleb, no —contestó y apretó sus ojos cerrados.

—Solo a hacernos la prueba y nos iremos, Gail. —Le alzó la cara y la miró

con ojos suplicantes—. Nos iremos lejos porque, amor, no fuiste tú solamente la que murió, yo también lo hice. —Abigail lo miró y por primera vez sintió que la esperanza y el amor la invadían, y sus ojos se humedecieron de nuevo—. Déjame hacerte feliz, cumplir mis promesas, esa marca no importa, ni Darius y su suciedad.

—¿Y tu esposa?

—Tampoco —susurró besándola de nuevo.

—Nick —dijo titubeante y recibió sus labios de nuevo.

—¿Quién crees que me dijo dónde encontrarte? —Ella lo miró aturdida—. Fui a la universidad primero, y lo vi allí. Hablamos un largo rato, sobre ti, sobre Darius, sobre mi posición con las relaciones con hermanos supuestamente biológicos, y me interrogó sobre mis intenciones antes de darme algún dato tuyo. Me hizo jurar que te haría feliz, y me pidió que te dijera que Tanner sí es un bombón, o algo así. —Ella soltó una risilla y sus ojos se humedecieron, porque comprendió por qué Nick parecía traspasarla algunas veces, como si supiera que había estado pensando en Caleb, y la miraba esperanzado y triste. Y comprendió que él la había amado de verdad, del tipo que ella conocía tan bien, que querían felicidad sin egoísmo, a pesar del costo personal—. Por favor, solo eso te pido, sálvame, Abigail, solo tu presencia lo haría, no me dejes morir.

Lo miró y acarició su mejilla, pensó en lo que le estaba pidiendo, dejar ir a Nick, quien la había acompañado desde el principio; también pensó en su esposa, y después en ella. Si iban a ese sitio, se hacían esa prueba y después resultaba que eran hermanos, ¿qué haría? Se quedaría sin nada. «Pero tal vez podrías tenerlo a él», pensó y bajó su mano hasta su cuello.

—¿Estarías dispuesto a renunciar a todo por mí? ¿Tu matrimonio, tu vida, tus padres? ¿Tu familia? Yo no creo que valga... —Él cubrió sus labios callándola y subió una de sus manos hasta su cuello. Rodeó su lengua entre la suya y la hizo estremecer.

—Solo acéptame —le pidió al liberarla—, no huyas más y entiende la



realidad, como te lo dije frente al río, me perteneces desde que tenías quince años y tropezamos en la secundaria —aseguró—. Tú eres mi familia y yo soy la tuya, nada más importa. No puedo vivir sin ti.

Abigail sintió que el corazón se iba a salir de su pecho, bajó la mirada y suspiró hondo sintiendo que se relajaba y sonreía ligeramente.

—Dime que sí, necesito tocarte, necesito hacerte el amor.

—Eso está mal —susurró ella tensándose de nuevo. Él subió sus manos hasta acariciar sus mejillas y después acercó sus labios a los suyos de nuevo, los acarició mientras la movía para que cayera de espalda contra el sofá.

Abigail cerró los ojos y acarició sus cabellos, maravillándose por su cuerpo, por tenerlo allí, por sentirlo de nuevo. Caleb introdujo la lengua dentro de su boca, jugó con ella, mientras sus manos se encargaban de trazar cada línea de su cuerpo, haciendo que cada nervio de su ser despertara y gritara porque la poseyera como aquella única vez. Al romper el beso, ambos respiraban con brusquedad.

—¿Al tocarte sientes que está mal? —preguntó y acarició su mejilla con la nariz y un seno con dos dedos—. ¿Te da asco esto?

Ella emitió un suspiro de placer y negó con la cabeza mientras se mordía su labio inferior.

—Eso es todo lo que necesitamos saber —dijo con una sonrisa tan maravillosa que su estómago se contrajo—. ¿Entiendes lo que quiero decir, Gail? Tengo años tratando de que lo hagas, cariño, años tratando de que vieras que solo te quiero a ti; mírame, amor, ve la realidad. — Sus ojos verdes brillaban enormes, llenos de amor y deseo.

Abigail sintió que su corazón iba a explotar en su pecho, ya que desde que Darius había destrozado sus sueños, había fantaseado con este momento, con él rescatándola de nuevo con su amor, sacándola del limbo en el que estaba desde casi cuatro años atrás. Y estaba allí, le ofrecía todo de nuevo y esa vez decidió aceptarlo, sus temores huyeron lejos y su corazón se expandió recibiendo su amor, porque lo cierto es que no podía alejarse después de

tenerlo por fin en sus brazos y sentir renacer y llenar su alma de la esperanza de un futuro perdido. Él acarició su cabello y besó su cuello amorosamente, casi con veneración, causó que ella ahogara sus suspiros y lo tocara a su vez.

—¿Sin importar nada? —cuestionó Abigail sintiendo cómo subía su franelilla blanca y acariciaba la piel de su estómago.

—Ni siquiera tenemos que hacernos la prueba —respondió él sin dejar de besar su cuello hasta bajar al borde de sus senos. Abigail acariciaba sus cabellos con los ojos cerrados, se dejaba llevar por las sensaciones que solo él podía entregarle—; o podemos hacerla y guardarla de recuerdo sin abrirla; o hacerla y ver los resultados. —Levantó su cabeza y acarició su mejilla y sus labios—. Lo único que me importa son tus palabras, Abigail. Te lo dije casi dos años atrás cuando te rogué que no me dejaras ir, el día de mi maldita boda, solo tus palabras me destruirán y alejarán.

Ella lo observó por unos segundos sintiéndolo suyo, sin importar nada ni nadie. Demonios, ángeles, cielos e infiernos, nada, solo él, y esa vez, esa vez lo escogería sin considerar las consecuencias futuras, ni condenaciones divinas o sufrimientos terrenales.

—No puedo volver a alejarme —confesó—, ya no me importa nada, porque si no estás a mi lado solo hay desierto y muerte. —Sus ojos ardieron y sonrió con labios temblorosos—. Sí, Caleb —susurró las palabras con todo el amor que sentía y sintió que su alma se llenaba dentro de su pecho al ver su sonrisa resplandeciente y sus ojos brillosos por la emoción—. A todo, sí.

## Capítulo 9

*Ella tenía hambre. No sabía bien dónde estaba, solo que le dolía su estómago y se sentía sola. Caminó hacia un cuarto blanco lleno de papeles tirados, había unas cajas rotas y comida descompuesta.*

*«¿Dónde estoy?», se preguntó confundida y miró sus manos. Sabía que eran sus manos, pero a la vez no lo eran. Las giró confundida y quedó absorta al observar sus dedos diminutos y uñas cortas.*

*—¿Mami? —preguntó en una voz que no era la suya y frunció el ceño por haber llamado a su mamá. Tenía años que no la veía, ¿o no?*

*Pronto se acercó una mujer curvilínea, con su piel canela brillante, su cabello ondulado de un castaño oscuro, y sus ojos marrones. La tomó del brazo y la jaló hacia la cocina. Y ella empezó a llorar, no le gustaba que la jalaran y no podía hablar y pedirle que se detuviera, algo se lo impedía, tenía miedo.*

*—¡Deja de llorar, niña estúpida! —le gritó su mamá y ella la miró confundida y luchó por dejar de hacerlo. No era una niña, ¿o sí? La mujer la sentó en una mesa medio rota de madera y la dejó sola por unos segundos. Ella se sentía perdida y quería huir, pero sabía que no podía moverse, si lo hacía algo malo pasaría. No recordaba qué era, pero era malo.*

*La mujer morena, su madre, volvió unos segundos después y sintió alivio, no le gustaba que la dejara sola. Todavía tenía lágrimas en los ojos, aunque*

*trató bastante de no llorar más, a su mamá no le gustaba. La mujer encendió el fogón y ella la miró aterrorizada, siempre se asustaba al verla encender eso. La observó colocar algo en la estufa y trató de bajarse de la mesa, pero era muy pequeña y no podía hacerlo.*

*—Ahora serás una buena niña, Abigail, por mí, tengo que hacer esto, lo vi esa noche y sé que significa algo. Es nuestra última oportunidad. Serás buena, ¿verdad que sí?*

*Ella la miró y asintió al ver a su mamá sonreír, le gustaba que lo hiciera, aunque tenía miedo, pero no sabía por qué lo sentía. Su madre se acercó hasta donde estaba y agarró su brazo derecho y acercó algo de metal medio rojizo, una cuchara.*

*—¿Mami? —preguntó moviéndose y retorciéndose por su agarre ya que la tomaba muy fuerte.*

*—¡Quédate quieta, Abigail! —le gritó y le pegó algo que la hizo gritar del dolor porque quemaba y le hería.*

*—¡No, mami! ¡No! —gritó y soltó un alarido del dolor en su brazo porque era insoportable.*

*No podía parar de llorar y gritar incluso, aunque su madre se lo exigía, no podía dejar de hacerlo porque dolía tanto.*

*—¡Abigail! ¡Abigail!*

*Ella abrió los ojos y respiró con brusquedad, con un nudo en su garganta y su corazón apretado, como si algo se lo hubiese partido. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Sintió los brazos de Caleb envolverla, pero no podía dejar de temblar, de sentirse aterrorizada y herida.*

*—Cariño, todo está bien, estoy aquí, estoy aquí —le repitió en un susurro mientras le besaba el cabello y su cuello. Abigail lo abrazó hasta casi traspasarlo, buscaba calmarse y llenarse de su calidez. Él empezó a besar su cuello, su hombro, mientras la arrullaba.*

Unos minutos después, sintió que su corazón se acompasaba, se relajó en sus brazos y cerró sus ojos, apretándolos.

—Lo siento —susurró como siempre, avergonzada por su actuación, por despertarlo asustado por sus pesadillas, llevaba ya meses con lo mismo, por lo menos una vez a la semana la atacaban los malos sueños y la dejaban temblando, aterrorizada; en algunos se despertaba por sus gritos, en otros golpeaba a quien se acercaba —generalmente a Caleb—; todos tenían algo en común, la desesperaban y después no recordaba qué había soñado. Incluso el psicólogo al que veía no había podido resolver ese problema.

Notó que Caleb se acostaba llevándola consigo hasta que quedó apoyada sobre su pecho y empezó a acariciar su espalda. Abigail sonrió con suavidad mientras tocaba su abdomen desnudo y trataba de relajarse.

—No tengo nada que disculparte, cielo, para eso estoy aquí. —Volvió a besar su cabello y Abigail lamió sus labios mientras se acomodaba para volver a dormirse.

Unos minutos después, dio la batalla por vencida y respiró hondo para tratar de alejar los temores que acompañaban a ese sueño. Porque la verdad era que no tenía razones para tener miedo. Porque Caleb estaba a su lado y lo había estado desde el día en que la fue a buscar a Boston. Porque la amaba como ella lo hacía y tenían la vida calmada y tranquila que tanto había soñado mucho tiempo atrás. Porque por primera vez en su existencia era completamente feliz.

Abigail acarició de nuevo su estomago y sintió su respiración acompasada, por lo que decidió levantarse y salir de la habitación sin hacer ruido. Paseó por su apartamento y llegó hasta la ventana principal de la sala, la abrió para respirar un poco de aire libre y frío, como generalmente era en el otoño de Boston. Apoyó sus codos en el marco y se agachó de forma ligera, disfrutando de las pocas estrellas que había en el cielo y del silencio. Había pasado ya casi un año, y todavía una parte de sí estaba convencida de que había sido un sueño.

Recordaba vívidamente su charla con Nick. Le había contado toda la verdad, merecía saberlo. Él la había escuchado en silencio abrazándola, sosteniéndola, comprendiéndola. Cuando ya no quedaba secreto alguno por confesar, y después de unos minutos en silencio, se volteó hacia ella y le dijo: «Cariño, fuiste muy valiente como para alejarte de él a pesar de que casi mueres en el intento». Había tomado sus manos y las había besado. Y prosiguió: «Sé valiente ahora como para ser feliz a su lado. Solo te advierto una cosa, si no te cuida como mereces, tendrá que vérselas conmigo y te aseguro que le va a doler». Ella sabía que esa era una promesa que podría cumplir sin problema.

Regresó a Colorado llena de miedo e incertidumbre, segura de que la esperaba el desprecio y la tristeza; en lugar de eso encontró el perdón y el amor, a la madre que le había abierto sus brazos a alguien tan poco merecedor como lo era ella, quien podría ser producto de una traición de su esposo y había destrozado su matrimonio y el de su hijo. Recibió la comprensión de Haley, aunque esta llegó después de muchos gritos e insultos, sobre todo por el hecho de haberle ocultado su sufrimiento.

Ava todavía disputaba el divorcio, aunque esperaba que en pocos meses saliera la sentencia definitiva.

Por lo menos estaba segura de que nadie, además de Brittany, Haley, Darius, a quien nunca más había vuelto a ver, y Nick sabían la verdad. En la tercera habitación a la izquierda estaba el resultado de la prueba de ADN que se habían hecho dos días después de llegar a Colorado. Sin abrir. Caleb a veces lo llamaba «el sobre bomba o el *unabomber*». Aunque últimamente ni siquiera lo recordaba, solo en los momentos en que los temores la invadían, como esa noche, aunque era un precio muy pequeño por el hecho de estar juntos.

Suspiró hondo mientras observaba la Universidad de Harvard en el horizonte, muchas veces en su vida se había visto dando clases en un sitio de prestigio como ese, por lo que era sorprendente ver cómo, en vez de eso, trabajaba a tiempo completo en la editorial, donde hacía trabajo a destajo. Y

era feliz con ello. Sintió una mano envolver su cintura y dejó caer su cuerpo para atrás hasta apoyarse en su pecho.

—¿Qué haces fuera de la cama? —preguntó Caleb antes de besar su cuello y acariciar su estómago.

—Pensar, recordar, dar gracias —susurró y colocó sus manos sobre las de él y empezó a acariciarlas.

—¿Recordaste tu sueño? —Abigail negó con la cabeza y lo escuchó suspirar—. No hay nada que temer, Gail, nada te podrá volver a hacer daño jamás. —Ella sonrió y asintió antes de bajar sus manos y extenderlas para acariciar sus caderas.

—¿A qué hora llegan Brittany y Haley? —preguntó en voz baja para cambiar el tema.

—A las ocho de la mañana, estaré allá a las siete, ¿vienes conmigo? —preguntó, y ella asintió con una sonrisa amplia, se sentía emocionada por verlas, vendrían a pasar las vacaciones con ellos—. ¿Qué sucede, Gail? —indagó mientras suspiraba hondo y entrelazaba una mano a la suya.

—Que estoy a tu lado, Caleb, que tú me salvaste y me diste lo que siempre había querido, protección y amor, y soy feliz, cariño. Eso es lo que estaba pensando.

Él la giró y llevó una mano a su mejilla para acariciarla mientras la besaba en los labios, tierna y apasionadamente, esa mezcla que algunas veces parecía no ser compatible, pero que era tan acorde a su Caleb.

—Vamos a dormir —le pidió él guiándola hasta la habitación. Ella asintió temiendo otra pesadilla y sintió que la abrazaba atrayéndola contra su pecho—. Yo te protegeré hasta de tus sueños, cariño, recuérdalo, nunca te dejaré caer.

Abigail sonrió y se relajó en sus brazos, confiaba en ese hombre que le demostraba su amor con cada gesto y cada palabra. Se quedó dormida mientras el sonido acompasado de su corazón, que latía por y para ella, la arrullaba.

Fin.



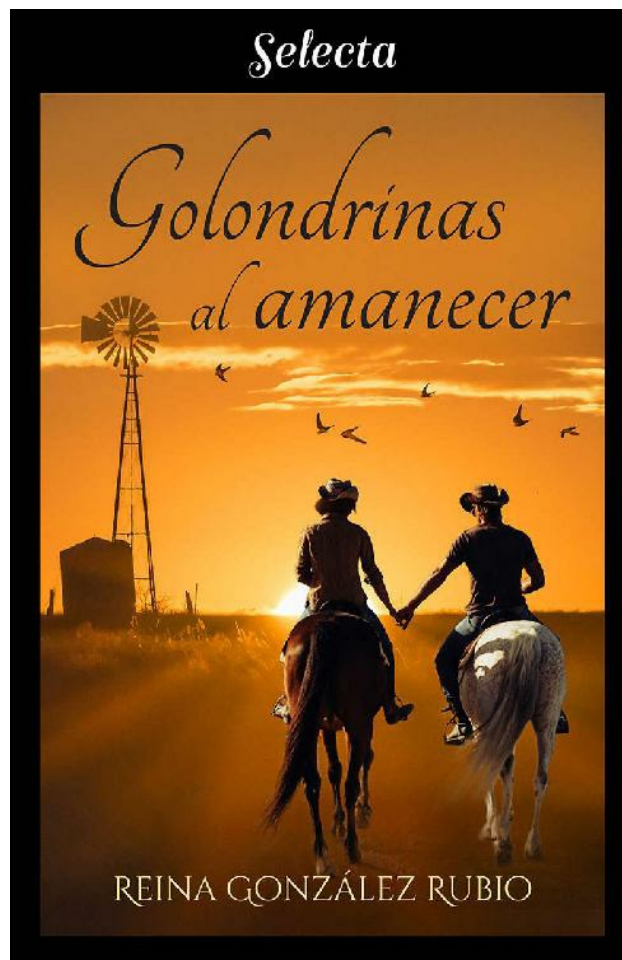
Si te ha gustado

*Salvación y condena*

te recomendamos comenzar a leer

*Golondrinas al amanecer*

de *Reina González Rubio*



## Prólogo

El destino de Isabel hubiera sido diferente si su hermano Javier aún estuviera vivo, pero un accidente de tráfico le costó la vida a los diecinueve años. El recuerdo de aquellos días se volvía oscuro, casi negro. Con su partida llegó el abismo para ella; la única persona que la había querido de verdad se marchó para siempre y el vacío que dejó fue tan grande que, a partir de aquel momento, y durante mucho tiempo, se quedó totalmente incapacitada para sentir.

El invierno en que Javier se fue Isabel tenía diecisiete años y nada volvió a ser igual. Adelgazó, incapaz de tragar alimentos, porque la garganta se cerraba negándoles el paso; su rostro albergaba bajo sus ojos unos potentes cercos negros recuerdo de las noches pasadas en un duermevela entre sollozos. La única familia que tenía era su áspera y fría abuela que se había hecho cargo de sus nietos al morir sus padres; aunque aquel acto fuera más por deber que por amor. En aquellos días ella deseaba dormir y no volver a despertar.

Fue en la primavera siguiente cuando los padres de David, en una reunión de un grupo de amigos, anunciaron que planeaban un viaje a Paris con sus dos hijos. Isabel nunca llegó a saber si fue su mirada de anhelo la que captó la señora Montes cuando dio la noticia, o lo hizo porque sentía compasión hacia la pobre adolescente huérfana que acababa de perder a su hermano; los motivos carecían de importancia, el hecho es que la invitó a unirse a esas vacaciones familiares.

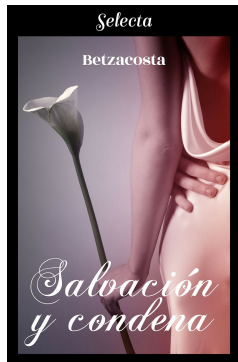
Su abuela se negó rotundamente argumentando que era una ciudad de vicio y pecado, y que no quería dejar que su nieta, ya de por sí díscola, respirara ese ambiente. Las explicaciones que esgrimió el matrimonio nunca las conoció pero, finalmente, su abuela cedió y la permitió viajar junto a la familia Montes. Era la primera vez que salía del país y que se alojaba en un hotel.

El resto de su vida, siempre que pensaba en esa ciudad venían dos imágenes a su memoria: la orilla del Sena donde una pareja se besaba apasionadamente ante la indiferencia de los paseantes, y el señorial vestíbulo de columnas de mármol del Grand Hotel Terminus donde se alojaban.

París siempre sería para ella la libertad unida al lujo y, si cerraba los ojos y dejaba que el aire pasara suavemente por su nariz, aún era capaz de evocar ese aroma a limón y cera para muebles que la había embriagado hasta volverla loca. También fue la ciudad donde descubrió que el amor no siempre tiene un final feliz y que el dolor del desamor podía llegar a ser tan amargo e hiriente que era capaz de transformar, en un instante, la pasión más incondicional en un rencor infinito.

Como le sucedió a ella.

## ¿Fue salvada o simplemente condenada a otro infierno?



Ava fue rescatada de un lugar sin esperanzas y le fue brindada la oportunidad de tener lo que siempre había deseado: una familia, hermandad y, sobre todo, seguridad. Y en medio de todo ello, estaba Hayden, quien le enseñó lo que era el amor y le hizo creer que podría conseguir todo lo que había deseado.

Pero eso fue hasta hace dos años. Cuando su mundo aún tenía sentido. Cuando no tenía que regresar a casa y ver casarse al único hombre que ha amado siempre.

¿Cuánto puedes sacrificar a fin de conservar lo que nunca has tenido?

**Betzacosta** nació en Maracaibo, Venezuela, en el año 1984. Se licenció en Derecho, e hizo postgrado en Ciencias Criminológicas y Derecho Penal.

Es apasionada con la escritura y lectura desde muy joven, en especial con la novela romántica, ya que con ella se puede ver y mostrar los matices más puros en las emociones humanas, plasmados en las situaciones más cotidianas.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Betzacosta

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-04-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 5

[1] Austen, Jean. *Persuación*, p. 118.

[2] Austen, Jean. *Persuación*, p. 120.



# Índice

Salvación y condena

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Betzacosta

Créditos

Notas